EL INCIDENTE DEL «USS BALTIMORE»

Cómo una gresca de marineros borrachos, en Valparaíso, estuvo a punto de provocar una guerra entre Chile y Estados Unidos

GERMÁN BRAVO VALDIVIESO

EDICIONES ALTAZOR

EL INCIDENTE DEL «USS BALTIMORE»

Inscripción N° 122.837
I.S.B. 956-7472-20-3

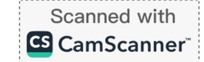
EL INCIDENTE DEL «USS BALTIMORE»

Como una gresca de marineros borrachos, en Valparaíso, estuvo a punto de provocar una guerra entre Chile y Estados Unidos.

Germán Bravo Valdivieso



EDICIONES ALTAZOR



A mis hijos
Germán Felipe,
Carlos Eduardo,
María de la Luz,
María Cecilia,
Javier Ignacio,
Gonzalo Manuel

PRÓLOGO

La riña entre marineros norteamericanos y chilenos ebrios que se suscitó a la salida de los bares y casas de prostitución del «barrio del puerto» en Valparaíso pudo haber sido una más de las tantas grescas que a diario se sucedían en todos los puertos del mundo y si las investigaciones no hubieran sido manejadas por las conveniencias políticas del momento, el hecho habría pasado al olvido.

Es extraño hoy que lo sucedido sea poco conocido en nuestro país, pero ello es causa sólo del más de un siglo transcurrido desde entonces, porque los contemporáneos nunca olvidaron las ofensas infringidas a Chile y las generaciones inmediatas conocieron una gran cantidad de leyendas sobre los sucesos, las que algunos escritores serios dieron como verídicas.

No es inusual que los gobiernos traten de exaltar el nacionalismo de su país para obtener dividendos políticos internos y los ejemplos sobran, tales como la aventura argentina contra las islas Malvinas y la «guerra de don Ladislao» en 1920 destinada a impedir la ascensión a la Presidencia de Chile de Arturo Alessandri Palma; pero que se busque un conflicto internacional para conseguir respaldo popular y que una vez que se ha obtenido lo demandado se le oculte al parlamento para obtener la autorización para declarar la guerra, no es algo de común ocurrencia.

Para comprender la posición del gobierno norteamericano, que buscaba afanosamente la ruptura de hostilidades con Chile, es preciso conocer la conjunción de hombres y circunstancias que se movieron cerca de los hechos.

La soberbia del presidente Harrison, uno de los precursores de la política del «gran garrote» de Theodoro Roosevelt, se unió a la posición antichilena que había mostrado su secretario de Estado, James G. Blaine cuando, ocupando el mismo cargo, había tratado de impedir que Chile se anexara Tarapacá, Tacna y Arica, como vencedor de la Guerra del Pacífico.

El almirante Alfred Mahan había sufrido la humillación en 1884, cuando siendo comandante del «USS Wachusset», en el puerto del Callao, durante la invasión chilena, se

encontró imposibilitado de actuar frente a nuestra flota; pero ahora era el hombre que se había dedicado a dar poder real a la armada de su país y estaba ansioso por probar sus nuevos buques.

El prestigio que había logrado Chile en el concierto internacional desde sus primeros gobiernos estables había creado un sentimiento hostil en los Estados Unidos, pues en lugar de colocarse entre los humildes habitantes de su patio trasero, se codeaba con los grandes lideres mundiales. Dice el diplomático e historiador Mario Barros Van Buren citando a Alberto Cruchaga Ossa *«En los trece casos de arbitrajes internacionales de Jefes de Estado que Lapredelles y Politis anotan, los depositarios de tal señalada confianza fueron la Reina Victoria, doña Isabel II de España, el Zar Alejandro I de Rusia y su homónimo III de Holanda, Federico Guillermo II de Prusia, Napoleón II y sólo dos Presidentes de repúblicas: Grant de los Estados Unidos y Pérez de Chile»*.

La Guerra del Pacífico dejó otro sabor amargo a los norteamericanos, pues vieron como Chile se fortalecía en el Pacífico y desafiaba sus anhelos hegemónicos.

Dentro de una abundante bibliografía hemos podido conocer tres obras que tratan el caso desde ángulos diferentes, las cuales tienen la virtud de transcribir textualmente documentos que se cursaron entre los gobiernos en esos azarosos días; la verificación de ellos con otros antecedentes nos ha permitido reconstruir la historia, la cual, salvo las intenciones que animaba a cada gobernante, no difieren entre ellos.

El primer texto es «Cuestiones Recientes con la Legación i el Gobierno de los Estados Unidos de Norte-América» del ministro de relaciones exteriores de nuestro país, señor Manuel Antonio Matta, hombre que fue crucificado por su respuesta a las protestas norteamericanas. Escrito en 1892, transcribe íntegramente los documentos oficiales cursados y recibidos.

Otro ángulo lo compone «The Baltimore Affair: United States Relations with Chile, 1891-1892» de Joyce S. Goldberg, que es su trabajo para obtener el grado de doctor en filosofía del departamento de Historia de la Universidad de Indiana, escrito en 1981.

Joyce Goldberg investigó en los archivos norteamericanos, cuyos testimonios han corroborado mucho de lo establecido.

Los Estados Unidos sabían que en el caso de llegar a un conflicto armado con Chile, arriesgaban enfrentar una posición latinoamericana unida en su contra, por lo que era de su conveniencia buscar el apoyo de las naciones con las que nuestro país arrastrara problemas, y en esta forma hubo importantes contactos con Argentina que han quedado en la penumbra. Esto constituye el tercer ángulo, donde ha sido importante el libro «El Caso Baltimore, una contribución al esclarecimiento de la actitud argentina» de Luis Santiago Sanz, el cual trata de exculpar al ex canciller transandino, señor Estanislao Zeballos de su doble actuación, la cual se encuentra corroborada por el ministro plenipotenciario inglés en Buenos Aires y por el odio que siempre profesó contra nuestro país.

Esta obra es importante por cuanto contiene transcripciones textuales de los documentos del ministro plenipotenciario peruano en Washington a su gobierno.

Después del estudio de toda la documentación del caso del «USS Baltimore», menos el sumario instruido en Valparaíso, el cual se encuentra, desde hace muchos años desaparecido de los archivos judiciales, se ve en forma clara como el hecho fue transformado y desfigurado para cumplir un objetivo totalmente ajeno a la situación policial, de cuyo ámbito jamás debió haber salido.

Hasta hoy se presta, ocasionalmente, a interpretaciones torcidas. Hace muy pocos años, con motivo que un matutino se refería a la detención del ex presidente Pinochet en Londres como el atropello más flagrante a nuestra dignidad desde el caso del «USS Baltimore», un conocido abogado de Santiago replicaba en una carta diciendo que los tripulantes del crucero habían sido esperados en el muelle para atacarlos, situación totalmente alejada de la realidad que ninguna de las publicaciones históricas menciona ni hace suponer.

Creemos sinceramente que esta investigación servirá para que las nuevas generaciones conozcan este doloroso episodio de nuestra historia.

Capítulo I
El dominio del Pacífico Sur

El pensamiento estratégico de los Estados Unidos en la época

Concluida la guerra de la secesión y la incorporación de los nuevos territorios, Nevada en 1864, Nebraska en 1867, Colorado en 1876, Dakota del Norte y del Sur, Montana y Washington en 1889, Idaho y Wyoming en 1890; finalizó la gran expansión del país, la cual fue acrecentada, este último año, con el término de la lucha contra los indios y la consumación de la conquista del Oeste. Luego la negociación, conquista o compra de Alaska, Luisiana, Florida, Texas, Oregón y California, le dio seguridad a los Estados Unidos dentro de sus nuevas fronteras y recordaría la doctrina Monroe que les franquearía las puertas para expandirse más allá del subcontinente norteamericano.

El amplio campo exterior se abría a sus ambiciones de poderío para lo cual forjaron un ideario de expansión extracontinental apoyada en su fuerza militar.

En el Pacífico Sur no tenían presencia, fuerza ni influencia, pero percibían que el mar era el gran medio de comunicación e invasión de la época y quien no lo dominara no podía dar alas a sus ansias de conquista.

Consciente de su creciente poder definieron los principios de su Destino Manifiesto, frase que identificaba su visión y traducía la tarea que estimaban que la Providencia había puesto en sus manos para expandir su sistema de vida y su fuerza hegemónica [(7)].

Las victorias chilenas en la Guerra del Pacífico y el rápido dominio del mar hicieron agilizar las medidas norteamericanas para obtener una tregua y realizar una mediación antes de que fuese demasiado tarde. Fracasada esta pretensión, después de la conferencia celebrada a bordo del «USS Lackawanna», trataron de inhibir a Chile a tomar posesión de los territorios conquistados, utilizando obscuras maniobras ejercidas por el secretario de Estado James Gillespie Blaine[1], a través de sus ministros en Santiago, Lima y La Paz.

Nada más aclaratorio para comprender la política que animaba al gobierno norteamericano, que la carta del general Stephen Hurlbut, ministro plenipotenciario en Lima, dirigida a Blaine en septiembre de 1881 refiriéndose a Chile:

---

[1] El secretario de Estado Blaine es el mismo personaje que veremos actuando, nuevamente, durante la Guerra Civil de 1891.

«No está en el interés de los Estados Unidos el que haya alguna potencia preponderante en América del Sur...Con todo, en este preciso momento hay justo un peligro de tal preponderancia...y la única prevención que puedo ver a este mal es la específica y directa acción de los Estados Unidos». (6)

El paternalismo hegemónico que pretendían los Estados Unidos carecía de la fuerza militar que pudiera llevarlo a cabo. En 1877, el almirante David Porter comentaba en una carta al contraalmirante George Peeble, comandante del Escuadrón del Pacífico Sur, en relación a los blindados chilenos Cochrane y Blanco Encalada:

«Aquellos excelentes buques que Ud. describe son una triste reflexión sobre nuestros pobres pequeños esfuerzos. Sólo imagine si nosotros nos viéramos mañana envueltos en una guerra con Chile. En qué miserable condición nos encontraríamos; Ud. podría mandar allá a nuestra marina completa y aquellos acorazados chilenos la barrerían a toda ella del océano. En mi informe al secretario (de marina) yo pondré gran énfasis en esa armada». (6)

Después del combate de Angamos, los comentarios de William Church, editor de la publicación especializada *«Army and Navy Journal»*, pone el dedo en la llaga, haciendo ver la debilidad de la flota norteamericana frente a la chilena. Dice:

«La gran lección enseñada a nuestro país por este combate (Angamos) es la necesidad de proveer, de una vez, de cañones más poderosos a nuestra marina y a nuestras defensas de puerto. ¿Cuántos cañones tenemos a flote que puedan penetrar la coraza de los blindados chilenos? Nuestro país debe despertar de la peligrosa condición en la cual ha derivado. Encontramos que las potencias de segunda, de tercera, de cuarta categoría son capaces de infligir irreparable daño a nuestras flotas y ciudades. Es necesario señalar que tal batalla (Angamos) barre de la lista de buques disponibles a casi todos los blindados del registro naval». (6)

La realidad que vivía la marina norteamericana también fue planteada, ante el Congreso, en 1882, por el representante Benjamin Harris, refiriéndose al escuadrón del Pacífico:

«La fuerza naval de Estados Unidos allí, la estación del Pacífico Sur, consiste en cuatro naves sin protección... El "Pensacola" puede hacer ocho nudos; el "Alaska", once nudos; el "Lackawana", ocho nudos; y el "Adams" once nudos. Ninguna de estas naves puede alcanzar ni huir del "Almirante Cochrane" o del "Blanco Encalada". El escuadrón entero no tiene suficiente fuerza para competir exitosamente, ni aún con uno de esos blindados, y no tiene la suficiente velocidad para evitar un enfrentamiento pedido.
Es manifiesto que, en un conflicto con esa pequeña nación, los Estados Unidos estarían desamparados para resistir el primer ataque..., y Chile podría imponer tributo a la ciudad de San Francisco o sellar el Golden Gate como con una muralla de hierro». (6)

La experiencia sufrida por la marina de los Estados Unidos en el Pacífico Sur no fue olvidada por los políticos norteamericanos ni, menos aún por los oficiales de la institución,

los cuales, a medida que escalaban posiciones más altas, podían ejercer una mayor influencia en tomar las determinaciones que cambiaran la situación.

La marina estadounidense se había fortalecido durante la década de los años ochenta, llegando a constituirse en el símbolo del poder de la nación y, al decir del secretario de la rama Benjamin Tracy, esperaba que con ella *«la república norteamericana no iba a ser fácilmente insultada»*. (36)

Alrededor de 1888-1889 el gobierno de los Estados Unidos se había visto involucrado en conflictos con Alemania y Gran Bretaña en el Pacífico Sur por la posesión de Samoa. Su afán hegemónico le hizo ambicionar el archipiélago de Hawai y buscaron afanosamente la anexión de Pearl Harbor, a lo que siguió la disputa con España en Cuba y la posibilidad que los protectorados se extendieran a otras áreas del Caribe, América Central e incluso México.

Mientras tanto, la Guerra del Pacífico había hecho que Chile reemplazara al Perú como el país comercialmente más atractivo y poderoso en Sudamérica, con el más alto ingreso per cápita de toda América Latina.

El desarrollo chileno se efectuó bajo la influencia británica y las importaciones procedentes de ese país. En el período entre 1844 y 1898, excedían a las que se hacían desde Francia, Alemania y Estados Unidos juntos. (36)

En la década de los años noventa, junto a su histórico compromiso de propagar los ideales de la Revolución Americana, la misión de los gobiernos fue ganar prestigio y persuadir al resto de la naciones a reconocer el gran poder que detentaban en el nuevo mundo, lo que les permitía dictar las reglas en el hemisferio occidental. Claramente, en posesión de los atributos que los trasformaba en una gran potencia mundial, buscaban afanosamente demostrar su poderío.

Alfred Thayer Mahan

El más conocido teórico naval norteamericano en la época, Alfred Thayer Mahan, recogió las enseñanzas de esos años y experimentó, personalmente, la humillación, cuando al mando del «USS Wachusett», escribió a su superior, al abandonar El Callao en 1984:

> *«Si nos hacen ir de puerto en puerto en buques que son un hazmerreír, sabiendo que se ríen a nuestras espaldas hombres que son demasiado corteses para decir una palabra desagradable en nuestras caras, Ud. no puede esperar que nuestro orgullo y autoestima vayan a escapar ilesos»*. (6)

Mientras Mahan estaba con su buque de estación en El Callao para secundar la política norteamericana que quería imponer como Chile y Perú deberían liquidar un conflicto que teníamos militarmente ganado, se preguntaba: *¿Cuánto peso hacían el Wachusett y sus seis cañones, respetables veinte años atrás, pero hoy totalmente obsoletos?* Y encontraba la respuesta en sus propios escritos dirigidos al secretario de Estado Blaine, llamándolo *«temerario»* por haber interferido en el Guerra del Pacífico, y agregaba:

> *«No tenemos prácticamente nada. Jamás la marina ha estado tan bajo...No es exagerado decirlo: no poseemos ni seis barcos que una potencia marítima, durante una guerra, quisiera conservar...»* (2)

Mahan, que había egresado de la Academia Naval de Anápolis, fue llamado a presidir el Naval War College, por primera vez, desde 1886 y 1889[2], por lo que es fácil comprender lo hondo que habían calado en él las experiencias sufridas en el Perú cuando su gobierno pretendía obligar a Chile a firmar una paz sin cesiones territoriales y encontrarse imposibilitado de hacerlo por la fuerza. Ahora utilizaría su capacidad para hacer poderosa su marina.

Sentir el poder, la fuerza expansiva que le es conexa y la conciencia de la importancia que tenía el dominio del mar para consumar el proyecto imperialista y de dominación pacífica sobre el continente americano que abrigaba el presidente Harrison, constituyen sentimientos que flotaban en el ambiente que comenzaba a prevalecer en los Estados Unidos y que toman consistencia doctrinaria en la obra de Alfred Thayer Mahan.

Las ideas de Mahan fueron expuestas inicialmente en conferencias suyas en 1887, las que le permitieron trabar relación con importantes e influyentes personajes que contribuyeron a diseminar sus ideas.

Expuso en el Naval War College su doctrina sobre el poder naval, en que la base de la grandeza nacional se fundamentaba en una fuerte economía unida a una poderosa flota, e insistió en señalar la importancia de los intereses de su país en el exterior.

Subrayó Mahan la necesidad de poseer una potente marina para lograr la prosperidad de la nación y, en su concepto, el dominio del mar era un imperativo político.

Su amistad con Teodoro Roosevelt sería un elemento decisivo para la difusión de su pensamiento en los Estados Unidos y gravitó fuertemente en la evolución de su armada[3]. (7)

Todo esto gestó su tesis: una gran nación, un imperio, requería una poderosa flota de acero, no de madera; cruceros rápidos y bien artillados, con abastecimiento seguro de carbón y una oficialidad selecta y rigurosamente entrenada.

El imperio dependía del comercio, y el comercio del mar; quien no era capaz de proteger marítimamente a aquel, ni hostilizar a la marina mercante y los puertos enemigos una vez estallada una guerra, renunciaba a ser un imperio. (2)

Esta tesis fue la causa del crecimiento y la renovación, los cuales recibieron un gran empuje cuando sus ideas prendieron, muy fuertemente, en el secretario de marina del presidente Harrison, Benjamin Franklin Tracy.

El desarrollo de la flota

Los hombres que abogaban por el desarrollo del poder naval norteamericano trabajaron intensamente durante la década de los años ochenta para construir una nueva armada.

Se enfrentaron dos políticas sobre la forma que debería tener la nueva flota, unos abogaban en torno a un gran poder ofensivo compuesto por grandes acorazados, equivalentes a los que lucían las insignias francesa y británica, mientras los otros se inclinaban por cruceros rápidos, especializados para la guerra de corso. Cualquiera que fuera el camino a seguir, los defensores de ambas posiciones coincidían que el fin debía ser la conversión de esa nueva marina en un instrumento adecuado al creciente rol de los Estados Unidos en la política mundial.

---

[2] Alfred Thayer Mahan volvería a presidir el Naval War College desde 1892 a 1893.

[3] Según David McCullough, para la determinación de Roosevelt de contar con un paso interoceánico, que se cristalizaría con la construcción del canal de Panamá, fue determinante la obra de Mahan.



CRUCERO CHILENO «ESMERALDA», CONSTRUIDO EN GRAN BRETAÑA Y EN CUYO DISEÑO SE BASÓ LA U.S. NAVY PARA EL «USS BALTIMORE».

Repetidamente durante las discusiones, tanto dentro del ámbito naval como en el político, para obtener los recursos que permitieran desarrollar el proyecto, se hacía referencia a la marina chilena y la experiencia vivida durante la Guerra del Pacífico. En 1883, el parlamentario Williams H. Calkins, defensor de los fondos para las nuevas construcciones navales, declaraba en el Congreso:

> *«Como americano he crecido cansado de ver nuestro país desairado y ridiculizado por las otras naciones del mundo. No ha mucho, durante una guerra entre Perú y Chile, cuando el almirante Balch intentó hacer unas sugestiones gentiles entre las dos naciones, los chilenos le dijeron al Almirante americano, y al gobierno americano por su intermedio, que si él no se preocupaba de sus propios asuntos, ellos lo mandarían a él y a su flota al fondo del océano».* (6)

Aunque estas declaraciones no reflejan lo efectivamente sucedido, son una demostración de los esfuerzos desarrollados para impresionar y hacerse oír por los parlamentarios menos entusiastas, y como el blanco seguía siendo nuestra marina. (6)

El historiador norteamericano George Davis llegó a la conclusión que el caso chileno llegó a convertirse en el argumento permanente de los que defendían el proyecto de crecimiento de la flota en el Congreso norteamericano:

> *«Los expertos navales americanos derivaron del conflicto lecciones con las cuales llamaron la atención pública...Ni un solo cañón americano podía penetrar la coraza de los blindados chilenos. En una silueta claramente delineada quedaba la marina americana, un instrumento demasiado débil para una potencia considerada despreciativamente como un estado menor americano. No hubo un*

solo día de debate de las leyes navales en la década de los ochenta en que el asunto chileno no fuera traído a colación para apoyar la causa de la expansión naval». (6)

Cuando la Armada de Chile encargó la construcción del crucero «Esmeralda», el Army and Navy Journal publicó un artículo titulado *«No podemos combatir a la Marina de Chile»*, en el cual hacía ver la amenaza que significaba el nuevo buque. Decía:

«Chile tiene hoy día el mejor, más rápido y más perfecto buque de guerra de su porte a flote... el "Esmeralda". Él podría hundir nuestra armada entera, buque por buque, y nunca ser tocado»[4]. (38)

Cuando en el comité de asuntos navales de la Cámara de Representantes se defendía la construcción del crucero «USS Baltimore», se indicaba que nuestro país había adquirido el crucero «Esmeralda», el cual era:

«...capaz de viajar de Chile a San Francisco sin gastar ni siquiera la mitad de su carbón y que el alcance de su artillería bastaba para dejar a la ciudad bajo tributo, sin tener que preocuparse de las defensas artilleras del puerto». (6)

Posteriormente, en 1888, el político y futuro Presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt llegó a Washington como comisionado y escribió al presidente Harrison:

«Es una desgracia para nosotros, como nación, que no tengamos buques de guerra dignos de llamarse así y nuestras ricas ciudades costeras podrían quedar a merced de un país de décima categoría como Chile». (39)

Benjamin Franklin Tracy

Las enseñanzas de Mahan encontraron un impulsor y seguidor en Benjamin Franklin Tracy, un abogado neoyorquino, nacido en 1830, que había contribuido a la organización del partido Republicano; había actuado en la Guerra de la Secesión, lo que le había valido recibir la medalla de honor del Congreso; alcanzando posteriormente una posición de juez en la Corte de Apelaciones de Nueva York.

Nombrado secretario de marina por el presidente Harrison, desempeñó el cargo desde 1889 hasta 1893, desde donde pudo impulsar el espectacular incremento de la flota.

Al asumir su cargo, los Estados Unidos tenían navegando cuatro cruceros, cuatro blindados en terminación, cinco monitores, un monitor-crucero y una docena de buques menores, pero el Congreso había negado los fondos para unidades de gran tonelaje. (2)

Desempeñaba este cargo cuando, en Chile, se produjo el incidente del crucero «USS Baltimore».

---

[4] El crucero «Esmeralda», de 2.950 toneladas de desplazamiento, había sido construido por erogación popular. Su armamento principal estaba compuesto por dos cañones de 6" y tres de 4,7". Era el crucero más rápido del mundo, su velocidad era de 17 nudos. La tripulación estaba compuesta por 296 hombres.
Fue vendido al Japón en 1893 y rebautizado como «Idzumi». Fue el primer buque nipón en avistar la flota rusa en la batalla de Tsu-shima.

Sin experiencia naval, su labor en el desarrollo del poder marítimo le granjeó la solidaridad de la marina, pues fue el impulsor de la transformación de una flota, desproporcionadamente débil, a otra definitivamente fuerte, proceso comenzado a principios de los años noventa.

Desde el momento mismo de su asunción a la secretaría del ramo, dio a conocer la política que seguiría y el lugar a donde quería llevar a la institución. A una entusiasta audiencia reunida en Brooklyn, manifestó que él asumía el cargo en una posición de:

> *«...vasto poder de gran responsabilidad, y aún más grande oportunidad. Lo que ha estado ocurriendo en el Istmo y Sudamérica y en el Pacífico, en los últimos años, ha grabado en el pueblo americano el hecho que él necesita y debe tener una marina, una marina que pueda enfrentarse a cualquier marina de cualquier nación del mundo; no con el propósito de hacer la guerra, sino para que nosotros seamos capaces de mantener la paz con dignidad».* (6)

Su independencia y fuerza de voluntad le habían granjeado una gran cantidad de detractores, pero también la de admiradores, ganándose la lealtad de sus subordinados en la marina.

Consciente de la importancia de la opinión pública, inteligentemente la orientó para estimular su apoyo e interés a su política naval, dando el nombre de los estados de la unión a los nuevos acorazados y de ciudades a los cruceros, costumbre que se continúa hasta el día de hoy.

Junto con el potenciamiento de la flota, rechazó el criterio existente, que consistía en estipular a la flota una misión de defensa costera o de destrucción del comercio adversario, por otra de tener el control estratégico de los océanos. (36)

En 1889 comenzó una nueva era para el desarrollo de la Marina de los Estados Unidos, surgiendo, al año siguiente, desde el gobierno, un esfuerzo continuado para crear una importante escuadra.

Se buscó reemplazar los viejos buques de madera, sobrevivientes de la Guerra de Secesión por cruceros de acero manifiestamente ofensivos.

Sostenía Tracy que se necesitaban veinte buques de guerra capitales, acorazados, para levantar bloqueos y derrotar los enemigos que trataran de impedirlo. Bajo su recomendación al Congreso acerca de la política naval a seguir, apoyó la construcción de nuevos buques que dieron nacimiento a una poderosa marina de guerra.

Las decisiones adoptadas bajo el impulso de Tracy constituyeron el cimiento que hizo posible un cambio profundo en el sistema operacional de la marina norteamericana.

La opinión pública estadounidense recibió el mensaje que venía del secretario de marina y despertó el orgullo nacional cuando el político manifestó que necesitaba una flota que pudiera hacer la guerra y no solamente mantener la paz. Sus palabras fueron:

> *«La guerra es una gran calamidad, pero no es mayor que la calamidad que puede ocurrir a la libertad, inteligencia y autodeterminación de la gente».* (36)

Tracy dio término a los planes de expansión de la flota de los últimos siete años, pero se le criticaba que, aún con ello, los Estados Unidos estaban *«a merced de países que contaban con menos del diez por ciento de su población, menos del treinta por ciento de su salubridad y menos del uno por ciento de su territorio».* (36)

El secretario de marina buscaba hacer de la armada el brazo largo de la diplomacia, pero ¿cómo podía justificarse la nueva flota norteamericana? No es posible conocer exactamente qué fue lo que impulsó a Tracy a ello, pero por los escritos de la época, pueden distinguirse distintos factores tales como haber considerado que una gran armada incrementaría la presión para un mayor control territorial, mediante adquisiciones, con el objeto de asegurar bases navales y puertos de abastecimiento de carbón y, con ello, poder tener una actitud más agresiva para apoyar la expansión comercial.

También es posible que ello se haya debido a haber tomado conciencia de su debilidad al analizar su posición en el continente y especialmente con respecto a Chile una vez concluida la Guerra del Pacífico.

En este contexto general surge, diáfana, la filosofía que aplicó en su gestión como secretario de marina y que el episodio del «USS Baltimore» y la crisis con nuestro país constituían la necesidad de probar su nuevo poderío. (7)

El «USS Baltimore»

El «USS Baltimore» era un crucero blindado de diseño británico, mandado a construir en 1887 a los astilleros de Philadelphia, de William Cramp and Sons, había sido puesto en servicio el 7 de enero de 1890.

Desplazaba 4.600 toneladas, su eslora era de 327 pies, su manga de 48 pies y 7 pulgadas, su calado de 19 y medio pies, alcanzando los 23 pies a plena carga.

Su armamento principal consistía en una batería de cuatro cañones de 8 pulgadas; la batería secundaria eran 6 cañones de 6 pulgadas y ocho cañones de tiro rápido y otras piezas menores además de un cañón de desembarco de 3 pulgadas y tubos lanzatorpedos de 14 pulgadas. Es decir, su poder era sencillamente formidable.

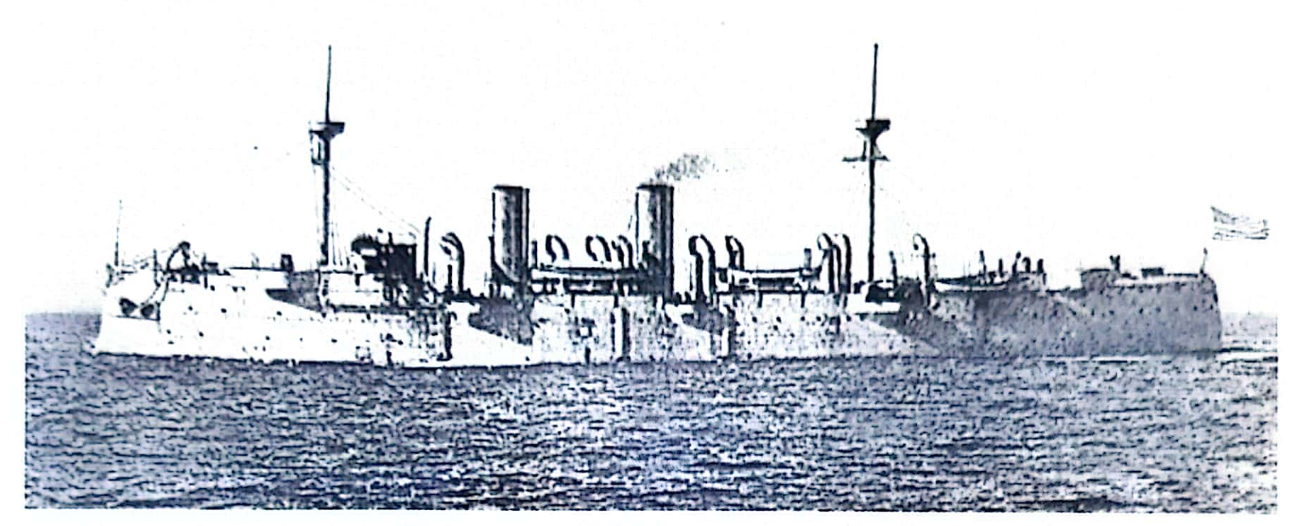
Alcanzaba una velocidad de 19.5 nudos, superando al crucero chileno «Esmeralda», en cuyos planos se habían basado los diseñadores. Esto se alcanzaba gracias a una máquina recíproca a vapor que desarrollaba 10.064 HP.; por lo cual el secretario de marina Tracy se jactaba que era el navío más rápido del mundo (3). De hecho constituía uno de los navíos de mayor tamaño de la flota estadounidense.

Su dotación la constituían 36 oficiales y 350 tripulantes. El costo de construcción había sido 1.325.000 dólares.

El «USS Baltimore» era uno de varios buques norteamericanos enviados a aguas chilenas durante la guerra civil de 1891. Había recalado en Valparaíso atendiendo a una solicitud del ministro plenipotenciario Patrick Egan, para proteger los intereses norteamericanos durante el conflicto.

Al estallar la guerra civil en Chile, el ministro plenipotenciario chileno en Washington, Prudencio Lazcano, informó al secretario de Estado Blaine, que la flota chilena se había declarado en rebeldía contra el gobierno del presidente Balmaceda y que no se hacía responsable de sus actitudes frente a los intereses de los extranjeros en el país. Blaine le respondió, insistiendo, que el gobierno de los Estados Unidos tenía derecho a considerar cada situación, que se presentara, independientemente.

El 17 de enero, Egan telegrafió al secretario de Estado pidiendo que la flota norteamericana bloqueara varios puertos chilenos, principalmente Valparaíso e Iquique, pues aunque



«USS Baltimore».

él había hecho serias protestas, sentía la necesidad que una escuadra norteamericana protegiera los intereses de su país.

Blaine recibió un telegrama en el mismo sentido del cónsul norteamericano en Talcahuano, el que hacía presente que las detenciones arbitrarias, arrestos, secuestros, censuras y actos violentos involucraban a extranjeros:

> *«No tenemos garantías de ninguna especie y sentimos inseguridad de sufrir atentados. Necesitamos un buque norteamericano para nuestra protección como la única forma que se nos respete en la situación que se está viviendo».* (36)

Y luego insistía en que los intereses de su país merecían ser respetados, pues se ignoraba que los neutrales y cualquiera tenía derechos y no se sentirían seguros hasta que la presencia de un buque de la armada de los Estados Unidos se los garantizara.

Blaine respondió, dirigiéndose directamente al secretario de marina, solicitando el envío de naves de guerra, una de las cuales era el «USS Baltimore».

Procedía de Villefrance, Francia, y venía al mando del comandante Winfield Scott Schley, reaprovisionándose en Toulon para la larga travesía y luego tocando Gibraltar y cabo San Vicente, arribando a Montevideo el 14 de marzo, donde debió permanecer una semana debido al mal tiempo.

Tomó la ruta del Estrecho de Magallanes, programando una corta estadía en Punta Arenas, donde la población era custodiada por un destacamento militar. Debido a la guerra civil sus integrantes no habían podido volver a sus hogares, sin haber existido la posibilidad de darles algún descanso, por lo que el jefe de la guarnición solicitó al comandante del «USS Baltimore» prolongar por, a lo menos veinticuatro horas, su estadía, pues ello ayudaría a elevar la moral de sus hombres. Por cortesía el crucero demoró su zarpe hasta la mañana siguiente para navegar con luz los canales fueguinos. Finalmente, el 7 de abril arribó a Valparaíso para ponerse a las órdenes del contraalmirante W.P. McCann, comandante de las

fuerzas navales norteamericanas en el Pacífico Sur, quien izaba su insignia en el «USS Pensacola».(37)

A la llegada del «USS Baltimore», este jefe cablegrafió al secretario de marina Benjamin Tracy, haciendo presente que *«la llegada del "USS Baltimore" a este puerto ha llamado fuertemente la atención y, a la vez, ha producido muy buen efecto y ha aumentado el respeto de la gente por nuestra marina y les ha demostrado que el poder que tienen los Estados Unidos para proteger los intereses de sus ciudadanos si fuera necesario hacerlo»*. (36)

El 24 de abril el contraalmirante McCann trasladó su insignia al «USS Baltimore» durante los dos meses siguientes. El 16 de mayo viajó a Iquique, donde sostuvo un *rendez vous* con el crucero «USS San Francisco», buque insignia del contraalmirante Brown, que participaba en esos momentos, en la cacería impuesta al mercante «Itata» que había despachado el gobierno revolucionario a California para el transporte de pertrechos de guerra, como veremos en el próximo capítulo.

Cuando el incidente del «Itata» se consideró terminado, el contraalmirante McCann zarpó hacia El Callao, cruzándose con el crucero «Esmeralda», que navegaba hacia Chile el 20 de junio; venía de regreso de Panamá, adonde se había dirigido después de acompañar al mercante «Itata» a buscar las armas a los Estados Unidos. Al encontrarse ambos buques de guerra, se realizó el intercambio de saludos que determinaba el ceremonial, pero el mando norteamericano lo consideró un error, puesto que el buque chileno representaba a un gobierno insurgente que no había sido reconocido por ellos, dándole el carácter de un simple saludo de dos oficiales en altamar. (37)

En El Callao, el contraalmirante McCann recibió la orden de dirigirse a Panamá para tomar el mando de la flota del Atlántico Sur.

Antes de dejar el «USS Baltimore», McCann ordenó al comandante Schley dirigirse a Iquique para unirse a la escuadra del contraalmirante Brown, con el objeto de proteger los derechos de la Central and South American Cable Company, que buscaba unir la línea desde Galveston a Valparaíso, con extensión a Mollendo, la que se sentía amagada por las autoridades revolucionarias de Chile, esto produciría un nuevo incidente que conoceremos en el próximo capítulo.

El «USS Baltimore» permaneció durante toda la noche protegiendo la maniobra y enseguida se dirigió a Iquique para informar a las autoridades revolucionarias de lo obrado, continuando enseguida a Caldera para observar los restos del «Blanco Encalada», hundido por un torpedo de la «Lynch» y continuar a Coquimbo, donde se juntó con el «USS San Francisco» el 24 de julio[5].

Permaneció en Coquimbo desde el 24 de julio al 21 de agosto. El puerto estaba en posesión de las fuerzas balmacedistas, donde se había enviado una fuerza de 6.000 hombres a cargo del ministro Manuel María Aldunate Solar, con quien el comandante del crucero tuvo muy amigables relaciones. (37)

El «USS Baltimore» arribó al puerto de Valparaíso al día siguiente de la inoportuna visita del contraalmirante Brown a Quintero para presenciar el desembarco de las fuerzas revolu-

[5] El torpedo autopropulsado acababa de hacer su aparición en el campo de las armas ofensivas y del que solamente se conocían sus efectos por los resultados obtenidos en las pruebas; por lo que el hundimiento del crucero «Blanco Encalada», durante la guerra civil, constituyó la primera vez, en la historia naval del mundo, que un navío era hundido, en batalla, por un torpedo.

cionarias, lo cual produjo otra nueva dificultad diplomática entre el gobierno norteamericano y las que pronto serían las nuevas autoridades chilenas.

El «USS Baltimore» permaneció en aguas chilenas, para proteger los intereses norteamericanos, hasta después del término de la guerra civil, a fines de agosto, cuando las fuerzas balmacedistas colapsaron en la batalla de La Placilla.

El 9 de septiembre, el contraalmirante George Brown, que izaba su insignia en el «USS San Francisco», telegrafió al secretario de marina Tracy, que el país estaba en calma y que no había razón alguna para que el «USS Baltimore» continuara en Chile, lo que insistió el 20 del mismo mes, haciendo presente que el nuevo gobierno había restablecido el orden y que no era necesaria su presencia.

Por su parte, el comandante del crucero se dirigió también a Tracy, el día 23, agregando que su nave necesitaba reparaciones que no podían efectuarse localmente. Otras unidades habían abandonado Chile y nada justificaba prolongar su estadía; pero no recibió instrucciones para moverse y permaneció en Valparaíso. (36)

En este puerto se encontraba aún el 16 de octubre cuando sucedieron los hechos que relataremos más adelante.

Posteriormente a su trágica estadía en nuestro primer puerto, regresó a los Estados Unidos, llegando a San Francisco el 5 de enero de 1892.

Desde diciembre de 1893 a 1895 formó parte de la escuadra del lejano oriente.

Durante la guerra de los Estados Unidos con España participó en la batalla de Manila el 1° de mayo de 1898.

Al inicio de la Primera Guerra Mundial fue transformado en minador, participando en la zona del conflicto.

Su final fue la venta como chatarra en 1942. (7)

Winfield Scott Schley

Comandaba el crucero Winfield Scott Schley, hombre delgado, de mediana estatura y abundante cabello negro. Era nativo del estado de Maryland, se había graduado en la academia naval donde había sido condiscípulo de Alfred T. Mahan, George Dewey y William T. Sampson, todos prohombres en los esfuerzos por levantar el poder naval norteamericano de la última década del siglo diecinueve. (36)

Schley era conocido como un gran narrador, impulsivo y poco amigable, buscaba figuración pública y no retrocedía ante ninguna posibilidad de buscar conflictos o peleas.

Su largo servicio de cuarenta y cinco años en la marina estadounidense lo llevaron a participar en la Guerra de Secesión, en el asalto a las fortificaciones coreanas en la isla Kang Hoa y en la guerra con España, que significó la destrucción total de la flota hispana y la captura del almirante Cervera, sus oficiales y tripulaciones, el 3 de julio de 1898, en Santiago de Cuba.

En 1890, Winfield Scott Schley había tomado el mando del nuevo crucero «USS Baltimore», dirigiéndose al Mediterráneo, donde recorría los principales puertos de la riviera francesa y el mar Tirreno.

En enero de 1891, mientras hacía uso de permiso, viajó a los Estados Unidos y cuando se aprestaba a regresar a su buque para reiniciar su placentero recorrido por Europa, según lo

ha descrito el propio comandante, acudió a despedirse del secretario de marina Benjamin Tracy, el día 31 de enero, donde fue informado que había estallado una revolución en Chile.

La noticia, recibida solamente el día anterior, daba cuenta que la marina chilena, junto a un número de miembros del Congreso y otros prominentes personajes, habían organizado un movimiento sedicioso, zarpando desde Valparaíso para ocupar Iquique, donde habían establecido un gobierno revolucionario; se trataba de la zona más rica del país, productora del salitre. Toda la información había sido transmitida por el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Chile, honorable Patrick Egan.

Durante la reunión, el secretario Tracy manifestó que lamentaba estas malas noticias, pero que el contralmirante McCann había cablegrafiado que debía dirigirse a Valparaíso para proteger los intereses de los ciudadanos norteamericanos, si ello se hacía necesario. (37)

Schley recibió la orden de regresar a su buque y prepararlo para dirigirse a Valparaíso, donde arribó, como hemos visto, en la mañana del 7 de abril.

El comandante tenía una característica que sería fundamental para el desarrollo del conflicto que se produciría con tripulantes de su buque en Valparaíso, y ello era su astucia para manipular a la prensa y a los reporteros y para ser solícito con sus superiores.

Schley creía ver en todas partes ofensas a su país y profesaba gran celo por las naciones del viejo mundo. Relata en sus memorias que encontrándose en Valparaíso, después de producido el incidente que relatamos más adelante, observó que un vapor de la Compañía Sudamericana de Vapores recalaba al puerto desde el sur, debiendo pasar frente a buques de guerra alemanes, franceses e ingleses, ante los cuales hizo el tradicional saludo de arriar el pabellón y luego volver a izarlo; pero al cruzarse frente a su buque, este signo de cortesía habría sido omitido.

De inmediato envió a tierra, a las oficinas de la compañía naviera, al teniente Sidney May, para hacer presente que, aunque no era un ceremonial obligatorio, sino algo solamente sancionado por la costumbre que las naves mercantes saludaran a las de guerra arriando el pabellón, el buque de marras lo había hecho ante otros buques extranjeros y no ante el «USS Baltimore», lo que constituía una descortesía. (37)

Capítulo II
Tensiones diplomáticas

Relaciones chileno-norteamericanas durante la guerra civil

Nunca existió tanta tensión en las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Chile, desde que nuestro país fuera reconocido como tal por el gobierno que encabezaba el Presidente norteamericano James Monroe, el 6 de julio de 1922, hasta la campaña desatada para desestibar el régimen militar que gobernó con posterioridad a 1973, como las consecuencias de los incidentes provocados con motivo del permiso de bajar a tierra que recibieron los tripulantes del crucero «Baltimore», al ancla en Valparaíso, el 16 de octubre de 1891[6].

El ambiente hostil a los Estados Unidos, que existía en Chile, cuando se desarrollaron los hechos, era una consecuencia directa de la posición que había tomado ese país, a favor del bando del presidente Balmaceda durante la conflagración civil de 1891.

Benjamín Harrison

Gobernaba la nación norteamericana el presidente Benjamin Harrison, hombre atropellador, de ínfulas imperialistas, que quería utilizar la Doctrina Monroe para transformar a las naciones sudamericanas en mansos siervos productores de las materias primas que necesitaba el poderoso vecino del norte, el cual debía dominar, sin contrapeso, los mercados que constituían todos los países situados al sur del río Grande.

Si Harrison no era la figura más amable y atractiva de la Casa Blanca, tampoco lo eran sus subalternos los que, casi sin excepción, carecían de carisma y magnetismo, lo cual, por supuesto, no constituía una condición para alcanzar una alta posición en el gobierno de los Estados Unidos.

---

[6] Un hecho inédito, curioso y sintomático es que la primera protesta diplomática hecha contra nuestro país, de parte de los Estados Unidos, se produjo cuatro años antes que fuéramos reconocidos como nación independiente por ellos.
Ello ocurrió durante la Expedición Libertadora del Perú en 1819 cuando el almirante Cochrane impuso el bloqueo de algunos puertos del vecino país, capturando varios buques norteamericanos que comerciaban con esa aún colonia española.
Este hecho pareciera marcar la línea de conducta con que hemos sido tratados a través de toda nuestra historia. (1)

Al Presidente no le gustaba la adulación, pero parecía no entender de cumplimientos, galanterías ni educación.

Era profundamente reservado y antipático. Se decía de él que cuando entraba a una habitación, la temperatura descendía en veinte grados o que podía llevar un trozo de hielo en su bolsillo, en pleno verano, sin que cayera una gota de agua.

Harrison había obtenido en las elecciones 100.000 votos menos que su opositor, el candidato demócrata Grover Cleveland, pero se impuso en el colegio electoral.

Era un abogado de grandes condiciones oratorias y había participado en la Guerra de Secesión. Su abuelo, William Henry Harrison, también había sido Presidente de la República y su bisabuelo había sido uno de los firmantes de la declaración de la independencia.

Con la elección de Benjamin Harrison, el Partido Republicano llegó a controlar ambas cámaras del Congreso, lo que no había sucedido desde el apogeo del gobierno de Grant en 1874. [36]

James Gillespie Blaine

Para hacer más inamistosa aún la situación que provocaban las ideas del Presidente autócrata con nuestro país, había nombrado como secretario de Estado a James Gillespie Blaine, quien había desempeñado igual cargo durante los años de la Guerra del Pacífico, mientras se discutían las compensaciones territoriales que se exigirían a los vencidos; siempre había tenido una actitud abiertamente hostil a Chile y había tratado de obligarnos a la devolución de los territorios de Tarapacá, Tacna y Arica.

En aquella época, Blaine se había mostrado manifiestamente antichileno y como era un anglófobo fanático, veía que detrás de nuestro país estaba Inglaterra. Muy pronto la venalidad y amoralidad harían presa de él.

Cuando la firma pantalla «The Peruvian Company» destapó la olla de un negociado, en el que se hallaban involucrados el secretario de Estado norteamericano junto al Presidente de Francia, M. Jules Grevy, para quedarse con los bonos y créditos salitreros de los territorios en disputa entre Chile y Perú y hacerse de la concesión del ferrocarril de Lima a Chimbote, el mandatario galo se alejó del poder denostado y repudiado y en los Estados Unidos, el presidente Arthur, sucesor del asesinado presidente Garfield, alejó a Blaine de su gabinete, produciendo un vuelco en su política exterior.

Con las esperanzas que el destituido secretario de Estado norteamericano había dado a los vencidos, en el sentido de que con la intervención de su gobierno habría un tratado de paz sin cesión territorial, solamente se había conseguido retrasar tres años el acuerdo, mientras los soldados de ambas naciones continuaban desangrándose en la brutal carnicería que significó la campaña de la sierra.

En 1889, James Blaine regresaba, en gloria y majestad, a la secretaría de Estado del presidente Harrison, en los momentos que Chile se deslizaba por la pendiente que lo conduciría a una cruenta guerra civil.

Había sido nombrado en el cargo por el presidente Garfield, de quien había sido su primer secretario de Estado y había logrado dominarlo con su gran personalidad; pero no iba a suceder lo mismo con el carácter soberbio y arrogante del presidente Harrison.

Por otra parte su energía no era la misma de los años de la Guerra del Pacífico, su ambición de llegar a la primera magistratura del país parecía haberse apagado, a pesar que el Presidente recelaba de él, su salud se debilitaba y los problemas familiares lo doblegaban.

La anglofobia no lo abandonó nunca y veía como, pasados algunos años desde el término del conflicto chileno con Perú y Bolivia, el comercio británico se había expandido, no solamente en Chile, sino que también en Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela y México.

En su segunda oportunidad al frente del departamento de Estado, Blaine estaba convencido que Latinoamérica debía dar la espalda al viejo mundo. Consideraba que Gran Bretaña le había usurpado a los Estados Unidos la hegemonía que le correspondía. Odiaba a la rubia Albión, pero deseaba emular sus éxitos.

Para Blaine el eslogan popularizado en el siglo diecinueve por el presidente Monroe de «América para los americanos», debía convertirse en una realidad y eliminarse la influencia británica de los mercados continentales.

Frustrada su anglofobia por el éxito inglés, miraba a Chile como el principal obstáculo al destino que ambicionaba para su país, que debía demostrarse como una de las grandes potencias mundiales. Era necesario despertar la conciencia nacional y exigir que todas las naciones reconocieran su supremacía en el continente.

Había conocido a don José Manuel Balmaceda en la década de los años ochenta, cuando era ministro de relaciones exteriores, por lo que al ser elegido presidente de la República, trató de acercarse a él, pues éste interpretaba el dominio británico como un desafío propio. Esta circunstancia podría haber sido el motivo para convencer al presidente Harrison de nombrar a Patrick Egan como ministro plenipotenciario en Chile. [36]

Patrick Egan

Un tercer personaje norteamericano que iba a tener una preponderante participación en el rumbo que tomaría el incidente protagonizado por la tripulación del crucero «USS Baltimore» era el ministro plenipotenciario en Chile Patrick Egan.

Egan era natural de Irlanda, país en el que había promovido activamente la lucha antibritánica, habiendo llegado a ser tesorero de la liga por la independencia de su patria. Sus actividades revolucionarias lo llevaron a ser perseguido, por lo que huyó, buscando refugio en los Estados Unidos, país al que llegó en 1882, nacionalizándose siete años más tarde, cuando ya había hecho cierta fortuna.

Su ingreso a la política norteamericana se había debido al padrinazgo de Blaine y cuando éste llegó nuevamente a la secretaria de Estado, lo destinó a la legación en nuestro país en premio por el apoyo que había brindado a la candidatura presidencial de Benjamin Harrison.

Egan no poseía la más mínima experiencia diplomática y compartía con su protector una vehemente anglofobia. Su nombramiento en Chile resulta inexplicable, pues los intereses y el influjo británico eran predominantes. Hasta la prensa norteamericana abrigaba serias dudas acerca de los motivos que habrían decidido tan desafortunado nombramiento. El «Omaha Herald» en 1889 se preguntaba *¿Recordaría Egan que no era un cruzado antiinglés, sino un representante de la república norteamericana?* [2]

El nombramiento de Egan fue señalado con fuertes críticas y John E. Finding en su *Dictionary of American Diplomatic History* lo califica como «*el peor tipo de abuso político*»[7], mientras que el historiador Robert Seager II se refiere a él como «el inepto ministro americano en Chile»[8]. (7)

Una opinión dada, oficialmente, al departamento de Estado, con fecha 8 de abril de 1889, consignaba refiriéndose al nombramiento de Egan:

> «*A pesar que los medios de prensa, en general, han aprobado la elección y consideran a Mr. Egan una persona digna y capaz para desempeñar el cargo para el que ha sido nombrado, muchos de ellos se han manifestado contrarios a este nombramiento y opinan que debió haberse designado a alguien que fuera mejor aceptado pues, dada la actual situación política y el hecho de que este caballero, solamente en fecha reciente ha obtenido su nacionalización en este país, y donde él, hasta ahora, había preferido promover la causa de la Liga Irlandesa por la independencia, atacando las políticas del gobierno británico*». (36)

Por su parte la British-American Association protestó, en junio de 1889, por el nombramiento; y el ministro plenipotenciario británico en Chile Mr. John G. Kennedy, escribió a su jefe, el secretario del exterior Lord Salisbury:

> «*El nombramiento de Mr. Egan en Chile no fue del agrado de sus compatriotas ni del gobierno de Chile.*
> *El ministro alemán en Chile Barón Félix Von Gütschmid, cree que Mr. Egan está trabajando activamente contra el comercio británico y alemán y sus intereses políticos en Chile, con el objeto de establecer la influencia de los Estados Unidos*».(36)

Egan tenía el convencimiento más absoluto que Balmaceda ganaría la guerra civil y en este sentido informaba a su gobierno; todas sus simpatías se volcaron por su causa, más aún cuando sabía que, en cierto sentido, la posición del Presidente era pro norteamericana y anti británica.

El 12 de enero de 1891, escribió al ministro plenipotenciario norteamericano en Argentina Mr. John R. G. Pitkin:

> «*Los líderes revolucionarios calculaban que una parte del ejército respaldaría sus acciones, lo que no ha ocurrido y no se percibe como podría ocurrir en el futuro*».

Un mes más tarde volvía a dirigirse a Pitkin:

> «*No hay cambios serios en la situación aquí. Cuando comenzó la revolución el 7 de enero, el gobierno tenía 3.500 soldados en todo el territorio. Ahora marchan en él 25.000 hombres, lo que asegura el control en todo el país. La flota está lejos de poder controlar el territorio y aunque ellos pudieran conquistar algo, es difícil imaginarse como podrían mantenerse durante un largo tiempo*». (41)

---

[7] The worst sort of spoils abuse.
[8] The inept American minister in Chile.

Como una temprana demostración de la posición intervencionista de Egan, puede leerse en la comunicación que envió el 22 de abril al cónsul de su país en Iquique, a comienzos de la guerra civil, J.W. Merriam, quien seguramente veía como, desde hacía casi cuatro meses, el gobierno revolucionario se había establecido en ese puerto, sin vislumbrarse un cambio que pudiera producirse en favor de las fuerzas balmacedistas, en ella le dice que éstas han hecho el mejor uso del tiempo dedicándose a reclutar gente, entrenarla y formar un ejército, lo cual es preferible a hacer un ataque desesperado. (41)

A Blaine le manifestaba que, aunque los líderes de la oposición tenían mucha confianza con los acontecimientos, mirado ello desde un punto de vista desinteresado, no les veía posibilidad alguna de derrocar al gobierno de Balmaceda.

Al producirse el alzamiento revolucionario, asumió el ministerio del interior Domingo Godoy Cruz, quien aplicó una persecución implacable contra los opositores. Se trataba de un hombre despiadado que implantó el terror. Después de suprimir las cortes de justicia, removió a todos los jueces, quedando con las manos libres para cometer toda clase de arbitrariedades, para detener opositores, acallar su prensa, intimidar, torturar, flagelar, allanar viviendas, etc. Al opositor Pedro María Rivas le allanaron su casa setenta y tres veces, de ellas, tres veces en un solo día y, en el colmo del sadismo, a José María Barahona le exigieron firmar un documento de haber recibido más de cien palos. (3)

La situación que se vivía en la capital era conocida por los medios de prensa extranjera que la daban a conocer en sus países; pero el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Chile, en lugar de informar en forma honesta y verídica a su gobierno, se dedicó a desvirtuar lo que se publicaba.

En una largo cable negaba las «grandes invenciones y exageraciones»[9] publicadas en los Estados Unidos sobre «las imaginarias crueldades y atrocidades de parte de ambos bandos en la guerra civil»[10].

En su informe Egan se refiere a que los balmacedistas han detenido a ochenta y siete políticos, pero que se encuentran *«en excelentes condiciones en las cárceles del gobierno, donde permanecen en número de catorce o quince, como detenidos políticos, gozando de un ala completa de la prisión para ellos solos, con buena ventilación y celdas limpias, libres para comunicarse con quien quieran, con autorización para recibir visitas, disponen de buenos muebles y pueden darse el lujo de estar acompañados por sus sirvientes. Un comité de amigos financia los gastos de la comida, la cual es llevada del mejor restaurante francés de la ciudad»*(36). ¡Vaya forma de informar a su gobierno el infierno que vivían los opositores!

El cónsul Mac Creery y el contraalmirante W.P. Mc Cann

Pero Egan no era el único representante norteamericano en Chile que miraba con simpatía a las fuerzas balmacedistas o que vaticinaban su victoria. El cónsul en Valparaíso, Mac Creery, le escribía, mientras la ciudad aún estaba en manos de los gobiernistas, que *«cualquiera que sea el resultados de los actuales disturbios, yo siempre recordaré que las autoridades me han tratado siempre con amabilidad y cortesía y jamás se han negado a conceder-*

[9] «gross inventions and exaggerations»

[10] «imaginary cruelties and atrocities on the part of both of the parties to the civil war»

me los favores que les he solicitado»[43]. ¡Cuán distinta sería su actitud hacia las autoridades una vez que el puerto cayera en manos de los revolucionarios!

Por otra parte, el comandante de las fuerzas navales norteamericanas en el Pacífico Sur, contralmirante W. P. Mc Cann escribió al secretario de Estado:

> *«El presidente Balmaceda maneja la situación…es evidente, y así lo pienso, que las fuerzas terrestres y navales del partido del Congreso son totalmente inadecuadas para conseguir algún éxito o poner fin a la guerra en Chile»*

y más adelante hizo notar:

> *«Mi impresión ha sido, desde hace algún tiempo, que el éxito del partido revolucionario es imposible»*. [44]

Es indudable que, más allá de los afanes hegemónicos continentales que abrigaba el presidente Harrison y de la reconocida posición anti chilena de su secretario de Estado, la publicación de los cables e informaciones que se recibían de los representantes en Chile mantuvieron desinformado al gobierno y a la opinión pública norteamericana de la real situación del poderío de las fuerzas combatientes y del posible desenlace del conflicto.

Egan siempre estuvo convencido del triunfo del Balmaceda, situación que hizo presente, atinadamente, el ministro británico en Santiago John G. Kennedy, a la Foreign Office, cuando los gobiernistas habían sido derrotados en Concón y La Placilla:

> *«Es algo claro que Egan y sus almirantes creían completamente en el triunfo de Balmaceda y eso no solo lo publicitaron sino que lo expresaron oficialmente. Ahora los sentimientos contra Egan y sus almirantes son grandes y amargos. Tanto Egan, como el almirante Brown han enviado cartas explicativas a los periódicos, pero los hechos son demasiado graves para ellos»*. [45]

Recelos diplomáticos

La influencia europea en nuestro país databa de mediados del siglo diecinueve y era un argumento pueril tratar de achacar a ella la intervención norteamericana en el enfrentamiento entre los partidarios del presidente Balmaceda y el Congreso.

Tal vez, el gobierno de los Estados Unidos vio la ansiada oportunidad de desplazar a los países europeos y le abrió el apetito ver que el Presidente de Chile les había adjudicado grandes concesiones de las obras públicas que se realizaban; pero el secretario de Estado Blaine, veía en todas partes al imperio británico moviéndose tras sus intereses.

Balmaceda privilegiaba las relaciones con los Estados Unidos y le abría las puertas a sus inversiones tratando de alejar a las naciones del viejo mundo, todo lo cual constituía una parte importante de la táctica del presidente Harrison para poner orden en los países que constituían su patio trasero, especialmente, Chile que era el más díscolo; como lo había demostrado, una década antes, al no obedecer sus designios de como debía arreglarse la paz definitiva con Perú y Bolivia.

Desde el primer instante, el gobierno de los Estados Unidos tomó abiertamente parte en una cruzada de apoyo al presidente Balmaceda, en la cual sus ejecutores fueron el secre-

tario de Estado Blaine, el ministro plenipotenciario Egan, y los contralmirantes George Brown y W.P. Mc Cann entre otros.

En el período comprendido entre enero y agosto de 1891, tanto Balmaceda como la junta revolucionaria consagraron sus esfuerzos a ganarse la adhesión de los gobiernos extranjeros; pero el triunfo correspondió, ampliamente, a La Moneda. La junta solicitó a todos los países del mundo que se la reconociera como gobierno legítimo de Chile, haciendo presente que la destitución del Presidente era un privilegio constitucional que correspondía al Congreso; pero ello no convenció a nadie, salvo a Bolivia. Por otro lado, los Estados Unidos y Argentina se pronunciaron abiertamente por Balmaceda.

El gobierno norteamericano, molesto porque consideraba que la revolución había sido provocada por la intervención europea que tenía grandes intereses en la industria salitrera y convencido, por los informes que recibía de su ministro diplomático en Santiago y por las actividades desarrolladas por el representante chileno en Washington, Prudencio Lazcano Echaurren, quienes manifestaban que la guerra, al cabo de unos pocos meses, sería ganada por Balmaceda, no disimuló sus simpatías por éste.

Cuando la junta de Iquique nombró delegado oficial ante la Casa Blanca a don Pedro Montt, el ministro Egan le negó los poderes diciendo *«No podemos tratar con insurgentes»*. [11]

El ministro del interior y relaciones exteriores, nombrado por el presidente Balmaceda al producirse el levantamiento de la escuadra, Domingo Godoy, a quien ya nos hemos referido, tuvo dos iniciativas referentes a Gran Bretaña y Estados Unidos, de tal extravagancia, que por ello no se llevaron a cabo. Una de ellas era solicitarle a la Foreign Office que la escuadra inglesa destruyera la chilena y la otra, pedirle al ministro británico en Santiago que los minerales de Lota, que pertenecían a capitales de su país, junto con los barcos carboneros que tenían, fueran puestos bajo la protección de la marina norteamericana. [3]

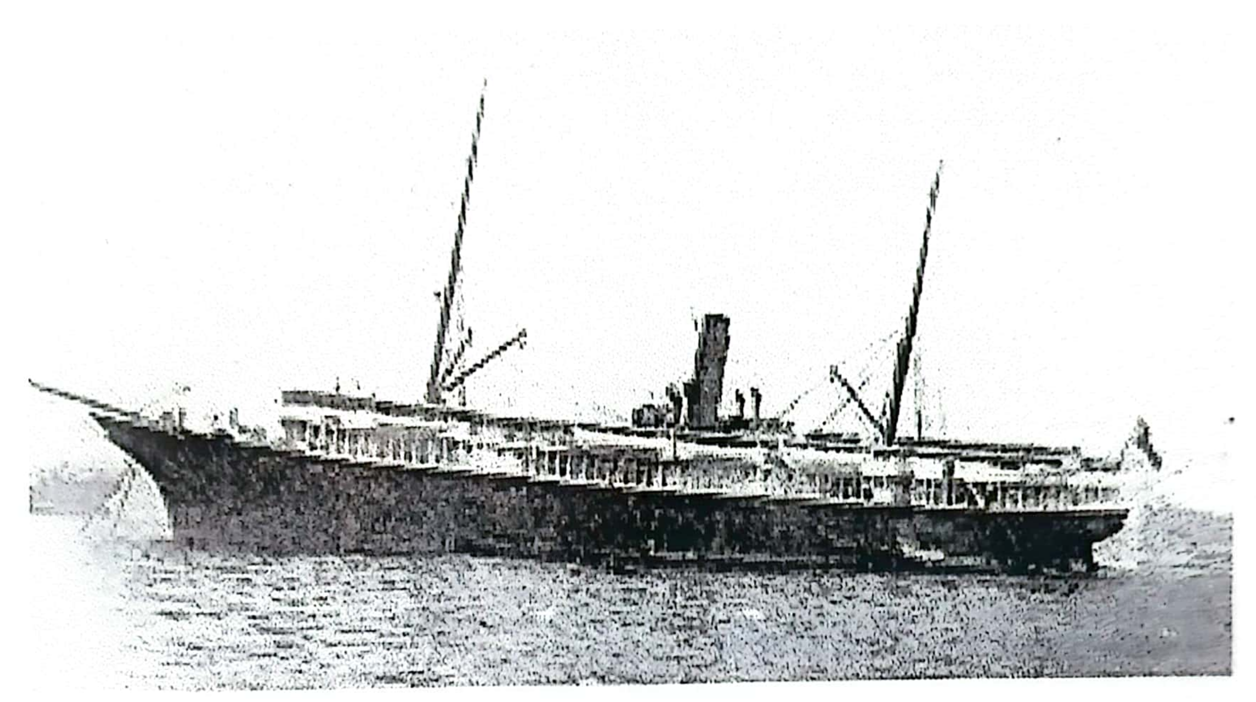
En junio de 1891, el teniente Charles H. Harlow escribió directamente al presidente Harrison diciéndole:

> *«La ayuda constante y permanente dada a los rebeldes por los ingleses y por los oficiales de los buques británicos han puesto furioso a Balmaceda y a sus altos dignatarios. Estos no tienen forma de evitarlo, pero saben muy bien que por los ingleses y los oficiales de los buques británicos que recorren la costa son la forma regular y confidencial para comunicarse entre los rebeldes y sus simpatizantes de Valparaíso y Santiago... La constante y permanente ayuda dada por los ingleses a los rebeldes será compensada después de la guerra... nunca un grupo de hombres ha odiado tan amargamente a otro grupo...Tengo la certeza que Balmaceda ganará y cuando triunfe, los Estados Unidos podrán hacer lo que deseen en Chile».* [46]

El incidente del «Itata»

Durante la guerra civil, el 15 de enero de 1891, la escuadra revolucionaria había apresado, en Valparaíso, al buque de la Compañía Sudamericana de Vapores «Itata», el cual fue despachado al puerto de Iquique para que sirviera a la causa constitucional.

Por otra parte los revolucionarios, que habían constituido una Junta de Gobierno en el puerto de Iquique, con el objeto de organizar en aquella ciudad las fuerzas militares que



VAPOR «ITATA».

debían enfrentarse a las que el presidente Balmaceda tenía en Santiago, decidieron enviar a los Estados Unidos a John Trumbull, ciudadano de nacionalidad chilena; pero relacionado con importantes familias norteamericanas, para que adquiriera armamento liviano destinado al ejército que se estaba formando en nuestras provincias septentrionales.

Trumbull obtuvo en la Casa Grace de Nueva York cinco mil rifles Remington y dos millones de cartuchos que era necesario transportar a Chile.

El jefe de la armada revolucionaria y miembro de la Junta de Gobierno iquiqueña, capitán de navío Jorge Montt Álvarez, había solicitado al secretario de Estado Blaine que se les concediera la calidad de beligerantes; pero éste había archivado la nota, sin dar respuesta, por orden del presidente Harrison. Sin embargo, a pesar de ello, la operación de compra y traslado de las armas era legal y no contravenía las leyes norteamericanas sobre neutralidad, pues ellas no prohibían la manufactura ni la venta de armamentos y municiones para exportación. (2)

Fueron comisionados para realizar la operación el crucero «Esmeralda» y el recién capturado transporte «Itata» los que se dirigieron desde Iquique a San Diego, en California, para recibir el armamento, cuyo embarque, de todos modos, se efectuaría fuera de las aguas jurisdiccionales norteamericanas. La escuadrilla salió de Arica el día 8 de abril a las órdenes del comandante Alberto Silva Palma. (4)

Los buques zarparon sin rellenar sus carboneras por lo que, en primer lugar, tuvieron que dirigirse a la isla Chathan en las Galápagos y desde allí a cabo San Lucas para completar el reaprovisionamiento. En este último punto el comandante Silva Palma advirtió que el carbón cargado era insuficiente para la expedición, por lo que determinó que solamente el transporte continuara la misión, transbordándose para tomar el mando de él y continuar el viaje a San Diego, mientras ordenaba al crucero hacer algunas reparaciones y esperarlo en Acapulco donde debía reabastecerse debidamente de combustible.

Tan pronto recaló el «Itata» a San Diego, el día 3 de mayo, se impuso su comandante, por la prensa, que se le consideraba buque sospechoso por lo que se dirigió, sin pérdida de tiempo, a tierra para obtener combustible y víveres para ambas naves, en previsión de lo que pudiera suceder.

El ministro plenipotenciario chileno en Washington, representante del gobierno del presidente Balmaceda, señor Prudencio Lazcano, era un balmacedista decidido que hizo milagros para controlar las compras de armas por parte de los revolucionarios. Además que tenía un eficaz sistema de espionaje en todos los puertos del país. En esta forma conoció la maniobra que realizaría el «Itata», por lo que acudió al secretario de Estado Blaine para desbaratarla; pero recibió como respuesta que nada podía hacerse por cuanto las leyes de neutralidad lo prohibían. (11)

Tratando de guardar las apariencias legales con declaraciones, pero actuando por otros medios más sibilinos para lograr sus objetivos, el secretario de Estado, que había reconocido que lo que se le solicitaba era totalmente ajeno a sus atribuciones, ordenó a la aduana de San Diego retener al «Itata» apenas recalara al puerto y arrestar a su capitán por «presunción de actividades ilegales». Mientras tanto, el fiscal del distrito de San Francisco, cumpliendo órdenes judiciales, encarcelaba a Trumbull.

La forma de proceder fue colocando un agente a bordo del buque chileno y ordenando igual procedimiento contra la goleta norteamericana «Robert and Minnie» por sospechas de actuar en combinación con el «Itata»; pero ésta ya no se encontraba en el puerto.

Como no existía ningún requerimiento legal contra el transporte de nuestro país, el empleado de la aduana llegó sin decir palabra alguna; pero su sola presencia estaba indicando que debía vigilarlo o retenerlo.

El comandante Silva Palma apuró el embarque del carbón y, como el buque había sido recibido conforme, decidió dejar el puerto sin papeles de despacho y con el agente a bordo para salvar, en esta forma, a la goleta «Robert and Minnie», la cual era perseguida por varios vapores destacados por el resguardo, con el objeto de capturarla y confiscar las armas que estimaban debía llevar a bordo.

John Trumbull tenía la opción de recurrir a la justicia por el acto ilegal ordenado por el secretario de Estado; pero el trámite habría sido lento y las armas se necesitaban con urgencia.

El funcionario de la aduana y el práctico de bahía fueron desembarcados en un bote y desde la «Robert and Minnie», que esperaba al buque chileno a 30 millas de la costa a la altura de las islas de San Clemente, se transbordaron los cinco mil rifles y los dos millones de cartuchos. Todo se hizo fuera de las aguas territoriales de Estados Unidos el día 7 de mayo. Posteriormente, cuando la goleta fue detenida, sus bodegas se encontraban vacías. (5)

El gobierno norteamericano ordenó, de inmediato, al contralmirante W.P. Mc Cann, jefe de la flota del Pacífico, la captura del buque chileno indicándole además que en el caso de no alcanzarlo en alta mar, exigiera su devolución de cualquier modo, incluyendo su cargamento. Cuando el alto jefe naval recibió la orden, el «Itata» llevaba ya varios días de navegación.

Entretanto el crucero «Esmeralda» había sufrido todo tipo de interferencias y hostilidad en Acapulco que impedían reabastecerlo de carbón, ejercidas por el cónsul de Chile en México. En este puerto supo el capitán Miguel Tejeda, que lo comandaba en ese momento, que se dirigía a él el crucero norteamericano «USS Charlestown» para dar caza al «Itata» duran-

te el *rendez vous*[11] que debían tener, por lo que decidió zarpar en las condiciones en que se encontraba para prevenirlo.

Pretextando tener que hacer una prueba de máquinas, el «Esmeralda» se hizo a la mar, con la fortuna que al atardecer del día siguiente avistó el humo del transporte que se dirigía al puerto mexicano.

En altamar, los dos comandantes intercambiaron nuevamente sus mandos, dirigiéndose Silva Palma en el crucero a Panamá para obtener carbón y cumplir otras comisiones y Tejeda con el transporte y las armas a Chile.

Como el «Itata» traía sus máquinas en malas condiciones y necesitaba una urgente reparación, procedió a alejarse ciento cincuenta millas de la costa y permanecer 48 horas al garete para acondicionarlas, luego enfiló a Tocopilla para burlar a sus perseguidores, donde recaló sin mayor novedad. Aquí recibió orden de continuar a Iquique.

Entretanto, buscando evitar un mayor conflicto con los Estados Unidos y conociendo las numerosas actitudes en su contra demostradas por el secretario de Estado Blaine y por el ministro plenipotenciario Egan, el gobierno revolucionario llegó a un acuerdo privado con el contralmirante George Brown, quien izaba su insignia en el crucero «USS San Francisco», en el sentido que si el «Itata» no era capturado durante su navegación, sería puesto a su disposición sin las armas; pero el gobierno norteamericano exigía la entrega del buque y su valiosa carga.(5)

Mucho antes que el «Itata» habían recalado a Iquique los cruceros «USS San Francisco» y «USS Charletown», el primero desde Valparaíso y el segundo que había salido en su persecución desde California.

Al arribar el transporte, uno de los cruceros se quedó fuera de la bahía y el otro entró al puerto abordando al «Itata» y abarloándose[12] a su costado para exigir su regreso.

Hubo un momento en que la altivez de los marinos chilenos, frente a las humillaciones a que eran sometidos, los hizo amenazar a los intrusos con hacer volar su buque arrastrando así con la explosión al crucero yanqui; pero la junta revolucionaria, ante el temor de que Iquique fuera bloqueado y verse envuelta en un conflicto internacional de mayores proporciones, resolvió despachar el buque y su cargamento de regreso a los Estados Unidos.

El ministro de relaciones exteriores Isidoro Errázuriz, conferenció repetidamente con el contralmirante Mc Cann, para hacer ver el atropello e ilegalidad de las acciones cometidas por sus connacionales; pero sus reuniones fueron completamente estériles, pues jamás se apartó de las exigencias iniciales. Los argumentos chilenos deben haber sido transmitidos por el Contralmirante a su gobierno, pues durante las negociaciones hizo uso frecuente del cable.

La arrogancia y terquedad que demostraban Blaine y Egan también alcanzaba al contralmirante Mc Cann, lo que quedó demostrado cuando el gobierno revolucionario, una vez resuelta la devolución del buque y las armas, ordenó al capitán Tejeda presentarse al jefe naval norteamericano para recibir sus instrucciones para el regreso. El marino chileno se trasladó a la hora acordada al buque insignia yanqui, no siendo recibido por aquel, sino por un subalterno que le indicó que diera por cumplida su misión y que así lo informaría a su jefe.

---

[11] encuentro de buques en altamar.

[12] Término náutico que significa que un buque se atraca a otro.

Ya sea por olvido o por negligencia, la información de la visita del comandante del «Itata» no llegó al Contralmirante, quien dirigió, de inmediato, un oficio al ministro de relaciones exteriores quejándose de la conducta del oficial chileno.

Errázuriz hizo llamar airado a Tejeda, culpándolo de estar comprometiendo con su actitud al gobierno, a lo que éste le replicó, enérgicamente, haber cumplido puntualmente la orden recibida.

El ministro se apresuró a responder el oficio al Contralmirante explicando como habían sucedido los hechos, pero éste, a pesar de haberse cerciorado de la efectividad de ellos, no tuvo la hidalguía de retirar el oficio dirigido a Errázuriz, ni dar explicaciones o alguna satisfacción por su descabellada queja. (4)

El comandante Tejeda recibió la orden de navegar en convoy con el crucero norteamericano «USS Charlestown», debiendo zarpar durante la noche, a fin de evitar la excitación natural o de llamar la atención con su salida.

Personalidades del gobierno revolucionario despidieron, en el muelle, al «Itata» sufriendo la amargura de la iniquidad consumada por la marina de los Estados Unidos, la cual apoyaba, ya sin disimulo, a la causa de Balmaceda. (7)

La situación dejó un gran resentimiento que se reflejó en un odio generalizado de la población de Iquique a los yanquis, por lo que las autoridades tomaron especiales precauciones, pues consideraban que los norteamericanos buscaban, con empeño, una ocasión para enfrentar a los buques chilenos y obtener un fácil triunfo. (4)

El dolor y la impotencia que produjo la pérdida del valioso armamento fueron otros ingredientes importantes en un sentimiento adverso a los Estados Unidos. (8)

En los ambientes que apoyaban la revolución se alegaba que el «Itata» no había trasgredido ninguna ley. La acusación de haber salido de San Diego sin despacho se debía a que no se lo habían dado. Por otra parte, al hacerlo no había recibido aún los armamentos a bordo. En cuanto a la acusación de haber secuestrado al funcionario de aduana, no había existido tal plagio, pues éste había sido transbordado, de inmediato a la embarcación del práctico.

El contralmirante Mac Cann, en carta al secretario de marina Benjamín Franklin Tracy, con fecha 12 de mayo de 1891, le hacía ver:

> *«...la detención del vapor «Itata» en San Diego ha complacido mucho al gobierno de Chile, mientras los insurgentes, por su parte, están igualmente indignados»*

y el 22 de junio agregaba:

> *«el asunto del envío de las armas con el «Itata», naturalmente, ha excitado un sentimiento inamistoso y hostil hacia nuestro gobierno y pueblo en los insurgentes y sus simpatizantes, pues consideraban humillante el hecho y consideran que simpatizamos con la causa de Balmaceda».*

Por su parte el comandante del «USS Charlestown», George C. Remey, a su vez estimaba:

> *«Es casi innecesario mencionar que había un amargo sentimiento en Iquique respecto del regreso del «Itata» a San Diego».* (10)

Pero aún no terminarían las sorpresas que el gobierno revolucionario se llevaría con los poderosos vecinos del norte, pues se debió pagar una multa «por violación a las leyes de

neutralidad». Nótese que el incidente se había producido en nuestras aguas territoriales violadas por la flota norteamericana, capturando un buque de bandera chilena.

Por su parte, Francisco Valdés Vergara, político que había participado en la destitución del Presidente, escribió a su hermano Ismael, miembro del gobierno revolucionario, que no abrigaba ninguna duda que Balmaceda había obtenido de Blaine que la escuadra chilena fuera considerada pirata por la flota norteamericana del Pacífico Sur, lo cual constituía una monstruosidad, debiendo aceptar, en silencio la afrenta; luego, un mes más tarde, a raíz del conflicto del «Itata», le hacía ver que los hechos lo habían demostrado. (36)

El diario «La Patria» publicaba, el 14 de septiembre, que:

> *«Washington ha abusado de su superioridad militar al tratarnos con menos respeto que el que tendrían con piratas bárbaros...y todo ha sido hecho para ayudar a Balmaceda».* (47)

El caso fue reclamado y llegó a la Corte Suprema de los Estados Unidos la cual, ya concluida la guerra civil, dio la razón a nuestro país, declarando que lo actuado por su gobierno había sido ilegítimo, ya que el «Itata» no era un buque de guerra, ni corsario y las leyes de neutralidad solo prohibían armar o equipar esos tipos de naves en los puertos norteamericanos; pero no la venta de elementos bélicos ni su transporte marítimo. Además el «Itata» no había recibido del gobierno federal ninguna notificación, legalmente apropiada, de las medidas dispuestas en su contra antes de abandonar el puerto de San Diego. En el dictamen se condenaba a los violadores a pagar a Chile una fuerte indemnización. (3)

El presidente Harrison, al percatarse que el juicio sería ganado por nuestro país, ofreció al nuevo gobierno de Chile un arreglo directo; pero don Pedro Montt, a la sazón ministro plenipotenciario en Washington, rechazó la oferta, lo cual fue interpretado por las autoridades norteamericanas como un insulto gratuito a sus gestos conciliadores, hasta el punto que el propio Harrison escribió a su secretario Blaine:

> *«El problema con esta gente y su idiosincrasia parece ser que ellos no saben como usar la victoria con dignidad y moderación, puede ser que alguna vez sea necesario instruirlos».*

A lo cual el subalterno contestó:

> *«Yo estaría por llevar adelante esto tan lejos como sea posible con Chile, en razón a su singular disposición a insultar».* (6)

La sentencia absolutoria fue recibida con satisfacción por los revolucionarios, pero ello no borró la sensación de la hostilidad con que había actuado el gobierno de Washington. (9)

El 30 de septiembre de 1891, el «Itata» y su cargamento fueron dejados en libertad y el buque zarpó de San Diego a Chile el día 6 de octubre, arribando al país una vez terminado el conflicto[13]. (17)

[13] El «Itata» naufragó en agosto de 1922 a la altura de Cruz Grande.

La división Camus

Como hemos dicho, los gobiernos norteamericano y argentino se pronunciaron abiertamente por la posición del presidente Balmaceda; la situación producida por la división comandada por el coronel Hermógenes Camus iba a significar la primera intervención de nuestros vecinos en el conflicto.

Los historiadores argentinos han atribuido la posición de su gobierno, de abstenerse de intervenir, pero inclinarse abiertamente hacia la posición presidencial, a una consecuencia del clima revolucionario que había producido el alzamiento transandino de 1890. Ellos, al revés de nuestro país, veían como constitucional la causa de Balmaceda. (7)

A raíz de la sangrienta batalla de Pozo Almonte, en las cercanías de Iquique, las derrotadas fuerzas del ejército gubernamental huyeron hacia el interior del desierto, las cuales no fueron perseguidas, pues los constitucionales se batían casi exclusivamente con tripulaciones desembarcadas.

Una división al mando del coronel Camus, había salido de Calama para enfrentar a las fuerzas constitucionales, pero al conocer la derrota de Pozo Almonte, regresó a su base y cruzó la frontera con Bolivia, con el objeto de continuar al norte para vengar la derrota.

En la localidad de Ollagüe fue detenido por las autoridades bolivianas, debiendo entregar las armas, pero negándose a ser internado. Ante el asombro general, cruzó el territorio argentino desde Salta hasta San Juan, repasando la cordillera por San Francisco, con la intención de unirse a las fuerzas de Balmaceda.

La indignación de las autoridades transandinas fue estruendosa. El parlamento y la prensa protestaron enérgicamente por el atentado que significaba al derecho internacional que un cuerpo militar extranjero violara la soberanía de un país neutral. (11)

Adelantándose al efecto que pudiera tener esta incursión en el gobierno argentino, el ministro plenipotenciario de Chile en la capital del Plata, Gabriel Vidal, solicitó al ministro de relaciones exteriores transandino Eduardo Costa, la autorización para el paso de tropas, anunciándole que tenía noticias de que fuerzas chilenas, que acampaban en Calama, se habrían retirado a Bolivia y que era probable que pasaran a territorio argentino y que su único propósito es buscar una vía corta para regresar al país.

Para argumentar su posición, el diplomático chileno hacía ver que, cualquiera que fuera el número de sus compatriotas, con armas o sin ellas, solamente ejercían un derecho que les otorgaba la Constitución argentina, estando sujetos solo a la observación de las leyes y disposiciones legales vigentes.

El canciller transandino, en su respuesta, fijó la aduana de Jujuy para el desarme de las tropas e hizo ver que la entrada de tropas extranjeras era una materia reservada al Congreso, por lo que debía esperarse su autorización cuando se iniciara el próximo período legislativo.

Se daba una respuesta favorable solamente para el tránsito de hombres desarmados y sin organización militar alguna.

Costa debió admitir, que tanto los hombres de la división Camus, con éste a la cabeza, como la que comandaba uno de los jefes balmacedistas más odiados por su dureza, el coronel Tristán Stephan, que también había transpuesto la cordillera, habían cruzado su territorio en forma irregular, por lo que no correspondía que fuera concedida la autorización.

Los hombres al mando de Camus marcharon haciendo ostentación de su condición castrense, con alarde del aparato militar, incluso fueron arengados por el propio ministro

plenipotenciario de nuestro país en Buenos Aires.

El coronel Stephan, por su parte, llevaba prisioneros, los cuales debió liberar por exigencias del gobierno argentino. Además se le exigió entregar las armas y disolver el regimiento. En esta forma cruzaron sus integrantes la cordillera, en dirección a Chile.

Las protestas de las autoridades argentinas no se hicieron esperar y el ministro plenipotenciario en Santiago José Evaristo Uriburu, las presentó por «*la violación manifiesta de la Ley Internacional*» por el caso de la división Stephan y en cuanto a la manera como había hecho el tránsito la división Camus, mostrando una organización militar «*marchando con sus uniformes, sus oficiales conservando sus espadas, y aún bandas de música a la cabeza, ha sido irregular y ha agitado a la opinión pública*». [7]

La discusión que se produjo en el parlamento argentino sería agria.

El cable submarino

Valparaíso estaba conectado con Lima por cable submarino, el cual pasaba por Iquique. La Armada se había encargado de desconectarlo al sur de este último punto para evitar que, usando esa vía, se informara al gobierno de Santiago, y por lo tanto a las fuerzas balmacedistas, acerca del movimiento de los buques; pero el puerto nortino mantenía sus comunicaciones intactas al Perú.

El cable era una concesión que el gobierno de Chile había dado a la Central and South American Cable Company, firma norteamericana con asiento en Nueva York.

La empresa propietaria, además de verse perjudicada en sus intereses económicos, se encontró en la imposibilidad de llevar a cabo un proyecto que tenía para extender el servicio hasta Buenos Aires.

Su ejecución era materia de tiempo, pues el no hacerlo durante la guerra civil no los imposibilitaba de llevarla a cabo una vez finalizado el conflicto; pero algunas firmas competidoras británicas estaban detrás de obtener la concesión para el tendido del cable entre Santiago y la capital del Plata.

Los norteamericanos hicieron gestiones ante la Junta de Iquique, pero sin llegar a ningún acuerdo al respecto.

Balmaceda, por su parte, notificó a los propietarios del cable, a través del ministro norteamericano Patrick Egan, que si no era restablecido el servicio entre Santiago y Lima, saltándose Iquique, no obtendrían más concesiones en Chile.

Los Estados Unidos vieron que, además de restablecer un servicio comercial que momentáneamente no les estaba rindiendo utilidades, tenían la posibilidad de aumentar su influencia en Chile e impedir que los súbditos del Reino Unido, de quienes tanto celo tenían, aumentaran su influencia en nuestro país.

El trabajo fue ejecutado por el vapor «Relay» de propiedad de la compañía interesada, el cual procedió a cortar el cable a 5,9 millas de Iquique y a restablecer la línea Valparaíso-Lima.

La operación se hizo fuera de las tres millas, lo que en la época se consideraba mar territorial; pero fue protegida por los poderosos cruceros «USS Baltimore» y «USS San Francisco». En esta forma evitaban que la escuadra chilena impidiera que se llevara a efecto.

La reconexión pudo haber sido motivada por un aspecto comercial; pero constituyó una nueva intromisión de los Estados Unidos en la guerra civil, pues restableció el servicio de Valparaíso al norte; pero dejó incomunicado a Iquique, ciudad donde operaba el gobierno revolucionario, es decir, tal como lo había solicitado Balmaceda al ministro Patrick Egan[14].

El desembarco en Quintero

Otro hecho sucedido durante la guerra civil, que cooperaría a formar el sentimiento antinorteamericano que se creó en Chile, fue protagonizado por el contraalmirante George Brown, que había reemplazado al oficial de igual grado W. P. Mac Cann en el mando de la escuadra norteamericana del Pacífico Sur.

El contraalmirante Brown izaba su insignia en el crucero «USS San Francisco»; el día 20 de Agosto de 1891, deseoso de comprobar personalmente los rumores que circulaban sobre el inminente desembarco de las fuerzas constitucionales en Quintero, resolvió zarpar hacia ese lugar.

Invitó a ello a los oficiales ingleses y alemanes que se encontraban en Valparaíso. El comandante Saint-Clair, que era el oficial de mayor antigüedad de las fuerzas británicas simplemente declinó la invitación, pero el comandante de la escuadrilla de cruceros de la armada imperial germana lo hizo mediante una premonitoria nota que expresaba que no consideraba conveniente ir al punto donde se ejecutaba el desembarque, pues ello podría prestarse a falsas interpretaciones, y porque además podía ser más necesaria la presencia de los buques en Valparaíso. [(10)]

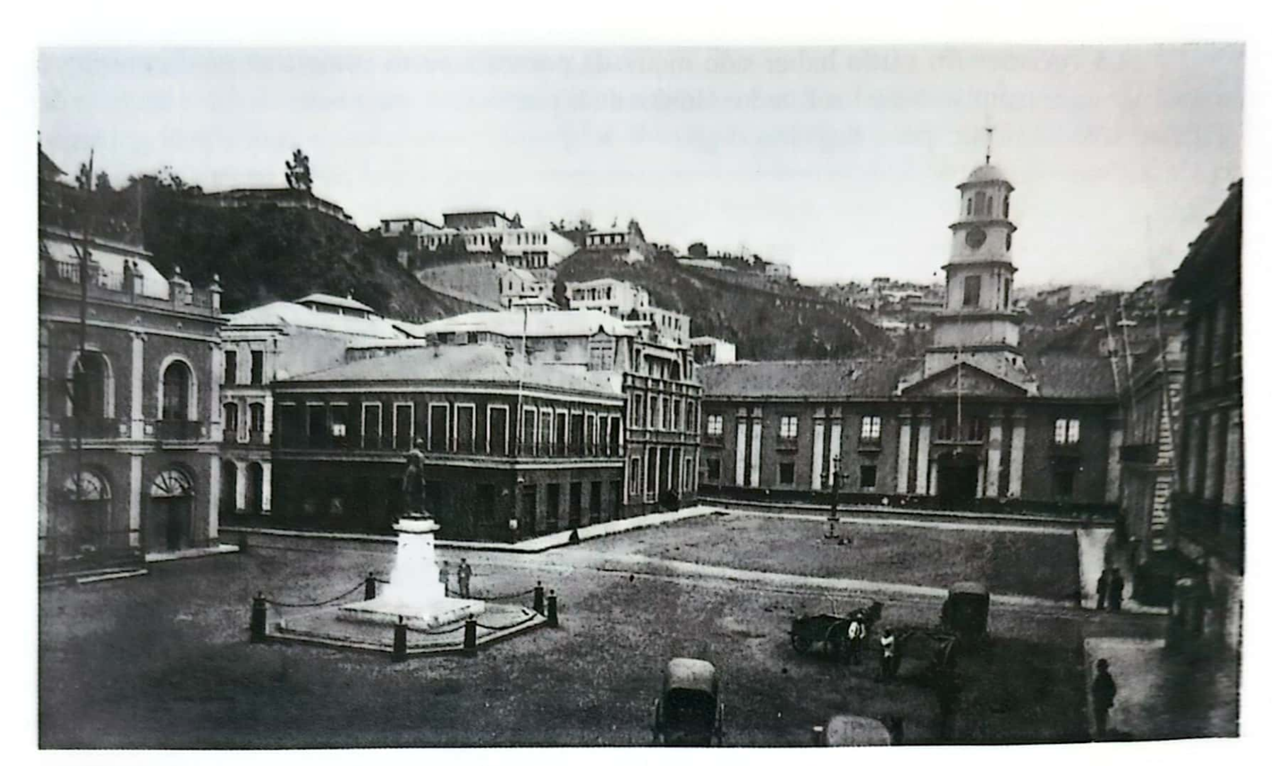
Durante la operación anfibia, el buque insignia americano se acercó en dos oportunidades al blindado «Cochrane», a dos mil y a quinientos metros, manteniéndose sobre sus máquinas. Luego, a mayor distancia, observó como las fuerzas constitucionales ponían en tierra su ejército, hasta pasado el mediodía.

Al percatarse los directores de la operación de tan insólita presencia, ordenaron a un oficial chileno que fuera a saludar al contraalmirante norteamericano en cumplimiento de un deber de etiqueta observado estrictamente en todas las marinas del mundo. Apenas el bote que lo conducía se alejó de la escala del «Cochrane», el «USS San Francisco» zarpó rumbo a Valparaíso.

De regreso en nuestro primer puerto, Brown informó al departamento de Estado que los congresistas habían desembarcado un contingente de 8.000 hombres y que el gobierno disponía de fuerzas para oponerse al avance. Esto, según el protagonista, se había hecho por un mensaje cifrado; pero el teniente George Dyer, de la dotación del «USS San Francisco», lo haría, en la misma tarde del 20 de agosto al «The Herald» de Nueva York, en un cablegrama visado por el intendente Viel de Valparaíso, en inglés. La información decía:

> *«Los insurgentes desembarcaron esta mañana en Quintero. Hay ocho transportes, tres remolcadores y cuatro buques de guerra. En total como ocho mil hombres. El Gobierno despachó fuerzas. Es inminente una batalla. El almirante Brown*

[14] En las memorias del comandante del «USS Baltimore», Winfield Scott Schley, dice que el Almirante norteamericano dio la orden de cortar el cable en las afueras de Iquique y unirlo desde Valparaíso a Mollendo y Galveston.



Antigua plaza de la Intendencia vista desde el mar hacia los cerros.

vio el desembarco. El buque insignia "San Francisco" y el crucero "Baltimore" están en Valparaíso. El "Esmeralda" cruzando la boca del puerto. Aquí todo está tranquilo»[15]. (10)

Algunos días más tarde el diario «La Nación», órgano oficial del gobierno de Balmaceda, daba noticias del desembarco suministradas por el crucero «USS San Francisco» de la marina norteamericana, según rezaba la misma información. (4)

La imprudencia cometida por el alto jefe pudo haberse debido a una curiosidad profesional; pero produjo dudas y resentimientos en las fuerzas vencedoras, quienes consideraron que se había tratado de una forma indirecta, pero efectiva, de informar al gobierno sobre la dimensión del operativo enemigo, a lo cual podían atribuirse las elevadas bajas producidas en la sangrienta batalla de Concón.

Su conocimiento levantó una inmensa polvareda de animosidad en los victoriosos revolucionarios que estimaron que, al haber comunicado al gobierno, en forma directa o sibilina la dimensión del desembarco, éste pudo concentrar en Concón y posteriormente en Valparaíso, los refuerzos traídos de Santiago y de Concepción, los que fueron la causa de las centenares o miles de bajas las cuales se habrían evitado, de no existir la posición pro Balmaceda de Brown. (3)

Una vez triunfadoras las fuerzas constitucionales y establecida una Junta de Gobierno en Santiago, arreciaron los artículos de prensa acusando al contralmirante Brown de su intervención, los que fueron desmentidos por el afectado y el ministro Egan a la cancillería

[15] El texto original es: *«Insurgents landed morning Quintero, eight transports, three tugs, four warships. About eight thousand. Governement sent force. Battle inminent. Admiral Brown saw landing. Flagship "San Francisco", "Baltimore" Valparaíso. "Esmeralda" off harbour. Quiet here»*.

chilena, aduciendo que todas las informaciones proporcionadas eran de conocimiento público y que su tripulación había sido instruida para no responder preguntas. Sospechosamente, cada vez que se hacía un cargo de intervención, no solamente se negaba, sino que se refería a desvirtuar cualquier referencia que pudiera hacerse a que obedecía a algún plan previamente preparado.

¿Intervención, desatino o infidencia?, el hecho es que la acusación contra el marino norteamericano permaneció en pie, aportando un nuevo ingrediente al sentimiento antinorteamericano que había hecho presa en el pueblo chileno.

La derrota del gobierno en Valparaíso

A las diez y media de la mañana del 28 de agosto de 1891, el contraalmirante Oscar Viel Toro, que desempeñaba la intendencia de Valparaíso, informó al contraalmirante Brown, comandante el jefe de la escuadrilla norteamericana del Pacífico Sur, que las fuerzas del gobierno habían sido derrotadas en la batalla de La Placilla y que se preparaba para rendir incondicionalmente la ciudad.

Al mismo tiempo solicitó a los comandantes de los buques de guerra de las naciones amigas que se hallaban en Valparaíso, que informaran de ello al comandante en jefe del ejército revolucionario, para coordinar con él la seguridad de la vida y las propiedades de los extranjeros residentes.

Los almirantes norteamericano, francés y alemán, además de Saint-Clair, oficial superior de mayor graduación de la escuadrilla británica, se reunieron bajo sus banderas en la intendencia para determinar la forma de proteger a sus connacionales y brindar la ayuda que fuera posible.

En pocos minutos aparecieron, por detrás del edificio donde se hallaban reunidos, tropas del ejército vencedor, las cuales marchaban rodeadas de enfervorizados partidarios, algunos que eran entusiastas de la causa constitucional y otros que se subían al carro de la victoria.

Gran cantidad de soldados que habían formado el ejército balmacedista, en total desmoralización, arrojaron las armas, cartucheras y correajes y se sumaron a la muchedumbre que seguía a los vencedores. Los principales jefes gobiernistas que se hallaban en el puerto, así como también ministros de Estado y oficiales navales y militares, buscaron asilo en los buques de guerra extranjeros que se encontraban en la bahía. [37]

Entre los oficiales gobiernistas que pidieron refugio en el «USS Baltimore», estaba el comandante del cazatorpedero «Almirante Lynch», Alberto Fuentes Manterola.

Este oficial no había podido participar en las últimas operaciones de la guerra, pues se encontraba enfermo de cierta gravedad y se sospechaba que se había intentado envenenarlo. En estas condiciones había dejado su buque junto al molo de abrigo a cargo de veinte hombres con órdenes de entregarlo apenas se les demandase.

El ejército revolucionario ocupó la plaza Sotomayor y al ver al buque que había torpedeado a la nave insignia de la escuadra revolucionaria, el blindado «Blanco Encalada» en Caldera, causando la muerte 182 hombres atrapados en su interior, abrieron fuego sobre él.

Los infelices tripulantes del cazatorpedero «Almirante Lynch» vieron que no tenían posibilidad alguna de salvarse y en su desesperación contestaron el fuego con las ametralladoras Gatlings.

De los veinte hombres, la mayoría cayeron heridos, cinco trataron de escapar en un bote y fueron acribillados, dos lograron arrancar nadando hasta una boya, donde se convirtieron en fácil blanco de los soldados. Solo se registraron dos sobrevivientes, uno de ellos escondido en las carboneras, desde donde logró escapar nadando al amparo de la obscuridad de la noche. (14)

Algunos disparos pegaron en la estructura del crucero norteamericano «USS Baltimore» que se hallaba fondeado en la línea de fuego, pero ello fue solamente accidental. (37)

De este buque desembarcaron, al atardecer, alrededor de cien marineros y soldados de marina, a las órdenes de los tenientes Tilley y McCrea, para dar protección al consulado norteamericano durante la confusión y desorden creado por la huida de las fuerzas gobiernistas.

Durante toda la primera noche los disparos se sintieron hasta el amanecer. Hubo enfrentamientos en diferentes sectores de la ciudad, produciéndose una gran cantidad de daños a la propiedad y muchas casas fueron víctimas de saqueo y de un pillaje incontrolable.

Era el mismo día en que se había librado la batalla de La Placilla que produjo una derrota aplastante y definitiva para el ejército que defendía al Presidente, el que tuvo un treinta por ciento de bajas.

A pesar de ello, Balmaceda intentó continuar la lucha, pero convencido de su inutilidad, firmó un decreto de dimisión que entregaba el mando de la nación al general Manuel Baquedano. (40)

Diecinueve o veinte políticos adeptos a Balmaceda obtuvieron asilo en las naves norteamericanas, por lo que el contraalmirante Brown los trasladó en el «USS Baltimore», buque en que izaba su insignia, hasta el puerto peruano de Mollendo, zarpando de Valparaíso el 9 de septiembre y regresando el 14 del mismo mes.

El viaje del crucero causó gran expectación, pues el comentario general era que Balmaceda había escapado en él, lo que fue causa de una nueva desavenencia con los Estados Unidos, pues se pensaba en una nueva intromisión de ese país.

Consciente del sentimiento despertado en los vencedores, Egan comunicó a Blaine que los rumores de la huida del Presidente habían causado *«mucha excitación y fuertes resentimientos»*. (48)

Cuando regresó el «USS Baltimore» desde el Perú a Valparaíso, el contraalmirante Brown encontró la ciudad tranquila, de la cual ya habían tomado el control las nuevas autoridades, pero se hizo cargo del cominillo repetido incansablemente sobre la huida del Presidente, el que solo se desvirtuaría después del suicidio de éste en la legación argentina.

Brown culpó al gobierno revolucionario de exacerbar los ánimos contra los Estados Unidos y no desmintió oficialmente el comentario, pero se cuidó de no revelar que la información había sido enviada en un telegrama al diario «New York Herald», que indicaba que el presidente Balmaceda había huido oculto en el crucero «USS San Francisco». Esta comunicación había salido de su propio buque, despachada por el teniente Edward W. Sturdy, al periódico neoyorquino. (11)

El enfrentamiento Egan - Matta

Como hemos visto, el ministro norteamericano Patrick Egan adolecía totalmente de las condiciones mínimas necesarias para un diplomático, lo que incluso era reconocido por sus propios compatriotas, quienes debieron haberlo retirado del cargo apenas triunfó la revolu-

ción a causa de su acendrado balmacedismo, lo cual se les había insinuado hacerlo; pero su contraparte chilena, el ministro de relaciones exteriores, nombrado en el cargo por el presidente Jorge Montt, el radical Manuel Antonio Matta, tampoco era un dechado de criterio, hombre de gran patriotismo, pero carente de aptitudes y experiencia en el cargo; lo cual, lógicamente, produciría una serie de choques que cargarían aún más el ambiente antinorteamericano, el que ya se encontraba suficientemente saturado con las actitudes que hemos relatado.

Matta era oriundo de Copiapó y pertenecía a una adinerada familia minera; bordeaba los 66 años y no llegaría a los 67, pues un súbito ataque pondría fin a su vida al año siguiente, quizás por los sinsabores y desengaños que le produjo su paso por el ministerio de relaciones exteriores.

Era vehemente, pero no abrigaba odios. Agnóstico y masón. A pesar de su soltería, solamente se le conocieron amores platónicos, pero ninguno que desarreglara su existencia ni corrieran rumores sobre su reputación.

Como buen copiapino de la época, políticamente pertenecía a las huestes radicales. Hombre de lucha, manejaba bien la pluma y los debates parlamentarios y podía, en momentos emocionados, alcanzar una elocuencia arrebatadora, pero su experiencia diplomática era nula, la que se limitaba a una misión en Colombia durante la guerra con España.

Formaba parte de un grupo de políticos americanistas, por lo que demostraba gran desconfianza hacia las grandes potencias y sus afanes expansionistas. (2)

Al hacerse cargo de su ministerio se encontró con el peliagudo problema de los asilados en la embajada norteamericana.

Una vez que se conoció la derrota de las fuerzas del gobierno en la batalla de La Placilla, más de cien connotados balmacedistas buscaron asilo en la legación norteamericana, entre los cuales habían tres ministros del gabinete que se encontraba en funciones al iniciarse el proceso de desconocimiento de la carta fundamental, por lo que se les había seguido una acusación constitucional, ellos eran: el general José Francisco Gana, Guillermo Mackenna y José Miguel Valdés Carrera.

Egan sostenía que el asilo diplomático implicaba, automáticamente, que se les concediera un salvoconducto para que abandonaran el país, lo cual Matta negaba, y junto con argumentar que primero debía conocerse la acusación, le hacía ver al ministro que los asilados hacían política desde su refugio. Este cargo era negado en forma indignada por éste, pero era efectivo. (3)

Existía un verdadero «diálogo de sordos» entre el ministro Egan y el canciller Matta por la situación de los asilados, su intervención política y las denuncias de acciones provocativas a la sede diplomática.

Catorce comunicaciones oficiales dirigió la legación norteamericana al ministro Matta por situaciones ocurridas con los asilados, y once respuestas del Canciller, dan buena cuenta del clima que se vivía y de la posición abiertamente contraria al bando triunfante en la guerra civil que había adoptado la misión diplomática.

Las quejas contra la policía de la capital y las supuestas órdenes emanadas de la intendencia de Santiago, que se habrían impartido con respecto a la vigilancia de la sede norteamericana, suman más de treinta, pero ninguna resultó comprobada.

Todo este cúmulo de correspondencia, oficios, cables y reclamos, se referían a los quince días transcurridos entre el 24 de septiembre y el 8 de octubre de 1891. (12)

Capítulo III
Una gresca de ebrios que tendrá insospechadas consecuencias

Veinticuatro horas de franco

Hacía un mes que el crucero «USS Baltimore» había regresado de su viaje a Mollendo llevando a los refugiados del régimen caído y se encontraba al ancla en Valparaíso el día viernes 16 de octubre de 1891.

Hacia el mediodía, gran parte de su tripulación bajó franca a tierra, por veinticuatro horas, la cual llevaba varias semanas sin hacerlo. Se trataba de 117 hombres que constituían casi la tercera parte de la dotación.

Los marineros norteamericanos bebieron copiosamente en varias tabernas y prostíbulos del «Barrio del Puerto» en los alrededores de la actual Plaza Echaurren, topándose en sus correrías con otros marineros compatriotas y también con chilenos.

El contramaestre Charles W. Riggin y el grumete John W. Talbot, ambos tripulantes del «USS Baltimore», visitaron y bebieron en el bar «Shakespeare», luego acudieron al salón de baile «Home of the Free», para terminar en el prostíbulo «True Blue», ubicado en la esquina de las calles de La Matriz y Santo Domingo, desde donde Riggin salió al exterior mientras su compañero hablaba con una mujer en el bar. Era entre las cinco y las seis de la tarde.

En la calle se trabó en una discusión con un marinero chileno, a la cual acudió Talbot para tratar de separarlos con violencia, recibiendo de parte del chileno un escupo en la cara. El yanqui lo derribó de un puñetazo y luego, entre ambos, comenzaron a apedrearlo.

De aquí a que se juntaran otros participantes de la jarana porteña, marineros de ambas nacionalidades y civiles, fue solo cosa de segundos.

La batahola así armada, en la que salieron a relucir cuchillos, navajas, piedras, armas de fuego y toda clase de elementos, sumada a la multitud enardecida, se transformó en un pandemonium.

Los protagonistas iniciales trataron de alejarse del lugar en un tranvía que pasaba en ese momento, pero fueron bajados de él por una poblada, produciéndose una debacle general, lo que obligó a la policía a intervenir.

Alertada ésta, procedió a verificar los desórdenes ocurridos en las inmediaciones del muelle de pasajeros y en el barrio del Arrayán. Luego acudió, a las órdenes del capitán Honorio Zamudio, formando un piquete de cuarenta hombres armados con rifles. (10)

PLANO DE VALPARAISO

Al llegar al sitio donde se desarrollaban los hechos, se toparon con una poblada de *«no menos de mil ó más hombres»*, según reza el parte del jefe de la policía porteña, disolviéndola. Habían seis marineros norteamericanos y uno chileno lesionados. (15)

Riggin, herido con arma blanca, fue levantado y conducido por personal policial a una farmacia cuando recibió un disparo, salido de la multitud, que le atravesó la garganta, y del cual jamás se pudo establecer al autor.

Talbot logró huir herido, guareciéndose en un bar, donde fue detenido por la policía y trasladado a un hospital. (7)

Un escuadrón policial cargó por la calle despejándola; pero fue necesario que, tanto de los buques chilenos que se encontraban en la bahía como del «USS Baltimore», desembarcaran tropas de policía militar para restablecer el orden.

No solamente participaron en los hechos chilenos y norteamericanos. Un negro, oriundo de las Antillas danesas, que regentaba un prostíbulo, armó a sus parroquianos, que eran tripulantes de buques daneses, británicos y alemanes; los cuales, guiados por él mismo, que portaba un revólver en su mano, acudieron gozosamente a la pelea.

Aurelia Letelier, mesonera de la casa de prostitución de la calle Arsenal 69, acusó al propietario de ella, Juan E. Cortés, de salir acompañado de tres hombres que comían allí, los que, armados de garrotes y cuchillos, salieron a acometer a los grupos de chilenos que, con motivo del desorden, pasaban frente a su casa. (24)

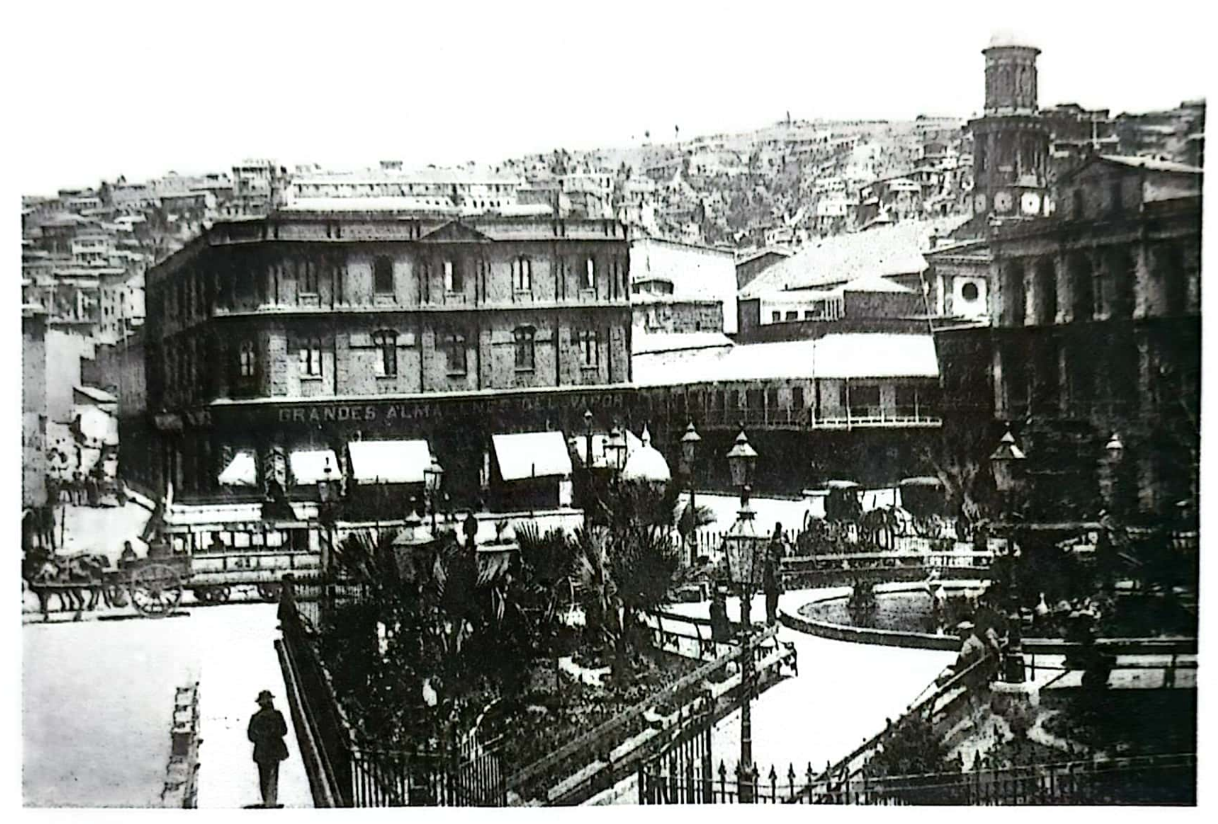
Como si los hechos descritos no fueran suficientes para teñir de rojo la noche porteña, cerca de allí, en calle San Martín esquina de calle de los Álamos, caía acuchillado el marinero fogonero William Turnbull, también del «USS Baltimore», con dieciséis o dieciocho tajos en la espalda y en las nalgas, provocadas por un analfabeto chileno llamado Carlos Gómez; quien confesó haber actuado en solidaridad con su amigo Carlos Aravena que estaba acosado por un gran número de marineros americanos. (24)

Turnbull no murió de inmediato, sino que fue internado en un hospital de Valparaíso desde donde, después de seis días, fue llevado a bordo en un estado febril que llegaba a los cuarenta grados. Se le inyectó morfina y se alimentó con leche con huevo, pero aparte de aliviarse los dolores, no mejoró y su temperatura continuó subiendo, alcanzando los cuarenta y dos grados cuando falleció en la medianoche del 24 de octubre a consecuencias de una pioemia; no como resultado de las heridas recibidas sino, de acuerdo a la versión de E.R. Stitt, médico cirujano del crucero, a causa de la rudimentaria asepsia que se aplicaba en el establecimiento sanitario. (18)

Cuando la policía hubo sofocado el tumulto fueron a parar a la cárcel numerosos detenidos, entre los cuales se encontraba el marinero Talbot, a quien, junto con varios de sus compañeros, se le encontraron, entre sus pertenencias, siete navajas y otros elementos similares.

Según consigna la prensa de la época, el desorden duró no menos de dos horas, porque a las ocho de la noche todavía recorrían la avenida Errázuriz y las calles Arrayán y San Martín grupos, más o menos, numerosos.

La policía empezó a recoger a cuanto marinero chileno y norteamericano se encontraba, tanto por si habían tomado parte en la gresca como para evitar que ésta continuara. Al efecto recogió a treinta tripulantes del «USS Baltimore» y unos diez chilenos, pertenecientes a diversos buques.



«Plaza Municipal del Puerto», actual plaza Francisco Echaurren, lugar donde se inician los hechos.
Nótese el tranvía, vehículo que todos los testigos mencionaron como primer refugio de Riggin y Talbot.

Llama la atención la desproporción de detenidos, pero ello parece provenir del hecho de que los chilenos que habían tomado parte en la reyerta, heridos o no, tenían muchos lugares donde ocultarse, burlando así las pesquisas policiales, mientras que los norteamericanos, lejos de ocultarse, preferían entregarse buscando seguridad. [10]

La descomunal gresca, arrojó un balance final de sesenta heridos, aproximadamente treinta por lado, además de un muerto y Turnbull agonizante.

Ya en la noche, el cuerpo del infortunado contramaestre fue llevado al hospital.

Las investigaciones

Esa misma noche, la intendencia de Valparaíso ordenó una estricta investigación, recayendo tal tarea en el Juez Enrique Foster Recabarren, que atendía, en aquellos días, el primer juzgado del crimen, además del suyo.

El padre del juez Foster era norteamericano, lo que dio confianza en Washington, pues se consideraba que contaría con la cooperación del ministro plenipotenciario y de quien se consideraba que no se amilanaría en la investigación. El «New York Daily Tribune» se había

referido a él como una persona que prefería morir antes de rendirse. [54]

Desde el mismo día en que ocurrieron los hechos, el juez se entregó por entero a investigarlos y al día siguiente, sábado 17 de octubre, procedió a interrogar a los marineros recogidos por la policía, poniendo en libertad a diecinueve norteamericanos y dejando los once restantes, junto a los chilenos, detenidos.

El martes 20 fueron liberados los restantes, sin haber podido establecer culpables y con la confesión de los propios norteamericanos que no habían recibido ofensa alguna de parte de los chilenos. [10]

Apenas sucedidos los hechos, el comandante del crucero norteamericano, Winfield Scott Schley, viajó a Santiago para ponerlos en conocimiento de la legación de su país, haciendo presente que las autoridades chilenas y la policía habían colaborado para poner orden en las reyertas y proteger a los extranjeros; pero ello no fue tomado en cuenta en la nota de protesta que elevó al gobierno el ministro plenipotenciario Patrick Egan. [11]

El propio Comandante ofreció al juez enviar los tripulantes que pudieran testimoniar en el proceso, por lo que Foster le solicitó el nombramiento de un oficial para que asesorara al tribunal como intérprete.

Por su parte el comandante Schley designó un Consejo de Oficiales del buque *«cuidadosamente seleccionados»*, según sus propias palabras, para establecer lo sucedido.

El juez Foster enfocó la investigación hacia lo que realmente había provocado los hechos, esto es, una riña de marineros borrachos en una noche de juerga, ocurrido en un barrio de cantinas y prostíbulos, donde los principales actores habían bebido en demasía. El origen del disparo que mató a Riggin no lo pudo establecer.

La declaración prestada por el comandante Scott Schley indicaba que la policía y las autoridades chilenas habían colaborado desde el primer momento para poner orden y proteger a los extranjeros. Este testimonio después sería negado por el declarante cuando la marina norteamericana inició una nueva investigación en Mare Island, California.

Por su parte el Consejo de Oficiales *«cuidadosamente seleccionados»* del «USS Baltimore» haría una investigación totalmente diferente, destinada a probar la culpabilidad de las autoridades chilenas.

La causa de esta discrepancia era clara, si los hechos habían sido causados por una descomunal gresca de marineros borrachos que bajaban francos en un puerto, cuya población se sabía que abrigaba un sentimiento abiertamente hostil a los Estados Unidos, la responsabilidad caía sobre el comandante del «USS Baltimore» que había permitido que sus hombres bajaran masivamente a tierra. La situación era públicamente conocida y le había sido advertida, razón por la cual, previamente había prohibido que sus tripulantes lo hicieran en Valparaíso, pero sorpresivamente, el 16 de octubre, lo permitió para más de un centenar de tripulantes [3]. Incluso el «Herald» de Nueva York, al conocer los acontecimientos, objetaba la medida del comandante de dejar franco a los marineros existiendo una evidente tensión. Dice en un artículo al respecto: *«Como medida prudente, nuestra gente debió haber sido detenida a bordo de sus respectivos buques»*. [7]

Por otra parte, si la investigación del Consejo de Oficiales, nombrado por Scott Schley, establecía que se trataba de un deliberado complot antinorteamericano con responsabilidad del gobierno de Chile a través de la policía porteña, la situación se trasladaba a nivel de los respectivos gobiernos y así quedaba a salvo la responsabilidad de su comandante. [2]

Si bien el juez chileno, que era un hombre severo y justo, fue criticado por la pobreza de sus investigaciones al no haber dilucidado las contradicciones de los peritajes ni la identificación del arma que mató a Riggin, por otra parte las afirmaciones del Consejo de Oficiales del «USS Baltimore» llegan a lo inverosímil y grotesco. Se insiste en ellas que los marineros actores no estaban ebrios. Un testigo afirmaba que había bebido «una copa cada uno», que Riggin era un abstemio completo que no tomaba más que limonada y que rogaba a sus compañeros que no bebieran.

El propio comandante de la cañonera norteamericana «USS Yorktown», Robley D. Evans, opinaba sobre lo inverosímil e indefendible de la posición de Scott Schley, manifestando que todo indicaba que los marineros estaban manifiestamente borrachos.

Cuando un grupo de tripulantes del «USS Baltimore», protagonistas y testigos de los hechos, bajaron nuevamente a tierra, esta vez al mando de un oficial, para declarar en el sumario que instruía el juez Foster; uno de ellos se emborrachó en tal forma mientras se pasaba en limpio el acta para la firma, que no podía sostenerse en pie, luego se insolentó y fue necesario sacarlo del tribunal.

Como una deferencia especial el juez permitió que fueran devueltos a bordo y se dio por satisfecho con las excusas que le dio, en el acto, el teniente Mac Crea que los conducía y la promesa formal de que su falta sería severamente castigada[16]. (27)

Ante esta situación, el magistrado manifestó que ahora el comandante del «USS Baltimore» podría conocer, más que por el proceso mismo, la influencia que debió haber tenido el alcohol en los incidentes del 16 de octubre. (2)

La posición del comandante del «USS Baltimore»

Desde el comienzo, la posición del comandante Schley fue tratar de demostrar la culpabilidad de la policía, y por lo tanto del gobierno, en los hechos, lo que a su vez lo liberaba de que se le acusara de imprudencia por haber permitido dar franco a casi un tercio de tripulación, simultáneamente, en un puerto que se sabía hostil.

Según él, tal vez para afirmar su posición, en la misma tarde del 16 de octubre fue visitado abordo por un capitán norteamericano de un buque mercante, acompañado de un joven chileno para notificarle que la policía había contribuido a la violencia describiendo el asalto como *«el más ignominioso, brutal e inhumano»*[17] y que por otra parte había sido testigo de la *«sobriedad, de que se encontraban desarmados y que eran hombres pacíficos»*[18] los tripulantes.

En forma, por demás curiosa, el comandante del «USS Baltimore» no consigna el nombre del capitán norteamericano, ni del chileno que lo acompañaba, ni aún el del buque mercante del cual provenía su informante.

La indignación de éste habría llegado a urgir a Schley, que como represalia, abriera fuego contra la ciudad.

---

[16] De acuerdo a una nota del comandante del «USS Baltimore» de fecha 3 de diciembre de 1891, este tripulante habría sido castigado por un Consejo de Guerra con «incomunicación solitaria por treinta días, grillos, a pan y agua, y la pérdida de tres meses de sueldo».

[17] «most shameful, brutal and inhuman».

[18] «sober, unarmed and peaceful men».

El Comandante le habría manifestado haber considerado esa posibilidad, pero que significaría un acto tan inhumano como la acción que el capitán había considerado tan ruin, a lo que le habría agregado un proverbio francés que decía que dormir traía tranquilidad, por los que no haría nada hasta el día siguiente. (37)

En la mañana del 17, Schley envió a tierra al teniente Mc Crea y al médico del buque, doctor Stitt, para que averiguaran como había fallecido Riggin, para curar a los seis heridos y averiguar por los treinta y un marineros detenidos.

Informe del comandante del «USS Baltimore» a su gobierno

El 20 de octubre, Schley recibió órdenes del departamento de marina de los Estados Unidos de informar detalladamente acerca del resultado de la investigación al ministro plenipotenciario Egan y a la mencionada repartición.

Tres días más tarde, el comandante del crucero envió la relación de los hechos, la cual variaba en aspectos importantes de la establecida por el juez Foster y culpaba a la policía.

La versión del comandante del «USS Baltimore» pretendía, desde el comienzo, ir tejiendo una historia encaminada a demostrar que los hechos obedecían a un plan previamente determinado para atacar a los norteamericanos, lo que quedaba de manifiesto por la actitud beligerante hacia ellos demostrada por la policía. Así es como asevera que el dueño del bar «Shakespeare» habría hecho presente a Riggin y Talbot que una muchedumbre de soldados y marineros licenciados andarían, esa tarde, tratando de crear problemas, de lo cual ambos tripulantes se habrían reído no poniendo mayor atención.

Acerca de las circunstancias que rodearon la muerte del contramaestre Charles W. Riggin, sin afirmarlo taxativamente, el comandante del «USS Baltimore» da una versión diferente. Dice Schley que *parece* que la víctima y un aprendiz llamado J.W. Talbot estaban bebiendo en un *saloon* llamado *«True Blue»* con un marinero chileno, cuando se produjo una disputa entre ellos y el chileno escupió a Talbot en la cara, a lo cual este reaccionó derribándolo.

Aquí la imaginación del Comandante apunta directamente a demostrar la premeditación, pues asegura que cuando cayó el marinero chileno *«apareció una multitud en el exterior del prostíbulo, listo y esperando abalanzarse apenas comenzara el asalto»*.

Más adelante afirma que Riggin y otro tripulante de apellido Johnson fueron *«deliberadamente baleados»* por un escuadrón policial, cuando el primero era llevado por el segundo a una farmacia para curarlo.

Deducía Schley la participación de la policía, pues muchas de las heridas de sus tripulantes, habían sido reconocidas como causadas por bayonetas.

Con respecto al comportamiento de sus hombres, aseguraba que se habían conducido con sobriedad, orden, conducta impecable y respeto y que se trataba de dar la impresión que se encontraban ebrios, pero ello era *«una mentira maliciosa»*. En ninguna parte se mencionaba que habían chilenos heridos y se hacía presente que las únicas armas encontradas por la policía, a los marineros, eran pequeñas cortaplumas.

Enseguida el comandante del «USS Baltimore» daba un detalle de las heridas recibidas por los demás marineros y terminaba diciendo:

> *«Creemos que la mayoría de los marineros que se mencionan entre la multitud era personal recientemente licenciado de la flota chilena. En un caso, hombres*

de un barco de guerra chileno asistieron a uno de los nuestros contra la masa» y agrega *«La declaración que se ha hecho de que nuestros hombres bajaron armados es falsa, por cuanto la única prueba que fundamenta esta declaración es la lista de armas que se dice haber tomado la policía a nuestros hombres, lista que sigue: siete cortaplumas corrientes y una barra de hierro de alrededor de cuatro pulgadas de largo».* [10]

Después de sucedidos los graves incidentes, el comandante Scott Schley comunicó, en forma inmediata, los hechos al cónsul de su país en Valparaíso William D. Mc Creery y al ministro plenipotenciario Egan en Santiago; pero al secretario de marina en Washington no lo hizo hasta una semana más tarde, cuando le fue solicitado, pues esperó que concluyera la investigación llevada por sus «cuidadosamente seleccionados oficiales», cuya versión pasó a ser oficial e indesmentible para el gobierno del presidente Harrison.

El informe de Schley a Egan llegaba a la conclusión de que el asalto había sido *«brutal y sin provocación»*.

Cuando el secretario de marina Tracy consultó al comandante del crucero si la tripulación había sido atacada en diferentes lugares de la ciudad y a distintas horas o si todos los hombres habían sido asaltados en un solo ataque, Schley afirmó que se había tratado de ataques simultáneos en distintas partes de Valparaíso.

Reunión en Washington

En la capital norteamericana, el presidente Harrison convocó, con fecha 23 de octubre, a una reunión para analizar el caso, cuya versión conocemos por el informe que hizo llegar el ministro plenipotenciario peruano en Washington José M. Yrigoyen, a su gobierno:

«...fue grande la indignación del Presidente de esta república y mucha la vehemencia con que se expresó el día 23 en el Consejo que tuvo lugar, con asistencia de los ministros de Justicia y de Marina y Mr. John W. Foster, encargado de algunos asuntos de la secretaría de Estado durante la ausencia de Mr. Blaine.

Se dice que en dicho consejo fue leída, por varias veces, la relación del suceso de Valparaíso, enviada por el comandante del Baltimore, Mr. Schley; se discutió el asunto en todas sus fases, durante dos horas y media y que estuvieron todos de acuerdo en que la actitud de Chile era de inequívoca odiosidad hacia los Estados Unidos.

Según se asegura, se acordó enviar un despacho al ministro en Chile Mr. Egan, instruyéndolo para que hiciera saber al gobierno de ese país, el desagrado del de Washington al conocer el ataque hecho a los marineros del Baltimore...» [83]

Versión del grumete Talbot

El informe del comandante Schley a su superioridad naval incluía las versiones dadas por los protagonistas, todas la cuales están dirigidas a apuntalar los motivos que señalaba como causantes de los hechos.

El acompañante de Riggin, John W. Talbot, declaró que era alrededor de las cinco de la tarde cuando Riggin abandonó el «True Blue», la mujer que estaba con Talbot habría visto como aquel habría sido provocado a pelear con términos como «go off» y «here, you shove off», formándose una multitud compuesta por civiles, militares y marinos que pasaban por el lugar y que habían comenzado a lanzarles piedras, lo cual constituyó el inicio de una pelea mayor. (36)

Talbot y Riggin arrancaron y se treparon a un tranvía que circulaba por ahí; pero la multitud lo abordó y empujó a los norteamericanos hacia la plataforma trasera, desde donde saltaron y abriéndose camino, volvieron a escapar.

Luego el grupo hostil había ido creciendo y donde se encontrara un norteamericano recibía pedradas, golpes y cuchilladas.

La relación de los hechos de Talbot fue incluida completa en el informe, sin verificar su veracidad, pero de su propia lectura puede concluirse su aspecto novelesco y poco creíble, donde un solo hombre es perseguido por grupos de alrededor de cinco personas que lo apedrean y hieren a cuchillo en dos oportunidades, pero logra arrancarse y luego los enfrenta, aturdiendo al regente del «saloon» y al barman y sigue luchando contra nuevos atacantes.

Este testimonio indicaba que después de abandonar el tranvía junto con Riggin, uno por cada lado, alcanzó a ver a su compañero caer y al tratar de acercarse a ayudarlo, sintió que era acuchillado por la espalda.

Calculaba haber corrido alrededor de dos cuadras en dirección al muelle y al doblar una esquina, se encontró con otro establecimiento de similar reputación, pues lo identifica como «saloon», pero fue alcanzado por la multitud que lo perseguía y nuevamente fue herido con un cuchillo. Entró al recinto, pero el regente y el barman lo lanzaron a la calle, volvió a entrar y nuevamente fue expulsado. La tercera vez que ingresó, fue pasado a una pieza posterior y trató de trancar la puerta.

Cinco o seis personas forzaron la entrada y lo arrastraron a la calle, donde comenzaron a apedrearlo. Volvió al «saloon» y con una piedra volteó al regente y luego con una silla al barman, sentándose en una esquina del salón. Cuando cuatro o cinco atacantes, armados con piedras, entraron a atacarlo, cargó contra ellos y los hizo arrancar.

Luego los atacantes regresaron y Talbot habría repetido su ataque y al expulsarlos, cerró y trancó la puerta, sentándose en una mesa, donde estuvo por cerca de una hora, mientras la muchedumbre trataba de entrar, forzando a golpes la puerta desde el exterior.

Un muchacho joven trató de ingresar por una puerta posterior y le solicitó entrar, pero Talbot se lo impidió. Luego llegaron dos mujeres desde el interior y comenzaron a atender al regente que yacía inconsciente debajo del bar. Ellas trataron también de curar al marinero, que se encontraba desfalleciente y débil a causa de la sangre que perdía debido a sus heridas, pero no las dejó acercarse.

Una de ellas salió y regresó con un oficial de policía que lo obligó a levantarse de su asiento, colocándole la espada en la espalda; luego tomando el sombrero del regente se lo colocó a Talbot, en lugar de su gorra de uniforme, para sacarlo a la calle sin que pudieran reconocerlo los exaltados. En esa forma habrían caminado hasta la intendencia.

Desde allí, siempre según la versión de Talbot, habría sido esposado y conducido, mediante una cuerda, entre dos policía montados, armados con sables, hasta la cárcel, maltratándolo durante el trayecto. Allí se le habría anotado su nombre, registrado y enviado a una celda.



Vista de Valparaíso hacia el poniente.

Nuevamente nos cuesta creer que las cosas hayan sucedido como las declara el marinero, pues según propia confesión se encontraba desfalleciente y débil por la sangre perdida, lo que habría hecho muy difícil que pudiera resistir caminar esposado, tirado por dos policías a caballo, desde la intendencia hasta la cárcel. Incluso debe considerarse que para llegar a ella era preciso subir el cerro de su nombre. Nos inclinamos a pensar que esta parte del testimonio apuntaba al otro objetivo buscado por el comandante del «USS Baltimore» de involucrar a la policía, como una forma de culpar al gobierno y ésta solo habría cumplido su parte en un plan preestablecido.

Continúa Talbot relatando que cuando llegó a la celda se encontró que en ella habían miembros de la tripulación de su buque en quienes causó gran conmoción observar el estado en que llegaba; gritaron para que los guardias lo trasladaran a un hospital.

En una oficina cercana caía inconsciente otro compañero debido a los golpes y las heridas recibidas, el cual habría sido llevado, junto con Talbot y otros cuatro o cinco hombres heridos al hospital para ser curados, allí se encontrarían otros tripulantes. (36)

Versión de James M. Johnson

En el momento que Talbot abandonó el tranvía, el informe del comandante del «USS Baltimore» lo desvincula del contramaestre Riggin hasta que cita la declaración de otro tripulante, armero de la dotación, llamado James M. Johnson, quien dice haberse encontrado en el restaurante de una casa de pensión de la calle Arsenal, esperando comer, cuando el propietario del establecimiento cerró las puertas diciendo que iba a haber peleas, por lo que le

recomendó no salir, pues un marinero norteamericano había sido ultimado. Luego le señaló una escalera que subía al segundo piso y cuya ventana daba a la calle.

La versión de Johnson decía haber visto un tranvía detenido en la esquina y un tripulante norteamericano caído, de cara al suelo, en el medio de la calle, mientras dos o tres policías, junto a una turba de personas, estaban parados a su alrededor apuñalándolo.

Johnson habría tratado de saltar por la ventana, pero fue persuadido de ello por el dueño del local, quien le franqueó la puerta. No llevaría más arma que una botella vacía.

La multitud abandonó a Riggin cuando Johnson bajó para asistirlo, encontrándolo boca abajo, aparentemente muerto, con varias heridas a cuchillo. El armero lo reconoció, le desabrochó el cuello, le tomó el pulso y le levantó la cabeza del suelo, llamándole repetidamente por su nombre y pidió un vaso con licor para reanimarlo. Al cabo de algunos minutos comenzó a mostrar signos de vida y abriendo los ojos dijo a Johnson *«Por el amor de Dios, sáqueme de aquí antes que me maten o antes de que muera»*[19].

Johnson trató de llevarlo a una farmacia cercana, pero en el momento que había caminado un corto trecho, vio un escuadrón de la policía que cargaba a bayoneta calada en la calle.

Cuando se encontraban cerca de ellos, dispararon a boca de jarro con una de las armas, quedando su rostro teñido de negro con la pólvora de la descarga. Luego se hizo un segundo disparo, atravesando el proyectil la chompa, camiseta y cuello del uniforme de Johnson, rozando su tetilla derecha e impactando, finalmente, en el cuello de Riggin.

La cabeza de éste cayó bruscamente en el brazo izquierdo del armero, como si se le hubiera quebrado el pescuezo. Alguien, no identificado, del grupo gritó a Johnson que lo dejara o él sería la próxima víctima, por lo que lo soltó y escapó por detrás de la multitud a la pensión donde le fue facilitada ropa de trabajo y un lugar seguro para pasar la noche. Al día siguiente regresó a bordo. (36)

Versión del marinero Langen

El informe del comandante Schley incluía muchos otros testimonios, verdaderos o falsos, todos ellos apuntaban a acusar e incriminar a la policía, la que habría estado cumpliendo un plan previamente preparado.

El marinero Charles Langen afirmaba haber estado vestido de civil, hablando con Johnson en la pensión, cuando sintieron un alboroto cerca del prostíbulo *«True Blue»*.

Langen salió a la calle y habría alcanzado a ver como Riggin y Talbot saltaban fuera del tranvía.

Se entremezcló con la muchedumbre que los perseguía armada de cuchillos, palos y piedras. Habría visto como la turba apedreaba y pateaba a Riggin, por lo que corrió en su ayuda, pero cuando faltaban una pocas yardas para alcanzarlo, el contramaestre fue pateado nuevamente y herido con arma blanca.

Langen lo alcanzó para prestarle ayuda y corrieron juntos hasta que llegaron los policías, con los sables desenvainados en sus manos y los botaron al suelo.

---

[19] Sus palabras textuales habrían sido *«For Christ sake, Johnson, take me out of here befode they kill me, or before I die»*.



Antigua Plaza de la Intendencia, actual Plaza Sotomayor.

La muchedumbre habría rodeado a Riggin acuchillándolo, golpeándolo y pateándolo, mientras los policías observaban pasivamente.

Langen arrancó hasta que habría visto otros tres marineros de su buque que estaban siendo atacados, uno fue herido en la parte posterior del cuello, golpeando su cabeza contra el muro de una casa, causándole una pérdida de conocimiento y cayendo de cara a una acequia, sangrando profusamente.

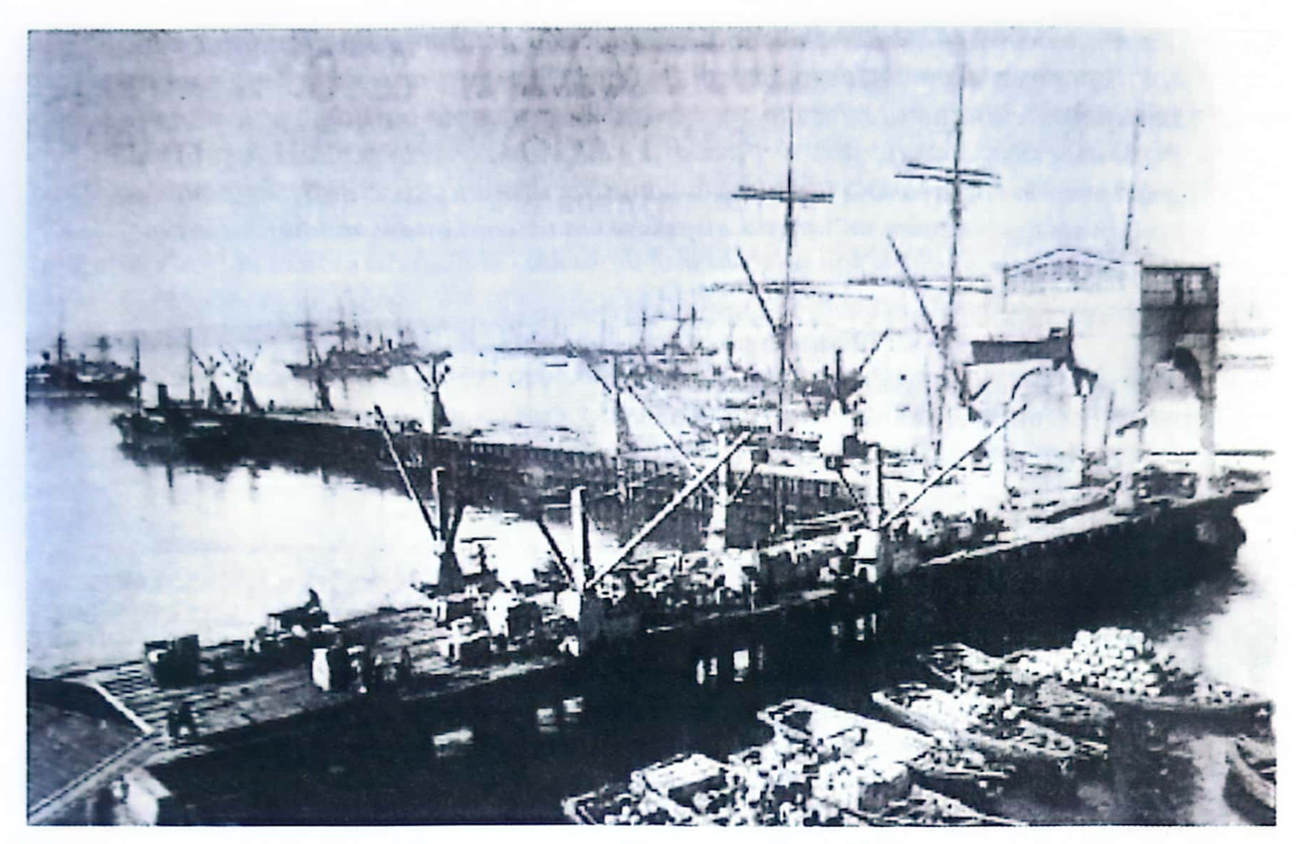
El marinero declaró haber regresado al lugar en que se encontraba Riggin en el preciso instante en que soldados hacían fuego contra Johnson. [36]

Curiosamente, a pesar de lo detallado de la versión de este marinero, no identifica al otro herido, pero insiste en la actitud de la policía.

El informe del Intendente de Valparaíso

El 26 de octubre el gobierno norteamericano envió una nota de protesta, en la cual relataba los hechos de acuerdo a lo consignado en la investigación hecha por los oficiales del «USS Baltimore», nombrados para tal efecto. Antes de dar respuesta a él, el canciller chileno Manuel Antonio Matta, se dirigió al intendente de Valparaíso Juan de Dios Arlegui, para consultarle su versión de lo acontecido.

La primera autoridad provincial, junto con remitir el informe policial, desvirtuaba las versiones norteamericanas contra la policía de seguridad, haciendo ver que era materialmen-



ANTIGUO MUELLE DE VALPARAÍSO. HACIA 1890.

te imposible que se hubieran cometido tal cúmulo de brutalidades y crueles excesos que se le imputaban.

El conflicto se había iniciado alrededor de las 18.00 horas en el peor barrio del puerto, habitado por gente de dudosa vida y plagado de despachos de licores y prostíbulos frecuentados por marineros de todas nacionalidades. Solamente unos pocos días antes había tenido lugar una pendencia entre tripulantes chilenos y alemanes, lo que hacía suponer que la causa precisa había sido una pendencia entre ebrios.

La intendencia había recibido la información de un tumulto quince minutos después, esto es a las 18.15 horas, y entonces se ordenó actuar a la policía, la que no puede haber llegado al lugar antes de las 18.30.

El intendente dobla la cantidad de manifestantes dada por la policía:

> *«ya la poblada era como de dos mil hombres que, desde la plaza Francisco Echaurren al muelle de pasajeros, comprendiendo las calles de Cochrane, de Blanco y avenida Errázuriz, formaba un verdadero campo de Agramante, en que todos, y los marineros americanos, los primeros, se batían con piedras, palos y arma blanca»*.

Una hora después, esto es a las 19.30, todo estaba tranquilo y los detenidos puestos a disposición del juez del crimen.

La versión del intendente sobre la muerte de Riggin difiere rotundamente de la consignada en la investigación de Schley; dice textualmente Arlegui:

«Cuando llegó la fuerza de policía, a espaldas del capitán que la mandaba, sonó un disparo de arma de fuego. El capitán se volvió inmediatamente y vio caer un marinero del Baltimore, herido en el cuello. El tiro había partido, evidentemente, de un grupo considerable de pueblo que allí había. Fue imposible descubrir al que lo había disparado o al que se encontraba armado, cosa que fácilmente se comprende, si se toma en cuenta que el hecho ocurrió en los momentos en que llegaba la fuerza de policía a la plaza Echaurren»

y sigue:

«El oficial se desmontó, atendió al herido, lo hizo conducir a la botica de un señor Guzmán, para su primera curación, y enseguida lo remitió al hospital. Desgraciadamente, en el trayecto falleció». (19)

Investigación en Mare Island

Posteriormente, la Armada de los Estados Unidos ordenó una nueva investigación que se llevó a cabo en Mare Island, California. En ella muchos de los declarantes del proceso llevado por el juez del crimen de Valparaíso cambiaron sus dichos, explicando que se habían confundido por su desconocimiento del idioma castellano. Baste recordar que en sus declaraciones en Chile habían tenido como intérprete a un oficial de su propio buque.

Cada vez que se iniciaba una nueva indagación sobre lo sucedido, se pretendía mostrar la conducta de los marineros norteamericanos más ejemplar. La relación de los hechos de esta tercera investigación apuntaba a que el comandante del «USS Baltimore» había decido dar franco a su tripulación debido a que llevaban muchos meses, desde el mes de abril que habían recalado al puerto, sin bajar a tierra, y el intendente de Valparaíso, Juan de Dios Arlegui, le había demostrado su convencimiento que no existiría ningún problema para que se pudiera garantizar la seguridad de sus hombres.

Los tripulantes habían bajado a tierra entre la una y las dos de la tarde,

«dedicándose a cambiar dinero por moneda local, comprar tabaco, acudir a la barbería, ubicar lugares donde ir en la noche, recorrer en carruajes y visitar diversos bares».

A las 15.30 horas habían sido reportados por sus oficiales quienes los vieron *«muy ordenados, sobrios y conduciéndose caballerosamente cuando se juntaban en la calle»*.

Repentinamente, a las 18.00 había estallado la hostilidad con los norteamericanos y producido las pendencias en *diferentes lugares* vecinos al puerto. A pesar de que ninguna de las anteriores investigaciones, hechas inmediatamente de producidos los acontecimientos y en el lugar mismo, contienen alguna referencia de que pudiera hacer pensar que habían existido ataques simultáneos en diferentes lugares de la ciudad, la versión de Mare Island lo da como un hecho, argumento clave si se quería hacer aparecer la situación como un ultraje premeditado a la marina de los Estados Unidos, planificado por el gobierno de Chile y protegido por la policía local.

El resto de la investigación californiana repite textualmente el documento enviado por el comandante Schley de acuerdo a lo establecido por sus *cuidadosamente seleccionados* oficiales. (18)

Donde queda totalmente de manifiesto que esta investigación no buscaba esclarecer los hechos, sino demostrar que se había tratado de una actitud previamente planificada contra ese país, es cuando se cita el telegrama recibido por el periódico «New York Herald» que indicaba que el presidente Balmaceda había huido oculto en el crucero «USS San Francisco», lo que se trataba de una falsedad que no había sido desmentida oficialmente por el gobierno chileno con el fin que la exacerbación de los ánimos contra Estados Unidos continuara, sobre lo cual se abunda e insiste; pero como hemos visto lo que se silencia en la investigación es el hecho de que el telegrama había salido del propio «USS Baltimore» despachado por el teniente Edward W. Sturdy al periódico neoyorquino. (2)

El dictamen de Mare Island absolvió a toda la tripulación del «USS Baltimore» y especialmente a Riggin de cualquier error cometido o mala conducta mientras se encontraban francos en tierra. Es indudable que a ello contribuyeron la declaraciones del comandante Schley, quien violentamente argumentó que los chilenos:

> *«trataron de dar la impresión que los tripulantes del «USS Baltimore» habían bebido y que la pelea se había debido a que los marineros norteamericanos estaban borrachos, lo cual constituía una mentira maliciosa».* (18)

Ni siquiera el altanero y soberbio compañero de Schley, al cual ya tendremos ocasión de referirnos, Robley D. Evans, comandante del cazatorpedero «USS Yorktown», estuvo de acuerdo con él, cuando declaró que

> *«sus hombres estaban probablemente bebidos en tierra, extremadamente bebidos; ellos bajaron a tierra, muchos de ellos con el propósito de emborracharse; para lo cual ellos obtenían ron chileno pagado con buena moneda de los Estados Unidos».* (18)

Otros testimonios

El marinero John H. Davidson indicaba haber estado presente en el True Blue con Riggin y Talbot y corrió para ayudar al primero cuando yacía en el medio de la calle, quien estaba siendo ayudado por tres o cuatro marineros chilenos. Tuvo que enfrentarse con la muchedumbre y vio como Talbot huía. Otro compañero era perseguido por un chileno, armado con un cuchillo, por lo que cogió una piedra y lo derribó.

Cuando solicitó ayuda a dos policías, uno de ellos lo habría golpeado con la espada, por lo que agarró una piedra, dando en la cara del agente del orden y arrancó.

Se encontró con otros tripulantes del «USS Baltimore» y juntos regresaron al sitio donde había caído Riggin, pero al tratar de acercarse, la turba los atacó con palos y peñascos, obligándolos a huir. Corrió hacia el muelle donde se lanzó al agua, golpeándose la cabeza contra una roca.

Subió a la costa y se dirigió hacia el monumento a los héroes de Iquique, encontrando un palo con el que enfrentó a sus atacantes en la calle, los cuales trataron de encerrarlo en una bodega, pero se arrancó, hasta que un oficial naval francés lo ayudó, entregándolo a unos oficiales chilenos que lo condujeron a un hospital, donde quedó detenido. (36)

El carpintero segundo del «USS Baltimore», John Hamilton, se encontraba con un grupo de compañeros, cuando Davidson le contó lo que le estaba sucediendo a Riggin y corrieron



Plaza de la Municipalidad, Valparaíso.
Nótese el local de la Droguería y Botica de M.A. Guzmán al costado derecho de la fotografía, mencionada por el testigo Crisólogo Aguilar como el lugar donde fue conducido Turnbull.

hacia el lugar, enfrentándose con alrededor de veinte chilenos que comenzaron a apedrearlos. Hamilton le pegó a uno de los atacantes con una barra de fierro, pero a su vez recibió un golpe en el cuello, tambaleándose y pegándose contra una muralla, cayendo inconsciente a la vereda. A la mañana siguiente amaneció, junto con sus contrincantes, detenido en el hospital.

El destino de la otra víctima fatal, el marinero fogonero William Turnbull, sucedió con posteridad al incidente del True Blue, cuando la turbamulta persiguió a otros marineros del «USS Baltimore» que estaban reunidos en el área y una de las víctimas fue él. Buscaban vengarse, pues estaban convencidos que Riggin había dado muerte al marinero chileno.

Crisólogo Aguilar vio como la policía tomó al fogonero herido, que presentaba numerosas heridas de puñal en la espalda y lo llevó a la farmacia de Manuel Guzmán, en la plaza Echaurren.

Como hemos visto, Carlos Gómez confesó la autoría, en defensa de su amigo Carlos Aravena, que yacía herido en el suelo, derribado de un peñascazo, cuando era atacado por alrededor de treinta tripulantes norteamericanos que se batían contra tres marineros chilenos.

Demetrio Leiva declaró haber salido a la puerta al escuchar los desórdenes y ver como un grupo de chilenos perseguía a un marino norteamericano, uno de ellos era Carlos Gómez que lo alcanzó y lo hirió repetidas veces en la espalda, al aparecer la policía, huyó.

El segundo cirujano del «USS Baltimore» E.R. Stitt, afirma que en un momento de lucidez que habría tenido el fogonero Turnbull cuando se encontraba en la enfermería del crucero habría declarado:

> *«Yo no estaba bebido». Yo estaba hablando con un amigo, un norteamericano, y fuimos a un bar. En el bar me dijeron que había una turba afuera esperándome y que no saliera, por lo que esperé hasta que pensé que se habían ido. Entonces salí y apenas estaba afuera sentí que fui golpeado en la cabeza con una piedra. Di la vuelta y traté de volver al bar, pero no me dejaron entrar.*
> *La multitud me rodeó y muy pronto fui golpeado y caí inconsciente, recobrando el conocimiento en el hospital. No recuerdo cuando fui herido».* (36)

Fueron innumerables los testimonios dados por los testigos y participantes en la gresca. Mientras los que correspondían a chilenos involucrados apuntaban a relatar hechos y justificar sus actuaciones, los norteamericanos apuntaban todos a señalar la responsabilidad de las autoridades de gobierno a través del ensañamiento de la policía y que los sucesos se habrían producido simultáneamente en diferentes lugares de la ciudad.

Todos los testimonios demuestran que el primer hecho fue el que tuvo a Riggin como protagonista, es decir, que no hubo tal simultaneidad sino que consecuencias de él.

Por otra parte, si se considera que, tan solo los marineros norteamericanos eran más de cien y que los testimonios hablan de pobladas cuyo número los superaba, es fácil imaginarse la proliferación de riñas que se pueden generar después de encenderse la primera chispa.

Finalmente todos los hechos sucedieron a no más de cuatro o cinco cuadras del punto inicial, en el corazón del barrio rojo de Valparaíso en la época, lo que de ninguna manera puede considerarse que los hechos luctuosos acaecieron en diferentes sectores de la ciudad.

La investigación del juez Foster Recabarren

La investigación del juez Foster dejó mucho que desear y el informe del comandante Schley entró en un sinnúmero de detalles que parecen haber sido redactados para que se le diera credibilidad y así probar su acusación de que se trataba de un ultraje y un ataque a la marina de los Estados Unidos, lo cual lo liberaba de su irresponsabilidad.

Hoy es imposible conocer exactamente la verdad, más aún cuando el sumario del juez Foster está desaparecido, desde hace muchos años, del archivo judicial porteño; pero más allá de las discrepancias, nada quita la realidad de que se trató de una descomunal gresca producida por marineros borrachos.

El sumario fue cerrado a fines de diciembre, siendo su demora criticada por las autoridades norteamericanas, ya que sus marineros habían prestado declaración hacía un mes. En realidad el trámite judicial seguido en nuestro país, nunca fue satisfactorio ni bien mirado por el gobierno de los Estados Unidos, pues solamente aceptaban su versión de los hechos y no entendían que pudiera existir un procedimiento secreto mientras se realizaban las investigaciones.

La Casa Blanca acusaba a los periódicos chilenos de publicar informaciones que supuestamente se referían a declaraciones del proceso, lo que demostraba que el secreto no era tal, protestaba que sus tripulantes habían tenido que testificar en inglés con sus propios

intérpretes, que no se les proporcionaba copia de sus declaraciones, etc., es decir, existía una maniobra para desprestigiar el procedimiento judicial y no hacerlo verosímil.

La opinión del fiscal

La vista fiscal, que aunque no pudo ser conocida hasta que el sumario se cerrara y pasara a la etapa de plenario, difiere notablemente de las conclusiones a que habían llegado las autoridades norteamericanas.

De acuerdo a las informaciones recibidas del jefe de la policía, se atribuye el comienzo de la riña al enfrentamiento de un marinero chileno ebrio con tres norteamericanos, aún en peor estado. El primero se habría referido en términos ofensivos a los extranjeros, por lo que Riggin le habría pegado, dejándolo inconsciente en el suelo y luego huido con sus compañeros.

Dos mujeres, Juana Urrutia y Margarita Novoa, quienes vivían en la vecindad, declararon haber visto al contramaestre norteamericano pegarle al chileno, el que se encontraba sin sentido cuando ellas se acercaron. Al verlo gritaron *«ellos lo mataron»* mientras los hechores arrancaban por la calle Arsenal y una muchedumbre partía en su persecución.

Según los oficiales de la policía Leandro Gómez y Vives Bravo, enviados para restablecer el orden, aseguraron que la riña había comenzado con una pelea a cuchillo entre un marinero chileno zurdo y un hombre del «USS Baltimore», alrededor de los cuales se formaron grupos de tripulantes de ambas nacionalidades para ayudar a los contendores. La mayoría de ellos procedía de los bares del lugar y se encontraban manifiestamente bebidos, produciendo riñas similares en otros puntos aledaños.

El maquinista del tranvía, Francisco Albornoz, afirmó que habían sido tres los marineros norteamericanos que lo abordaron en la calle Arsenal, lo que desvirtúa las declaraciones de Johnson y Langen, las que parecen haber sido calzadas, entre sí y con la versión oficial del comandante Schley como piezas de un rompecabezas.

Cuando el vehículo comenzó a moverse, una muchedumbre lo rodeó y comenzó a apedrearlo. El conductor escuchó decir que los tripulantes habían dejado herido a un marinero chileno y la turba buscaba vengarlo.

Albornoz, viendo el riesgo que corría él y el tranvía, ordenó a sus indeseables pasajeros abandonarlo, pero en ese momento, recibió un golpe en la cabeza por una piedra salida de los manifestantes.

Compelido a dejar el carro, Talbot escapó hacia la plaza Wheelright, pero Riggin fue reconocido como el agresor del marinero chileno, siendo derribado de un piedrazo y pateado en la caderas por un individuo llamado Federico Rodríguez, que más tarde alegó haber sido provocado por él.

Cuando el sargento de policía Miguel Vergara llegó al sitio del suceso, a las 18.15, al mando de un piquete, vio a Riggin en el suelo y ordenó a sus subordinados Encarnación Jeria y José del Tránsito Castro, trasladar al herido a la farmacia más cercana.

Habiendo los policías avanzado cerca de cuarenta pasos, llevando el propio Vergara a Riggin sosteniéndolo de la espalda, al llegar a la esquina de la calle Valdivia escuchó un disparo de pistola salido desde la multitud. La bala impactó al contramaestre en la garganta y aunque fue atendido de inmediato por dos policías, murió.

El balazo había sido hecho de tan corta distancia, que el fogonazo hirió la cara del policía Castro y quemó la mano izquierda de Jeria que sujetaba a Riggin de los hombros.

Discrepancias

Los policías admitieron que, antes de trasladar a Riggin a la farmacia, se acercó al herido otro marinero norteamericano y trató de reanimarlo con coñac, lo que lo hizo recuperarse considerablemente.

Un ciudadano que hablaba inglés solicitó al tripulante, que era Johnson, alejarse del lugar, haciéndole presente que su permanencia enardecería a una turba ebria.

Esta relación de los hechos concuerda con las declaraciones de Johnson de haber estado junto a Riggin en ese momento.

Aparte de su presencia, el resto de la versión fue desmentida por el testimonio del ciudadano chileno Andrew Löfquits, quien declaró que cuando llegó a la calle para ver la conmoción, la policía trataba de despejar el lugar. Siguió a las fuerzas del orden y escuchó un disparo y un grito dolor, percatándose que se trataba de un tripulante norteamericano que caía al suelo, bañado en sangre, pues había sido alcanzado en el cuello.

Löfquits había solicitado a Johnson alejarse del lugar para no exponerse a la muchedumbre y tenían completa seguridad que no se encontraba cerca cuando sonó el disparo.

Los médicos chilenos Daniel Carvallo y Antenor Calderón examinaron el cuerpo de Riggin el 17 y el 18 de octubre, estableciendo que la causa del deceso había sido un tiro de revólver y no de rifle.

El cadáver de Riggin también fue examinado por los cirujanos E. R. Stitt y Stephen S. White, del «USS Baltimore», quien registraron una opinión discrepante con la de los dos médicos chilenos, diciendo que las heridas que le causaron la muerte provenía de un rifle.

La conclusión de los peritos militares Vicente Zegers y José María Bari, que examinaron las perforaciones del cuello del uniforme de Johnson, declararon que podían haber sido causadas por un revolver de tamaño grande.

El teniente Henry Mc Crea, del «USS Baltimore», también examinó el uniforme de Johnson, dictaminando que los hoyos se debían a un tiro de rifle de pequeño calibre. [36]

El dueño de la farmacia de la plaza Echaurren, donde fue llevado el malogrado marinero, Guillermo Riegel y su ayudante Gregorio Sotello, aseguraron que Riggin había sido llevado a su local por tres policías, cuando un disparo de revólver le dio en la garganta. Al examinar las heridas, tuvo la seguridad que se trataba de ese tipo de arma debido al pequeño tamaño del orificio que había dejado.

La prensa norteamericana

Como es habitual en hechos de esta naturaleza, las prensa norteamericana, sin distinción, se encargó de hacer más denso en ambiente, pero la que dominaba el Partido Republicano se distinguiría en despertar los sentimientos nacionalistas, con los cuales esperaba el presidente Harrison ganar su reelección.

El «New York Times» decidió que la pelea había sido el resultado de sentimientos contra los Estados Unidos y una semana más tarde profetizó que incidentes tan serios podrían

desembocar en una ruptura de relaciones diplomáticas. (52)

A raíz de una reunión del presidente Harrison con Tracy y Blaine para tratar el tema, el «New York Daily Tribune» la describió como *«conferencia larga y grave»* y manifestó que la Casa Blanca consideraba el estado de las relaciones como *«serias y de extrema gravedad»* y podría ser necesario adoptar enérgicas medidas para resarcir los agravios *«por un ultraje que no tiene paralelo en la historia de los países civilizados modernos»*.

El periódico afirmaba, además, que los asaltos había constituido *«asesinatos contra hombres sobrios, apacibles, desarmados e indefensos»* sin que se hubiera dado motivos, lo que constituía una *«atrocidad mortal»*.

Luego, tres días más tarde, decía. *«No creemos que el más progresista e ilustrado país sudamericano rechazará ofrecer una apropiada reparación por la afrenta recibida... No es probable una guerra con Chile»*. (53)

Los funerales

El 19 de octubre, después de recibir el comandante Schley las condolencias del Almirante de la flota francesa presente en aguas chilenas por medio de un oficial representante, los restos del malogrado contramaestre fueron llevados y sepultados en el cementerio de disidentes del puerto.

El 26 de octubre se efectuaron, a bordo, los oficios fúnebres de Turnbull, celebrados por el comandante Schley, con presencia de la tripulación del crucero y luego sus restos fueron bajados a tierra e inhumados en el mismo cementerio.

Los compañeros de las víctimas adquirieron una gran cruz de mármol, tallada a mano, que está rodeada de hiedra y lleva dos lápidas, una a cada lado, las que indican, para cada caso, la causa del deceso; en el lado correspondiente a Riggin dice:

> *«...Asesinado en Valparaíso el 16 de octubre de 1891 a la edad de 28 años y 3 meses»*.

En el reverso, que corresponde a Turnbull, se lee:

> *«...Fallecido el 25 de octubre de 1891 a causa de las heridas recibidas en Valparaíso el 16 de octubre de 1891, a la edad de 24 años y 11 días»*[20]. (18)

A ambos tripulantes les fueron rendidos honores militares en sus funerales.

[20] La lápida y los restos de Turnbull aún se encontraban en el Cementerio de Disidentes del Cerro Panteón de Valparaíso en 1978.

Capítulo IV
Guerra diplomática

Reacciones en los Estados Unidos

Apenas conocido el incidente en los Estados Unidos y de acuerdo a las versiones cablegráficas recibidas, las cuales mostraban como partícipes en la lucha a integrantes del ejército y de la marina chilena, se produjo una profunda indignación y sensación de alarma, agravada por los trascendidos de prensa que hacía llegar el gobierno.

No ajeno al clima que se vivía en las altas esferas fue la nota que le hizo llegar el ministro plenipotenciario del Perú, José M. Yrigoyen, a su Canciller, haciéndole ver que al «ratificarse» los informes divulgados inicialmente por la investigación llevada a cabo por los oficiales del «USS Baltimore» la situación había *«tomado el carácter de un incidente internacional de gravedad suma»*. [22]

El presidente norteamericano, Benjamin Harrison, que buscaba su reelección en los comicios próximos, recelaba de su secretario de Estado James Gillespie Blaine, debido a las intenciones políticas de éste; le preocupaba el peso de su prestigio y no estaba dispuesto a dejarse absorber en la toma de decisiones de un asunto de tanta importancia nacional por su eventual adversario en la candidatura del partido Republicano.

Esgrimir el arma del nacionalismo era una buena oportunidad para conquistar votos, sobre todo para él que había participado como coronel de infantería en la Guerra de Secesión.

Blaine había sido partidario, durante su desempeño en la secretaría de Estado, de soslayar los conflictos con los países latinoamericanos para no comprometer su intención de lograr, mediante la influencia diplomática y económica, una gravitación decisiva en éstos.

Harrison, por su parte, vio la oportunidad que necesitaba para impulsar su reelección acudiendo a la exaltación del nacionalismo y decidió tomar una participación activa en la conducción de la política exterior, que lo sucedido en Valparaíso ameritaba. Una enfermedad grave de Blaine y su alejamiento temporal del cargo fue la circunstancia fortuita que le facilitó la cosas.

El incidente del «USS Baltimore» le ofrecía un campo libre para exhibir su patriotismo y su decisión de demostrar a la opinión pública, que estando por medio la dignidad nacional y el prestigio del país, él era el defensor de esos supremos intereses.

Un caso como éste era el pretexto ideal para ensayar los nuevos juguetes con que contaba su marina, se tendría un conflicto bélico chiquitito y sin mayor peligro para disparar tanto cañón.

Por otra parte, desde 1879, Chile era un país incómodo a los Estados Unidos, lo veían expandiéndose y queriendo dominar el Pacífico Sur y lo suponían unido a Brasil y Ecuador para ocupar Panamá con apoyo británico, deteniendo así sus pretensiones de construir un canal bioceánico en ese lugar. (2)

El ministro plenipotenciario peruano en Washington José M. Yrigoyen, en una perspicaz nota a su cancillería indica el papel que está ejerciendo la política interna norteamericana en el caso. Dice:

> *«es opinión muy general entre los que algún estudio han hecho de esta controversia que la política interna ha representado un gran papel en ella y que ha sido una de las causas más poderosas para elevar al último extremo esta cuestión y producir la actitud enérgica del Presidente.*
> *Esto para muchos reviste un carácter de verdad incontrovertible, pues aseguran que reuniéndose en el próximo junio la asamblea republicana que señalará su candidato para la presidencia, Mr. Harrison, ha querido presentarse a ella rodeado del prestigio que siempre da una política fuerte y como el sostenedor de la dignidad de esta nación, mientras que al que se asegura que será su poderoso rival en esa asamblea, Mr. Blaine, se le ha hecho aparecer inclinado a un arreglo pacífico y amigable y no tan celoso por el honor nacional. Se cree, pues, que ha influido mucho en la actitud del Presidente el deseo de atraerse votos y adhesiones que aseguren su reelección para el elevado puesto que hoy ocupa».* (92)

El Presidente no estaba solo en su posición, lo secundaba el secretario de marina Benjamin Franklin Tracy, quien había sido el vocero del almirante Alfred Thayer Mahan, el infaltable batallador para lograr crear una poderosa fuerza naval para los Estados Unidos, que ahora tomó mayor influencia en el desarrollo del caso y tendría la oportunidad de probar sus nuevos buques.

Pero el principal asesor del presidente Harrison sería John W. Foster, actuando desde la sombra y en forma extraoficial. Amigo íntimo del primer mandatario, con motivo de la ausencia de Blaine, éste le asignó una creciente influencia en la conducción de la política exterior.

Al producirse en Chile el levantamiento de la marina y el inicio de la guerra civil de 1891, Foster había actuado como consejero legal de Balmaceda en Washington y había utilizado su influencia ante Harrison y Blaine para revertir la posición de neutralidad que propiciaba el departamento de Estado y transformarla en una de apoyo al Presidente depuesto, como hemos visto.

En su actuación, durante la guerra civil, Foster se había cuidado de ocultar su vinculación formal con el régimen de Balmaceda por temor a las críticas que despertaría su conducta, incluso llegó a vincularse con el gobierno de Chile a través de intermediarios y a él se debió, principalmente, la actuación de Blaine en el caso del «Itata».

Producido el conflicto del «USS Baltimore» y aprovechando la ausencia de Blaine, Foster, tras bambalinas, se encargó de revisar toda la correspondencia relacionada con el caso y verificó las traducciones de los documentos. Al concluir su análisis apoyó la tesis de que el ataque que sufrieron los tripulantes del crucero había constituido un acto premeditado y una ofensa a los Estados Unidos que exigía una demostración de fuerza, en total coincidencia con la posición del presidente Harrison. (7)

Nota de reclamo de los Estados Unidos

Al recibirse el informe solicitado al comandante del «USS Baltimore», el secretario de Estado Blaine era subrogado, en el gobierno de los Estados Unidos, por William F. Wharton.

El presidente Harrison convocó a su equipo asesor para analizar el caso, el cual estuvo conformado por los secretarios de justicia y de marina, además de John W. Foster.

En este consejo fue leída, repetidamente, la relación de los sucesos de Valparaíso enviada por el comandante Schley y, después de discutir durante dos horas y media, todos estuvieron de acuerdo en que la actitud de Chile era de inequívoca odiosidad hacia los Estados Unidos acordándose enviar una protesta al ministro plenipotenciario en Chile, instruyéndolo para que hiciera saber a nuestro gobierno el desagrado que había producido en Washington el conocimiento del ataque perpetrado contra los marineros del «USS Baltimore»[7]

La nota acogió la descripción que hacía Schley de los hechos y la comunicó al ministro plenipotenciario en Chile Patrick Egan, dándole precisas instrucciones en el sentido de llevar a la atención del gobierno chileno de los detalles señalados por el comandante del «USS Baltimore» e

> *«inquirir la existencia de algunos hechos justificativos en posesión del gobierno de Chile o alguna explicación que ofrecer al respecto de un acontecimiento que ha condolido tan profundamente al pueblo de los Estados Unidos, no solo por la muerte de nuestros marineros que resultó de él y por las despiadadas heridas infligidas a los otros, sino aún más como una expresión aparente de una enemistad hacia este gobierno que pudiera poner en peligro el mantenimiento de relaciones amistosas entre nuestros dos países. Si los hechos son como lo ha informado el comandante Schley, este gobierno no puede dudar que el gobierno de Chile ofrecerá una pronta y completa reparación».* [12]

Egan recibió estas instrucciones por telegrama del 23 de octubre y el día 26 hacía llegar una extensa nota de protesta el ministro de relaciones exteriores de Chile Manuel Antonio Matta.

La nota del ministro plenipotenciario al Canciller se iniciaba dando a los hechos el carácter de un

> *«asalto contra un cierto número de marineros pertenecientes al buque de guerra de los Estados Unidos Baltimore, resultando de él la muerte de dos hombres y unos diecisiete heridos más o menos seriamente».*

Enseguida se refería a los informes recibidos del comandante Schley y de la inmediata investigación que éste ordenó para averiguar el origen del incidente.

El relato de los hechos, basado en los informes de *«un consejo de oficiales cuidadosamente escogidos de dicho buque»*, constituía un abierta acusación de la premeditación y alevosía como habían sucedido, la traducción textual dice:

> *«...que demuestra que los marineros del "Baltimore" estaban desarmados; que su conducta fue completamente correcta y ordenada; que no dio motivo para una provocación; que el ataque pareció premeditado y que los asaltos fueron hechos por gente armada en un número muy superior; y que, como mi gobierno debe entender, estuvieron inspirados en su sangrienta tarea (bloody work) por hostilidad a esos hombres como marineros de los Estados Unidos».*

Para tratar de demostrar la premeditación, otros párrafos acusadores decían:

> «...*entretanto y muy cerca había un grupo compacto y encabezado por marineros recientemente licenciados de la flota chilena, que estaba listo y esperando el asalto*».

Y más adelante agregaba:

> «*Comenzó entonces un confuso ataque, que se extendió a otras partes de la ciudad muy distantes, contra los marineros de los Estados Unidos donde quiera que se les encontrara, con bayonetas, cuchillos, garrotes y piedras*».

A la policía porteña la culpaba afirmando:

> «*La policía, entretanto, o no se interpuso para protegerlos o participó en el ataque, como en el caso de la muerte de Riggin; o capturó y arrastró a esos marineros a la prisión, en la forma más de extrema barbaridad*»

y luego de enumerar los demás heridos y su estado afirmaba:

> «*V. E. apercibirá, por el carácter de muchas de las heridas, de que la policía o algunos de ella, en vez de prestar protección a los asaltados, tomó parte en este cobarde atentado, y generalmente en contra de esa gente desarmada, con brutalidad*». [20]

Relataba la nota los casos de marineros heridos que habían sido arrastrados por la policía hacia la cárcel, otro que habría recibido golpes de espada de parte de un oficial que llevaba gorra blanca, a un tercero lo habían esposado y luego haberlo arrastrado por jinetes al galope, al tripulante Mac Williams lo habían conducido atado del cuello, a J. Kingley, que había intentado escapar, había sido herido con espada por otro oficial, etc.

Antes de terminar la protesta se quejaba que, a pesar de haber sucedido «*la cruel tarea*» y los «*injuriosos*» hechos el 16 de octubre, su Gobierno no había recibido ninguna expresión de sentimiento y ni siquiera manifestado el propósito de hacer la investigación correspondiente que estableciera, con rectitud de procedimientos, los castigos a los delincuentes «*que habían ofendido tan directamente al gobierno de los Estados Unidos*». No se hace mención alguna a la investigación que desarrollaba, en esos momentos el juez Foster en Valparaíso.

Finalmente la nota del ministro Egan transmitía al gobierno la amenaza que le había hecho llegar el departamento de Estado, consultando si el gobierno chileno estaba en posesión de alguna explicación que pudiera darse por un suceso

> «*que ha herido tan profundamente al pueblo de los Estados Unidos, no solo por la muerte de dos marineros de mi nación y por las inhumanas heridas de muchos otros, sino también como una expresión aparente de una enemistad hacia el gobierno de los Estados Unidos que puede poner en peligro el mantenimiento de las amistosas relaciones entre ambos países*»,

pues si los hechos eran como los había transmitido el comandante Schley, no dudaba que se le ofrecerían prontas y totales reparaciones debido a la gravedad de la injuria inferida.[20]

Respuesta del Canciller chileno

El ministro de relaciones exteriores de Chile, Manuel Antonio Matta Goyenechea respondió, al día siguiente, haciendo presente que la relación de los sucesos realizada por la comisión de oficiales y por el comandante del «USS Baltimore» emitía apreciaciones, formulaba exigencias y avanzaba conminaciones que, sin ser rechazadas con acrimonia, no podían ser aceptadas ni aceptables para esa secretaría de Estado, para el caso que se discutía, ni para ninguno de la misma naturaleza.

Sin dudar de la sinceridad, rectitud y habilidad de las investigaciones realizadas, Matta hacía presente que

> *«por deber y en cumplimiento de las prescripciones y usos internacionales, jamás puestos en duda por naciones cultas, se atiene y se atendrá a la jurisdicción de las autoridades de su propio país, que son las únicas que tienen pleno derecho y tendrán suficiente poder para juzgar y castigar a los culpables, quienquiera que ellos sean y dondequiera que se encuentren en el territorio chileno».* (21)

Enseguida hacía ver que el hecho había tenido lugar en Valparaíso y que, desde el mismo momento en que se había producido, las autoridades administrativas y judiciales se habían ocupado de investigar el caso, determinar culpables e imponer castigos.

Haciéndole ver que el cargo que desempeñaba el ministro plenipotenciario tenía la finalidad y la obligación de cultivar las buenas relaciones, haría caso omiso del tono y de la forma como habían sido presentadas las quejas y protestas y se limitaría a referirse solamente a los dos únicos puntos en que se exigía una respuesta.

Con respecto a la investigación llevada a cabo por el juzgado de Valparaíso, le hacía ver que era a esa autoridad a la que correspondía hacerlo y que de ella tenía que haber estado informado el comandante del «USS Baltimore», desde el 22 o el 23 de octubre, de acuerdo a la comunicación que le había dirigido el juez del crimen y cuya copia se encontraba archivada en esa secretaría de Estado.

Le hacía presente que por encontrarse la investigación en estado de sumario, procedimiento que era secreto, carecía de antecedentes al respecto, pero que tan pronto finalizara esa etapa, cualquiera que fueran sus conclusiones, las pondría en su conocimiento; pero en el entendido que no reconocía otra autoridad legítima para juzgar los sucesos criminales ocurridos en territorio chileno, que la establecida por el pueblo de Chile, lo que ni el ministro plenipotenciario, ni su gobierno, ni el pueblo que representaba no habían desconocido ni podrían desconocer nunca, pues los fueros y derechos de la soberanía en ninguna parte estaban más evidentes y eran de más aplicación que en el ejercicio de la jurisdicción que a cada país independiente correspondía.

Terminaba la respuesta de Matta haciendo ver que, de ninguna manera, el silencio guardado por esa secretaría de Estado significaba una expresión de mala voluntad hacia el gobierno de los Estados Unidos que pudiera poner en peligro la conservación de las amigables relaciones entre ambos países. (21)

Nueva nota del ministro Matta

El ministerio de relaciones exteriores había recibido, con fecha 26 de octubre, la nota que hemos conocido, la cual el Canciller respondió de inmediato, pero paralelamente se dirigió al intendente porteño pidiéndole mayores informaciones acerca de cómo habían sucedido los hechos; igualmente ofició al juez del crimen que llevaba la causa, solicitándole apurarla para dar una respuesta concreta al gobierno norteamericano.

El informe que le remitió el intendente Arlegui lo hemos conocido en el capítulo anterior, el cual fue transcrito, in extenso, al ministro plenipotenciario Egan el día 30 de octubre.

Como se recordará, en el documento se demostraba la imposibilidad que la policía hubiera podido cometer tantas tropelías en una hora y hacía ver como un oficial había tratado de ayudar a Riggin cuando fue baleado desde la muchedumbre.

Le hacía ver, además, que era imposible que las autoridades locales hubieran podido hacer más que lo que hicieron debido a la escasez de ella para una población tan extensa e irregular y recalcaba la imprudencia que significaba haber mandado francos a ciento sesenta tripulantes de una sola vez.

Indicaba que la causa precisa del desorden no había sido posible conocerla e ignoraba si aparecería en el sumario, que aún era secreto; pero que todo hacía suponer que había comenzado por una pendencia entre marineros ebrios, lo mismo que había sucedido, unos pocos días antes entre tripulantes chilenos y alemanes.

Reiteraba que los procedimientos judiciales chilenos en materia criminal obligaban a ser mantenidos en secreto, por lo que ni la cancillería ni la intendencia de Valparaíso podían saber más que lo que había trascendido, pero que apenas se conocieron los resultados, serían puestos, de inmediato, en conocimiento de la legación. [23]

Dificultades judiciales

Mientras en los Estados Unidos reasumía su cargo el secretario de Estado Blaine, en Chile el juez investigador comenzaba a sufrir las interferencias a su labor que le ponían el comandante del «USS Baltimore» y el ministro plenipotenciario Egan.

Tres días después de los luctuosos sucesos, Schley había ofrecido al juez Foster los testimonios de los tripulantes que estimara conveniente, pero cuando ello fue solicitado, recibió como respuesta que dicha materia había sido transferida *«al señor Patrick Egan, enviado extraordinario y plenipotenciario en Santiago»* por lo que debía dirigirse a él, quien podría

> *«suministrarle los nombres de varios individuos que, a su vez, pueden suministrar a V. E. otros nombres de personas que vieron la muerte de Riggin y cuanto hirieron a cierto número de mis tripulantes, durante el lamentable desorden en el día 16 de octubre de 1891».* [25]

Ante esta respuesta, el juez Foster se vio en la necesidad de seguir el camino largo, esto es, enviar la petición al intendente de Valparaíso, para que éste la transcribiera al ministerio de justicia quien, a su vez, debía hacerla llegar al ministerio de relaciones exteriores el cual, finalmente, la entregaría al ministro plenipotenciario Egan en la legación norteamericana.

La nota del juez dejaba testimonio que requeridos el cónsul norteamericano en Valparaíso y el comandante del «USS Baltimore» para prestar ciertas informaciones que pudieran tener en su poder acerca del incidente, se habían excusado expresando que el asunto había sido elevado al conocimiento del señor Patrick Egan por orden de su gobierno y antes de referirse a los hechos, puntualizaba:

> *«...no quiero dejarla pasar sin manifestar al señor ministro la extrañeza que no ha podido menos de producirle a este juzgado, que se haya pretendido hacer una enojosa cuestión internacional de un asunto que, por su naturaleza, por su índole y sus proporciones, no ha debido salir, apreciando las cosas con un criterio desapasionado, de las salas del tribunal que lo investigaba, con arreglo a las leyes que en nuestro país, amparan el derecho de todos, sin distinción de nacionalidades.*
> *Efectivamente, señor ministro, para que un delito común, previsto y castigado por nuestro código penal, cometido en nuestro territorio y en el cual han intervenido, como actores responsables o como víctimas, ciudadanos extranjeros, pudiera salir de la esfera ordinaria y de igualdad de los tribunales de Justicia, sin agravio evidente de nuestros derechos de nación soberana y civilizada, para llevarlo al terreno quebradizo de la diplomacia, sería necesario que hubieran ocurrido algunas de las siguientes circunstancias:...»*

Enseguida las enumera y hace ver que ninguna de ellas se cumplen en este caso. (10)

De todos modos, el 5 de noviembre el intendente de Valparaíso volvió a la carga solicitando, por encargo del juez, un careo; curiosamente se incluye en la nómina de los citados al marinero W. Turnbull que, como hemos visto, a esa fecha ya había fallecido. La respuesta del Comandante del crucero fue una nueva evasiva, manifestando que el cirujano del buque consideraba que los citados se encontraban aún muy débiles de salud para poder asistir. Sobre el tripulante muerto hacía ver que ello se había debido a las heridas recibidas. (26)

El juez Foster, que era apremiado por el canciller Matta a través del intendente porteño para que apurara el cierre del sumario, insistió con el comandante del «USS Baltimore» para que comparecieran los tripulantes, pero cada vez que lo hizo, recibió nuevas disculpas dilatorias.

En un principio Schley manifestó que solamente podrían concurrir sus tripulantes si los acompañaba un oficial como consejero y que debían declarar en inglés y en forma pública, no en secreto, y que se le acordara el privilegio de leer todas las declaraciones.

Lógicamente que las condiciones que se querían imponer fueron rechazadas, por cuanto la ley chilena establece el secreto del sumario, pero se le concedió que las declaraciones se efectuaran en inglés y con la presencia de un oficial que dominara el castellano.

Como lo ha analizado el historiador Gonzalo Vial, se presentaba en esto un choque de culturas, pues para los norteamericanos era inconcebible que se efectuara un juicio secreto y hallaban que con ello se les tendía una trampa; pero por otra parte consideraban que era una provocación y una testarudez de los chilenos, que la ley chilena no fuera atropellada para satisfacerlos a ellos. *«Es necesario instruir al ministro Egan que exija un tribunal público»*, escribía el presidente Harrison al secretario de Estado Blaine, el 31 de octubre. (2)

El 11 de noviembre el comandante del buque daba su conformidad, pero exigía que se le entregaran copias de las declaraciones, en inglés y firmadas por los declarantes, lo cual

nuevamente violaría el secreto, por lo que Foster le manifestó que le haría llegar todo lo que solicitara, igual que a cualquier otro interesado, una vez que el proceso hubiera pasado al estado de plenario.

Todas estas situaciones eran consultadas a las autoridades en Washington y Schley se mantenía en contacto con el ministro plenipotenciario, por lo que ambos estaban enterados de la marcha del proceso.

El juez Foster quiso escuchar las versiones del comandante Schley y del cónsul en Valparaíso, Mc Creery, pero ambos negaron dar su testimonio, pues para ello necesitaban el permiso de Egan.

Como ambos habían hecho presente que el ministro plenipotenciario contaba con valiosos antecedentes que le permitirían llegar hasta los hechores materiales de los asesinatos, el canciller Matta, con fecha 9 de noviembre, transcribió la solicitud del juez, pidiendo su declaración al diplomático.

Cuando, finalmente, el secretario de marina autorizó la comparencia de los tripulantes en las condiciones a que se había allanado el juez Foster, Egan concurrió a La Moneda e informó que

> *«dado el curso satisfactorio que llevaban las negociaciones del Comandante con el Juez y el Intendente de Valparaíso, creía innecesario suministrar las declaraciones que antes había ofrecido dar»*,

lo cual hacía fútil dar respuesta escrita a la nota del 9 de noviembre que había transcrito las peticiones del magistrado. (10)

Indudablemente el ministro plenipotenciario en Chile conocía lo que se estaba tramando en Washington.

Los asilados en la legación norteamericana

En todas las comunicaciones que se intercambiaban entre la legación de los Estados Unidos o el comandante del «USS Baltimore» con el juez del crimen, la intendencia de Valparaíso o la cancillería, los primeros no dejaban de hacer referencia a que los hechos habían sido producto de un deliberado ataque a la marina norteamericana.

Como si a estas alturas el ambiente no hubiera estado lo suficientemente cargado de recriminaciones, nuevos hechos vinieron a «echar más leña a la hoguera».

Uno de ellos fue provocado por los consabidos incidentes entre los balmacedistas que se encontraban refugiados en la legación y los partidarios del gobierno, sin descontar que hubiera, entre éstos, agentes de la policía política, pues se sabía que si los salvoconductos no eran concedidos, los asilados tratarían de arrancarse para eludir las demandas judiciales que se habían presentados contra ellos.

Al colapsar las fuerzas balmacedistas después de las sangrientas batallas de Concón y La Placilla, el timón del gobierno había sido delegado al veterano general Manuel Baquedano, pero muchos de los hombres que habían detentado cargos políticos importantes en el gobierno depuesto y militares derrotados buscaron refugio en los buques de guerra extranjeros o en las sedes diplomáticas de la capital.

Con excepción de la legación británica, todas las demás abrieron sus puertas para recibir a los perseguidos políticos o a los que se sentían ser tales.

La representación argentina recibió al propio ex Presidente, la de España dio albergue a alrededor de ochenta personas, la brasileña a ocho, la francesa a cinco, la uruguaya y la alemana a un número indeterminado; pero los más prominentes próceres del régimen caído, conscientes de la posición que había sostenido el ministro plenipotenciario Egan, se refugiaron en la legación de los Estados Unidos los que, en un principio, alcanzaron a las ochenta personas.

Como hemos visto, circularon insistentes rumores que el Presidente depuesto se había asilado en alguno de los buques de la escuadra norteamericana del Pacífico Sur, el «USS San Francisco» o el «USS Baltimore», asegurándole la posibilidad de buscar refugio en el país del norte, pero la verdad era que había llegado a la legación transandina mientras su esposa, sus tres hijas y dos hijos permanecieron durante un solo día acogidos por el ministro Egan.

De los ochenta refugiados de la legación norteamericana, el número decreció rapidamente y el día 25 de septiembre, quedaban solamente diecinueve. Egan nunca pudo aclarar si habían escapado o que había sido de ellos.

A finales de ese mes, el ministro plenipotenciario comunicó al secretario de Estado que veinte hombres habían sido arrestados al tratar de ingresar a la sede diplomática, recibiendo la respuesta de Wharton, que subrogaba a Blaine:

> *«Por órdenes del Presidente (Harrison) debe insistir con toda firmeza, respecto a la inviolabilidad que goza el ministro de los Estados Unidos y el edificio de la legación, incluyendo el libre acceso a él, lo cual deber ser proporcionado y observado completamente y en forma inmediata por las autoridades chilenas».* (49)

El 16 de noviembre Egan hizo un reclamo al ministerio de relaciones exteriores, haciendo presente que durante los últimos veinte días, una decena de «espías de la policía secreta» se había ubicado cerca de la puerta y en la vecindad de la legación, produciendo la consiguiente alarma entre las personas que visitaban la sede.

El Canciller dio una pronta respuesta, atacando a su vez, al hacerle ver que la sede diplomática estaba siendo usada por los refugiados como un centro de transmisión de propaganda, y le expresaba que los hechos denunciados no tenían apoyo alguno en el ministerio a su cargo, pero aludía a la

> *«indiscreción de los señores asilados, quienes, más de una vez, con voces, con gestos y con actitudes, han provocado a los transeúntes que pueden no ser y no eran empleados de la policía, ni secreta ni pública».*

Enseguida hacía presente la nota de Matta que la tranquilidad había vuelto al vecindario gracias a la intervención de la autoridad legal, la cual no cuenta con ebrios entre sus agentes; pero que por los informes de la policía, puede manifestarle que

> *«no solamente algunos asilados, sino que también personas dependientes de la legación norteamericana, cometen indiscreciones que provocan respuestas y represalias, con las cuales ni el derecho ni el decoro de nadie quedan bien colocados».*

Como hemos dicho, el gobierno había sometido a juicio a algunos prominentes personajes del régimen de Balmaceda que se encontraban en la legación, por lo que el secretario de la Cámara de Diputados solicitó autorización al ministro plenipotenciario Egan para citar-

los judicialmente. La petición, formulada directamente al diplomático, fue rechazada y contestada a la cancillería expresando que por estar acreditado por su gobierno ante el de Chile no podía, con propiedad, tratar directamente con el secretario de aquella corporación.

El ministro de relaciones exteriores debió reconocer el error del funcionario; pero trató de explicarlo por la pública notoriedad del asilo dado a los acusados, solicitando oficialmente el permiso del diplomático para practicar la citación. Egan se opuso a ello expresando que los asilados se encontraban fuera de la jurisdicción de las autoridades chilenas, por cuanto la casa de la legación era considerada «*parte integrante del territorio de los Estados Unidos*».(10)

Es interesante hacer presente que el asilo diplomático es una institución latinoamericana que jamás ha sido reconocida por los Estados Unidos ni por los países europeos. La situación fue debatida por el fiscal general del gobierno norteamericano con otros altos personeros, los cuales manifestaron que era una situación embarazosa que no estaba claramente definida y que los precedentes eran variados y confusos.

El 30 de agosto el ministro plenipotenciario se había dirigido al secretario de Estado en los siguientes términos:

> «*Si el gobierno ha decidido levantar la cuestión del asilo, yo estaría preparado para discutirlo de manera apropiada y con espíritu amigable; pero con respecto a las amenazas que ha sufrido la legación, ello es algo diferente, pues debe comprenderse que esta legación no solamente ha sido amenazada por la fuerza y yo podría disparar al primero que tratara de entrar con tal propósito*». (50)

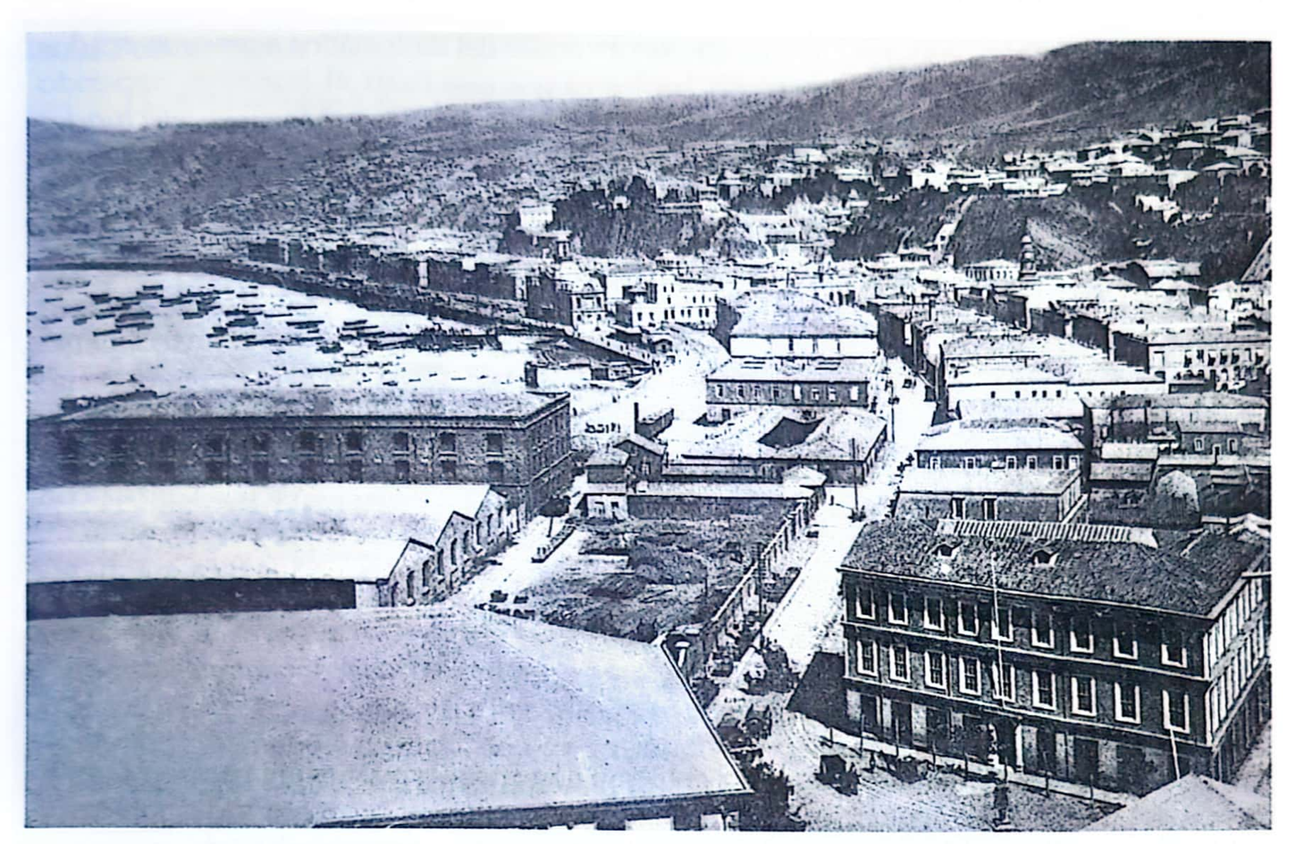
Los Estados Unidos nunca habían consentido aceptar y garantizar el asilo y normalmente lo había rechazado; pero en esta ocasión el presidente Harrison consideró que Egan se había precipitado al ofrecerlo, primero a los revolucionarios durante la guerra civil, por lo que ahora los vencidos debían tener el mismo derecho. Adujo que si el gobierno de Balmaceda había sido molestado por el ofrecimiento de Egan a los rebeldes y lo había conminado a que dejaran tranquila la legación, pues en caso contrario usaría la fuerza, lo cual había significado amenazar al gobierno en duros términos, ahora debía autorizarse, declarando acomodaticiamente que aunque no estaba explícitamente expresado, lo era tácitamente como un derecho humano[21]. (36)

A principios de octubre los refugiados habían disminuido a quince, lo cual parecía dar crédito a la creencia general de que Egan los estaba ayudando a escapar.

Una de las actuaciones más delicadas se produjo en diciembre cuando el ministro plenipotenciario acusó que detectives y la policía habían reanudado el acoso a la sede diplomática deteniendo a su propio hijo, el cual había sido puesto en libertad después de establecer su identidad.

Finalmente, en enero de 1892, Egan obtuvo salvoconductos para los refugiados que aún permanecían en la legación y los embarcó, el día 13, en el «USS Yorktown» con destino al Perú.

[21] «*a human expedient*».



VISTA DE LA BAHÍA DE VALPARAÍSO, SECTOR ALMACENES FISCALES Y PLAZUELA ADUANA, HACIA FINES DEL SIGLO XIX.

El caso Shields

La próxima situación llamada a enturbiar las relaciones entre el gobierno y la legación fue el reclamo presentado, en el consulado norteamericano de Valparaíso, por un fogonero del buque mercante de esa nacionalidad «Keweenaw», llamado Patrick Shields.

Shields pedía la protección del cónsul por cuanto el 24 de octubre había sido arrestado en las calles de Valparaíso, cuando su buque se encontraba listo para zarpar, bajo el cargo de embriaguez, lo cual era falso; en el camino a la cárcel había recibido golpes y puntapiés por parte de la policía, siendo puesto en libertad, al día siguiente, sin juicio alguno; pero inmediatamente había sido vuelto a detener y mantenido en prisión hasta el 2 de noviembre, debiendo soportar toda clase de malos tratos y hacer trabajos para los guardianes, sin que juez alguno conociera su situación.

El cónsul Mc Creery se valió del cirujano ayudante del «USS Baltimore» para que examinara a Shields, certificando que tenía severas contusiones en la nuca, un pequeño corte en el ojo derecho y contusiones en todo el cuerpo.

Se le había negado la posibilidad de comunicarse con el capitán de su buque o con el cónsul norteamericano, habiendo llegado a un terrible estado, que lo tenía inhabilitado para trabajar durante largo tiempo y quizás para toda la vida. [28]

Este nuevo hecho fue causa de varias notas entre el ministerio de relaciones exteriores y la legación norteamericana.

La cancillería expuso que los antecedentes en poder del diplomático eran equivocados y que las autoridades chilenas no reconocían los cargos que hacía el marinero, haciendo mención al «*justo retraimiento de aceptar como suficientes los actos y diligencias efectuados ante personas que no ejercen jurisdicción en Chile, para acusar a las que las ejercen por título respetado y en debida forma*».

Enseguida hacía ver que el acusador había sido denunciado como desertor el mismo día de su arresto y lo que le produciría el mayor escozor a Egan, era que Patrick Schields, según el rol de tripulaciones del «Keweenaw», era natural de Irlanda y súbdito de «*S.M. la Reina de la Gran Bretaña y Emperatriz de las Indias*», por lo que la protección solamente podía ejercerla el representante diplomático del país del protegido, de acuerdo al derecho internacional.

Hay que imaginarse la reacción de Egan frente a la brillante argumentación de Matta, pues con ello no solamente quedaba fuera de su incumbencia cualquier cosa relacionada con Shields, sino la irritación que debe haber sentido al hacérsele presente que por ser natural de Irlanda era súbdito de S.M. la Reina de la Gran Bretaña, a él que era un irlandés que había tenido que arrancar de su patria por sus actividades revolucionarias contra el imperio[22]. (10)

Sesgo de las comunicaciones

Las comunicaciones recibidas por el gobierno norteamericano siempre pasaron por las manos del ministro plenipotenciario Egan, única fuente oficial y reconocida de noticias y análisis de que dispondrían, pero existía un ángulo obscuro que distorsionaba éstas y que tan solo fue tocado por John Trumbull, de quien tendremos antecedentes en el próximo capítulo, pero jamás se volvió a hacer referencia a él.

Manifestó Trumbull que tanto el ministro plenipotenciario Egan como el cónsul norteamericano en Valparaíso William D. Mc Creery, especulaban con el cambio internacional y sus alternativas, vendiendo y comprando libras esterlinas; con los incidentes del «USS Baltimore» y sus secuelas diplomáticas, el cambio era afectado, haciéndolo subir o bajar, según las relaciones chileno - norteamericanas se distendieran o empeoraran.

Como ambos agentes diplomáticos sabían, antes que nadie, si las noticias eran buenas o malas y más aún, la información que enviaran al exterior podían producirlas, tenían oportunidades inmejorables de especular con el cambio, y si lo hacían no era aventurado pensar que podían ceder a la tentación de manipular dichas noticias y las recomendaciones a sus superiores, acomodándolas a sus intereses especulativos.

Trumbull no pudo probar su acusación con respecto a Egan, pero sí lo hizo en el caso de Mc Creery, el cual vendió y compró en el mercado porteño decenas de miles de libras esterlinas durante el año 1891.

Si se considera que fue Mc Creery el principal agitador en el reclamo del fogonero Shields, lo que constituyó uno más de los elementos que envenenaron las relaciones entre Chile y los Estados Unidos, puede concluirse que la información que salía desde nuestro país no era demasiado fiable. (2)

---

[22] Por un protocolo firmado en Washington el 24 de mayo de 1897, Chile pagó a los herederos de Shields, quien había fallecido, en California, en enero de 1895, la suma de 3.500 dólares, poniendo punto final a sus reclamos.

Don Pedro Montt

El 26 de octubre había regresado Blaine a la secretaría de Estado y procuró revertir, sin demora, la política llevada adelante por la Casa Blanca, pero ya distaba mucho de ser el político que había dominado la escena norteamericana durante medio siglo. Ahora era un hombre agobiado por su enfermedad y por sus desgracias familiares.

Recordemos que, durante la guerra civil, la Junta de Iquique había nombrado agente oficioso ante la Casa Blanca a don Pedro Montt, pero el ministro Egan le había negado los poderes diciendo que no podía tratarse con insurgentes. Ahora, una vez constituido el gobierno revolucionario, asumía en propiedad el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile ante el gobierno de los Estados Unidos.

No obstante la definida posición del presidente Harrison, que seguía considerando a Balmaceda como mandatario, a pesar de que hacía más de un mes que no pertenecía a este mundo, Blaine aceptó tratar con él el delicado caso del «USS Baltimore», casi junto con reintegrarse a sus labores.

Montt había llegado a Washington como agente oficioso de una revolución que aún no triunfaba y su posición no fue fácil, no logrando ser recibido, ni aún como un simple particular; pero la condición cambiaba al hacerse cargo de la legación de Chile.

El 27 de octubre logró ser recibido por Blaine, quien ya estaba en conocimiento del nombramiento. Acudió acompañado del embajador de México, que era el decano del cuerpo diplomático, pero no se trató más que de una reunión protocolar. El 14 de noviembre quedó oficialmente acreditado.

La mesura y la actitud conciliadora del nuevo representante chileno, trataron de suavizar las relaciones y evitar un desaguisado que ya conoceremos.

Al día siguiente Montt volvió a entrevistarse con el secretario de Estado, esta vez lo acompañaba Astaburuaga, quien había quedado a cargo de la misión diplomática desde la ausencia del representante del régimen caído, Prudencio Lazcano Montt le explicó que el sumario en Chile había pasado a la etapa en que debía fallarse la causa, señalándose a los chilenos y a los norteamericanos que aparecían responsables de los hechos. El juez había llegado a la conclusión que por las características del vecindario en que había ocurrido, *«un barrio habitado por gente de mala reputación y plagado de lugares de venta de alcohol»*, la gresca se había originado por la reyerta entre marineros borrachos.

Desde el primer instante la policía había hecho todo lo posible por restaurar el orden, cuya ejemplar conducta estaba atestiguada por los propios tripulantes del «USS Baltimore».

Para el agresor de Turnbull, Carlos Gómez, se solicitaban de tres a cinco años de cárcel, para Federico Rodríguez de 61 a 541 días, para José Ahumada de 541 días a tres años y para el marinero norteamericano John Davidson también de 541 días a tres años.

El ministro plenipotenciario chileno se comprometió a hacerle llegar todo el expediente, apenas lo recibiera, el cual ya excedía las trescientas páginas y finalizó su entrevista haciéndole presente que había recibido instrucciones de manifestarle que *«el gobierno de Chile lamentaba, muy sinceramente los desafortunados hechos sucedidos en Valparaíso el 16 de octubre»* y que, aunque situaciones de estas características eran normales en los puertos que recibían tripulantes de varias nacionalidades, la muerte y las heridas recibidas por personas que se encontraban al servicio de un país amigo eran lamentables y *«mi gobierno quiere manifestar sus sinceros deseos de cordialidad para los norteamericanos y deplora lo sucedido, comprometiéndose a castigar a los culpables»*. (59)

Harrison maneja la política de la Casa Blanca

El desenlace de la situación producida fue manejada directamente por el presidente Harrison y el grupo de patrioteros que lo rodeaban, a lo cual pensaba sacarle la ventaja de su reelección a la primera magistratura y la velocidad con que transformó el incidente en una crisis internacional dejó muy poco margen de maniobra para encontrar caminos de entendimiento.

Es indudable que si a estas alturas las decisiones obedecían a la voluntad del Presidente, la actitud de éste era la resultante de las opiniones de Tracy, Mahan, Blaine, Egan y John W. Foster.

Al finalizar 1891 ello era evidente, pues Harrison había adoptado la postura de estar defendiendo el prestigio, la dignidad, el honor y la reputación internacional de los Estados Unidos que estaban siendo puestos a prueba por la imprudencia, el atrevimiento y el desdén de un insignificante país sudamericano[23]. (36)

La causa de la ira sufrida por Harrison parece haberse debido a que consideró como un desafío hacia su persona una circular del ministro Matta la cual, además de ser descortés y escrita en un leguaje que estimó ofensivo, contradecía su posición acerca del origen y de la forma como habían procedido las autoridades chilenas durante el desarrollo de los incidentes y en su investigación. Este documento lo conoceremos en el capítulo VII.

El Presidente había prometido a Blaine la dirección de la política internacional desde 1889 para que éste aceptara la secretaría de Estado el cual, a pesar de su reconocida posición anti chilena, en muchos momentos trató de mostrarse conciliador en el asunto del «USS Baltimore».

Aprovechando Harrison la enfermedad de su secretario de Estado, que lo mantuvo alejado del cargo durante el clímax de la crisis, e inducido por asesores y amigos, como el secretario de marina Tracy, el Presidente tomó en sus manos la conducción de la política internacional.

Ello le permitiría, por añadidura, otra ventaja política, pues dejaba relegado a Blaine, de quien estaba celoso de su gran popularidad que podría llevarlo a disputarle el segundo período presidencial a que aspiraba. Así Blaine quedaba motejado de pacifista y que no había sabido defender la dignidad de su patria.

[23] Estos conceptos pertenecen a la historiadora norteamericana Joyce Goldberg.

Capítulo V
La Armada de los Estados Unidos se prepara para la guerra

La situación en Chile

El historiador Gonzalo Vial Correa, refiriéndose a la situación que se vivía al finalizar 1891 dice:

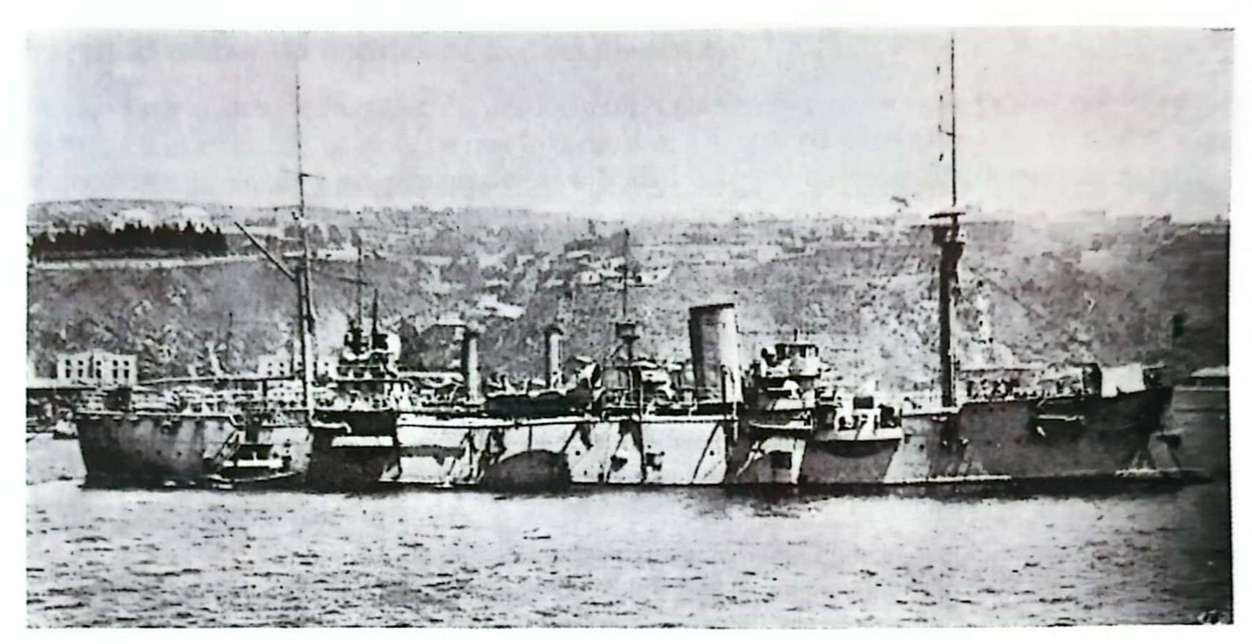
> *«Chile y los Estados Unidos empezaron a rodar por la pendiente de la guerra. Lo curioso es que nosotros no nos dábamos cuenta, no medíamos el ánimo y propósitos norteamericanos, y así continuábamos minimizando el caso del "Baltimore". Pero ya cuando Montt marchaba de la Catedral a La Moneda, lloviendo sobre él aquellas fragantes y frescas flores —notorio ausente de los festejos: Patrick Egan—, los rumores bélicos nos llegaban desde todo el mundo, cada vez más nutridos, fuertes y alarmantes»*. [2]

Describe Vial la situación, mirada desde la distancia, cuando todas las actuaciones que la rodearon han sido conocidas, pero vale la pena preguntarse si el gobierno o el pueblo chileno podría haberse figurado que una riña de marineros ebrios, en el barrio rojo de Valparaíso, como sucedían a diario en todos los puertos del mundo, podría conducir al país a la guerra. Ello era impensable, a menos que se hubieran conocido los propósitos hegemónicos de los Estados Unidos en el Pacífico Sur, la molestia que le causaba el poder y prestigio que tenía nuestro país, muy principalmente su marina que era capaz de desafiarlos y la voracidad con que el presidente Harrison buscaba su reelección, la cual creía encontrar exaltando el nacionalismo, lo que le acarrearía los votos que se le habían alejado y que veía que el pueblo le negaría.

Chile tenía una flota importante para Sudamérica y jamás pensó que debía acondicionarla para enfrentar a una potencia, su conformación se había generado a causa de la Guerra del Pacífico y de los problemas limítrofes que se vivían con Argentina.

El blindado «Blanco Encalada» había sido torpedeado y hundido durante la guerra civil en el puerto de Caldera, pero sobrevivía su gemelo «Cochrane». El buque malogrado podía considerarse reemplazado por el monitor «Huáscar» conquistado al Perú en el combate de Angamos.

El crucero «Esmeralda», que tanto celo había dado a la marina norteamericana, como lo hemos visto, que incluso inspiró el diseño del «USS Baltimore».



CRUCERO CHILENO «PRESIDENTE ERRÁZURIZ» QUE LLEGÓ A NUESTRAS COSTAS EN PLENA CRISIS DEL BALTIMORE Y A CUYO PASO POR MONTEVIDEO FUE VISITADO POR UN OFICIAL ESPÍA DE LA U.S. NAVY.

Los cruceros «Presidente Errázuriz» y «Presidente Pinto» que había sido encargada su construcción durante la administración de Balmaceda, pero solamente el primero había llegado a nuestras costas, esperándose el otro para marzo de 1892.

En esta misma fecha debía arribar el acorazado «Capitán Prat», lejos la unidad más poderosa de todas, que desplazaba 6.900 toneladas y alcanzaba los 18 nudos de velocidad.

Finalmente las torpederas «Condell» y «Lynch», nuevas, de solo setecientas diez toneladas, que se habían incorporado a la flota balmacedista durante la guerra civil.

Los movimientos de los buques chilenos eran acuciosamente seguidos; el 18 de noviembre de 1891, cuando el nuevo crucero «Presidente Errázuriz» hacía escala en el Río de la Plata, durante su viaje a Chile, el ministro plenipotenciario norteamericano en Buenos Aires R.G. Pitkin informaba a Blaine: *«el crucero chileno recibe hoy día 125 tripulantes y va tan rápido como puede a Chile».* [6]

De acuerdo a las memorias del comandante de la cañonera «USS Yorktown», Robley Evans, que se encontraba de estación en Montevideo, al pasar el crucero «Presidente Errázuriz» por Buenos Aires, envió a un oficial, vestido de civil a inspeccionar el nuevo buque, el cual habría logrado subir a bordo y permanecer más de una hora, hasta que levantó sospechas y se le obligó a desembarcar. El informe del espía, habría contenido todo lo que su jefe necesitaba conocer, por lo que se dirigió al secretario de marina para indicarle, de acuerdo a su conocida arrogancia y desprecio, que ese buque no le debía causar preocupación, por cuanto *«yo podría dar cuenta de él, con la Yorktown, en treinta minutos, de ser necesario».*

Más adelante, el 20 de noviembre, consignó en su diario

> *«el día anterior al zarpe desde Montevideo, la Philcomayo (se refiere a la corbeta chilena «Pilcomayo»), una cañonera chilena, vino al puerto y ancló cerca de nosotros, con el propósito, sin duda, de informar el Errázuriz de nuestros movimientos, el que podría hacer un esfuerzo por llegar antes a Valparaíso...Yo qui-*

siera tener un encuentro con el Errázuriz, porque me siento confiado que lo podría batir en cuarenta y cinco minutos, por reloj, no obstante sus nuevos cañones franceses de tiro rápido».

Es evidente la fanfarronada, propia del carácter del comandante del «USS Yorktown», pues el nuevo crucero chileno desplazaba 2.200 toneladas, tenía una coraza de 2,4 pulgadas, desarrollaba 18,5 nudos y su artillería era de 5,9 pulgadas; mientras la nave de Evans era de 1.700 toneladas y, a pesar de contar con artillería del mismo calibre, su alcance y velocidad de tiro eran menores, no tenía protección y solamente desarrollaba 13 nudos. (6)

Como se esperaban, además el crucero «Presidente Pinto», gemelo del anterior y el blindado «Capitán Prat», con fecha 16 de diciembre, el secretario de Estado, informado por la oficina de inteligencia naval, cablegrafiaba a Pitkin:

«Se espera que una fuerza de marinos chilenos sea mandada de Valparaíso a Punta Arenas para tripular los buques chilenos ahora en construcción en Europa. Determine e informe cualquier arribo o partida de tales marinos, si ha tenido lugar en Buenos Aires u otro puerto. Mantenga viva atención e informe cualquier movimiento en el futuro». (6)

Preparativos

Desde principios del mes de noviembre de 1891, esto es pocas semanas después de producido el incidente del «USS Baltimore», la marina de los Estados Unidos había comenzado a prepararse para una eventual actitud de fuerza contra Chile enviando una división naval al Pacífico Sur.

La prensa norteamericana inició una discusión acerca de la cantidad y calidad de los buques de que disponía cada país en el caso de una guerra, llamando la atención los preparativos que podían observarse en los muelles de las bases navales.

El periódico «The Globe» de Boston, en un artículo del 15 de enero de 1892, que curiosamente se titula *«Perú con nosotros. Nos gustaría ver a Chile vigorosamente apaleado»*[24], expresa que contra once buques norteamericanos, tenemos solamente seis y ninguno los iguala. Concluye afirmando que su flota nada tiene que temer a los torpedos chilenos. (7)

El día 4 de noviembre, el ministro plenipotenciario norteamericano en Buenos Aires recibió un cablegrama enviado por el propio Blaine en el cual se le solicitaba, confidencialmente, informar en clave la cantidad y calidad de carbón que podía reunirse durante el mes de noviembre para abastecer la flota. También le pedían informaciones sobre la nacionalidad, velocidad y capacidad de los vapores disponibles alrededor del día primero de diciembre que podrían fletarse como buques carboneros. Indagaciones que debían hacerse en el más estricto secreto.

Dos semanas después del incidente los arsenales norteamericanos comenzaron a trabajar a toda máquina para poner en actividad diversas unidades y se exigía la acelerada reparación de los cuatro viejos navíos, «USS Omaha», «USS Mohican», «USS Thetis» y «USS

[24] *«Peru with us. Would Like to See Chili Soundly Thrashed».*

Ranger» al astillero naval de Mare Island en California y la urgente preparación de torpedos, junto al rápido acopio de armas y proyectiles.

El monitor «USS Monterrey», que estaba en construcción y aún se hallaba incompleto y sin blindaje, recibió órdenes de hacerse a la mar cuanto antes y en el estado en que se encontraba. (14)

En esa oportunidad, el almirante John Irwing declaró a la prensa que contaban con buques suficientes para apabullar a Chile, sin necesidad de nuevos preparativos, que él no veía ningún problema para combatir a los chilenos con las fuerzas disponibles y que la llave estratégica era Valparaíso, cuya captura no estimaba dificultosa, pero que además debía tomarse el puerto de Iquique que constituía «la bolsa de Chile». (86)

A principios de diciembre, el secretario Tracy se dirigió a Hilary A. Herbert del departamento de marina, haciéndole ver que la guerra era inminente y solicitando su ayuda para destinar un buque taller que atendiera a la flota aunque la ley no hubiera autorizado el gasto.

Alfred T. Mahan fue llamado a Washington para reunirse con Tracy, quien fue consultado acerca de los preparativos para bloquear el puerto chileno de Iquique, en el norte, a fin de impedir los embarques de salitre, o bien el de Lota en el sur, para igual fin con respecto al carbón.

Mahan prefería la acción contra Iquique, pues podía hacerse más daño y se encontraba cientos de millas más cerca de California. Era preferible inutilizar Iquique para la guerra, pues Lota producía un carbón de muy baja calidad y los Estados Unidos tenían gran reserva de este combustible.

La ocupación de Iquique podría arrastrar al Perú al conflicto, pues trataría de recuperar los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico; mientras que operar en el sur podría complicar innecesariamente la situación, pues allí las operaciones militares eran más fáciles para los chilenos. (68)

El astillero naval de Brooklyn recibió la orden de reparar y modernizar todos los buques de guerra disponibles en el Atlántico para que estuvieran listos con un mínimo de aviso. (6)

La marina norteamericana comenzó a concentrar sus buques rápidamente, haciendo zarpar al crucero «USS Boston» desde Nueva York a Valparaíso, donde lo esperaba la cañonera «USS Yorktown» que había sido enviada desde Montevideo.

La armada de los Estados Unidos reunió así una escuadra de cinco buques que, a las órdenes del contralmirante George Brown, constituyeron el escuadrón del Pacífico Sur y estaba compuesto por los cruceros «USS Boston», «USS Baltimore», «USS Charlestown», «USS San Francisco» y la cañonera «USS Yorktown» los cuales, de acuerdo al *National Archives, Records and Administration*, Washington[25], tenían relación con «*operaciones en el evento de guerra con Chile*». Esta fuerza era tripulada por 1.339 hombres y tenía cuarenta y cuatro cañones en sus baterías principales y sesenta y seis en las secundarias.

En el escuadrón del Atlántico Sur, bajo las órdenes del contralmirante John G. Walker, quien izaba su insignia en el crucero «USS Chicago», se encontraban la vieja fragata «USS Essex» y la cañonera «USS Yantic» las cuales se quedaron de estación en Montevideo; pero pronto se les unieron el crucero «USS Atlanta» y la cañonera «USS Bennington». Reunían 1.081

[25] Página 38 General Records of the Navy Departament.

hombres, treinta y ocho cañones en las baterías principales y treinta y nueve en las secundarias.

En el Atlántico Norte quedaban, al mando de contralmirante Bancroft Gherardi, los cruceros «USS Philadelphia» y «USS Concord», con 524 hombres, dieciocho cañones en sus baterías principales y veintiséis en las secundarias.

La reserva quedaba constituida por los «USS Miantonomah», «USS Newark», «USS Vesuvious», «USS Kearsarge», «USS Mohican» e «USS Iroquois», con 1.040 tripulantes, cuarenta y tres cañones en sus baterías principales u cuarenta y cuatro en las secundarias.

Al día siguiente del arribo del escuadrón del Atlántico Sur a la capital del Uruguay, el contralmirante Walker recibió un mensaje del secretario de defensa Benjamín F. Tracy, similar al que le había dirigido al ministro plenipotenciario en Buenos Aires, solicitando informaciones sobre la posibilidad de fletar un buque carbonero para que le acompañara al Pacífico. De todas maneras debía estar preparado para movilizarse, lo más rápidamente posible, con el «USS Chicago», el «USS Atlanta» y el «USS Bennington» y unirse a la flota de este océano sin tocar el puerto de Valparaíso (6).

Montevideo debía servir de base de operación logística a la flota norteamericana, Tracy recordaría orgullosamente haber comprado *«todo el carbón disponible en la costa del Pacífico»*, cinco mil toneladas y haber convenido los fletes marítimos para transportarlo hasta Uruguay. Cuatro grandes buques cargueros, comprados dos en Londres y los otros en Nueva York, lo recibirían allí y acompañarían a la escuadra en su ataque. (3)

El plan

En el departamento de marina se constituyó un equipo estratégico informal que lo constituía Alfred Thayer Mahan, el secretario asistente, James R. Soley y oficiales navales del servicio de inteligencia de la armada.

El plan que trazó, por su parte, el contralmirante George Brown, comandante en jefe de la escuadrilla del Pacífico, contemplaba que en el caso de un conflicto los puertos de Arica, Pisagua, Iquique, Antofagasta, Caldera y Coquimbo debían ser ocupados por una fuerza compuesta de cuatro o cinco buques como forma de cortar el tráfico comercial y así privar a Chile de los ingresos aduaneros, debido a que ellos garantizaban el crédito chileno en Europa.

Iquique, por ser el más importante económicamente, debía ser bloqueado antes que los otros y así detener el tráfico salitrero.

Coquimbo estaba destinado a ser la base de operaciones, por cuanto sus alrededores presentaban campos fértiles y productivos para criar ganado vacuno y poder concentrar allí una gran fuerza, la que sería fácil de defender. (6)

Finalmente, Valparaíso debía ser bloqueado por una fuerza tan poderosa como se pudiera reunir, porque seguramente la marina chilena buscaría protección bajo sus cañones. Tener acorralados a nuestros buques les significaba una especial preocupación, pues temían un ataque chileno sorpresivo a California, que lo consideraban su flanco más débil.

La flota usaría el puerto de El Callao como base para sus operaciones y el resto de los puertos peruanos para su abastecimiento, lo cual les daba, por otra parte, más cercanía para la defensa de su costa occidental.

Los norteamericanos no consideraban una reacción chilena que les pudiera causar dificultades, pero no pensaba igual el ministro plenipotenciario peruano en Washington José M. Yrigoyen, quien señalaba al ministerio de relaciones exteriores de su país:

> *«Los expertos han estudiado, por todos sus lados, las dificultades que tendría su escuadra en una guerra con Chile.*
> *Los buques del Atlántico tendrían, probablemente, que forzar el paso en Magallanes, o doblar el Cabo, y todos careciendo, como carecen, de estaciones carboneras en el Pacífico y bajo la base de que las naciones que baña ese océano, fueran estrictamente neutrales, se verían obligados a recibir el carbón de San Francisco de California, lo cual no dejaría de ser dificultoso, sobre todo si Chile dedicara algunos de sus buques a capturar ese importante elemento para la escuadra americana.*
> *Otros, guiados por el sentido práctico que distingue a los americanos han dicho que la guerra no es un negocio para ellos, y que solo les produciría pérdidas de vidas y millones.*
> *No han faltado algunos que vean la mano poderosa de Inglaterra mezclada en este asunto y protegiendo a Chile».* (85)

El plan norteamericano consistía en mantener en Valparaíso a la cañonera «USS Yorktown» para producir la provocación y recibir los últimos refugiados connacionales, mientras se reunían, mar afuera, las escuadras del Pacífico y del Atlántico, las cuales actuarían en el caso que la crisis hubiera evolucionado negativamente.

Acerca de los preparativos que efectuaba la marina norteamericana, el mismo ministro peruano al que hemos hecho referencia informaba, en el mes de diciembre, a su gobierno:

> *«Es de notarse que, al mismo tiempo que como ya he indicado a VS todo parece inclinarse a creer que se aleja el conflicto que se temió; continúan con notable actividad los trabajos y preparativos en los arsenales y astilleros, trabájase en ellos hasta en algunas horas de la noche y días feriados, y esto, tanto en los buques de combate como en las torpederas y otros auxiliares. Deducen muchos de este alarmante movimiento, que este Gobierno hará, por lo menos, una demostración de fuerza en aguas chilenas, pues que para ellas parece que se ha dado orden de zarpar a algunos de sus buques. Sin embargo y sin que nada asegure, pudiera ser muy bien que estos preparativos tuvieran por objeto manifestarse fuertes para así, hacer más fácil y satisfactorio y pronto un arreglo con Chile, en que obtengan las explicaciones que los satisfagan, ya que no tengo razones más poderosas ni ciertas para comprender que se proponga un fin más rudo».* (90)

El ministro plenipotenciario peruano veía como las conversaciones diplomáticas llevadas a cabo parecían encaminar la situación a un acuerdo, pero sin embargo los preparativos bélicos continuaban aceleradamente. Era imposible entender para el representante del gobierno del Rimac, como también lo era para el chileno, que los Estados Unidos buscaran llegar a la guerra y que las conversaciones que se llevaban a cabo no tenían otro motivo que encontrar la coyuntura apropiada para pasar a mayores.

Ya en la segunda quincena de enero, el diplomático peruano parecía convencerse de las reales intenciones norteamericanas, cuando informaba a su cancillería:

«todo cuanto pudiera decirse es poco en cuanto a los aprestos bélicos que se hacen en esta nación; cualquiera al verlos, que no calculara que en este género de incidentes, pueden haber, tantas y tantas variaciones, hasta en los mismos momentos de romperse las hostilidades; creería firmemente que no está lejos el instante en que estalle la guerra». (91)

Robley D. Evans

La «USS Yorktown» era una cañonera de solo 1.700 toneladas de desplazamiento que se encontraba al mando del comandante Robley D. Evans, el cual era conocido por su apelativo de «Bob el Peleador»[26], hombre que sentía tal desprecio por los chilenos, que los había tratado de «raza de bribones».

Su llegada a Valparaíso la ha dejado registrada en sus memorias, diciendo haber encontrado al «USS Baltimore» *«en pie de guerra y listo para actuar»*, mientras *«todo el puerto estaba lleno con la Armada de Chile, en verdad un lote lamentable...»*, refiriéndose al estado en que habían quedado los buques después de las campañas de la guerra civil. (6)

Al parecer, el hecho de haber dejado un buque menor solitario en Valparaíso era mandarlo al sacrificio. No debe olvidarse que nueve años más tarde fue una situación idéntica la que encendió la mecha de la guerra hispano-norteamericana, en La Habana, con la voladura del acorazado «USS Maine», conflicto en el que participó el ya contralmirante Winfield Scott Schield, el mismo que hemos visto comandando el «USS Baltimore» durante los luctuosos acontecimientos que estamos relatando; en esa ocasión izaba su insignia en el «USS Brooklyn».

Si se analiza la personalidad del comandante de la cañonera «USS Yorktown», puede concluirse que no podría haberse encontrado alguien más apropiado para producir la chispa que desencadenaría el conflicto.

Era conocido por la violencia que había demostrado en toda su carrera. Durante la Guerra de la Secesión había sido herido en ambas piernas, a raíz de lo cual se encontraba postrado en un hospital, cuando se le acercó un médico de las fuerzas de la Unión quien le sugirió una amputación. Evans agarró su pistola y dijo que dispararía al primer indicio que viera acercarse un cirujano, hasta darle muerte.

Evans sobrevivió, aunque caminando con sus piernas rígidas por el resto de su vida. Su irritabilidad no decreció en los años siguientes.

En sus memorias «Cuarenta años de vida naval», en las cuales registra todos sus sentimientos y actuaciones, se clasifica asimismo como *«un paradigma de indulgencia ante la presencia de los latinos inferiores de Sudamérica».* (51)

Este era el hombre que llegó a reemplazar a Schley, como comandante del buque que quedaría en Valparaíso.

En muy corto tiempo su figura se tornó desagradable, lo cual no le causaba preocupación, aunque muy luego percibió que sus tripulantes, cuando bajaban a tierra a adquirir víveres, eran mal mirados y apedreados.

Con simulada cortesía notificó al comandante en jefe de la escuadra chilena que la actitud de la población era francamente inamistosa, detrás de lo cual estaba la disposición de

[26] «Fighting Bob».

las autoridades locales y que se vería en la necesidad de armar sus embarcaciones con órdenes de disparar ante cualquier insulto u ofensa que recibieran sus marineros.

Durante su estadía en Valparaíso, Evans veía en todas partes actitudes inamistosas para su patria de parte de los «*miserables con aspecto de villanos*» quienes «*murmuraban contra los malditos yanquis*». [51]

Si desde una embarcación captaba que le proferían amenazas, advertía inmediatamente que de repetirse el hecho, dispararía. En una oportunidad llegó a sostener el derecho que tenían los marineros yanquis para emborracharse en un puerto ajeno: «*Para eso, dijo, son los señores del Mar Pacífico*». [6]

De las anotaciones de su diario se ve la convicción de que el caso del «USS Baltimore» tenía solo dos salidas: o las excusas, retracciones y reparaciones chilenas o la guerra. Acota además:

> «*El Yorktown le daría una paliza a la marina chilena en dos horas y cuando llegara el crucero Boston podríamos bombardear la ciudad y dejarla en ruinas, sin recibir nosotros el menor daño*» [6].

Cuando llegó a su conocimiento que algunos políticos norteamericanos estarían sugiriendo que podría llegarse a alguna solución en el diferendo por los hechos del «USS Baltimore» por medio de una mediación o de un arbitraje de un tercer país, montó en cólera y escribió:

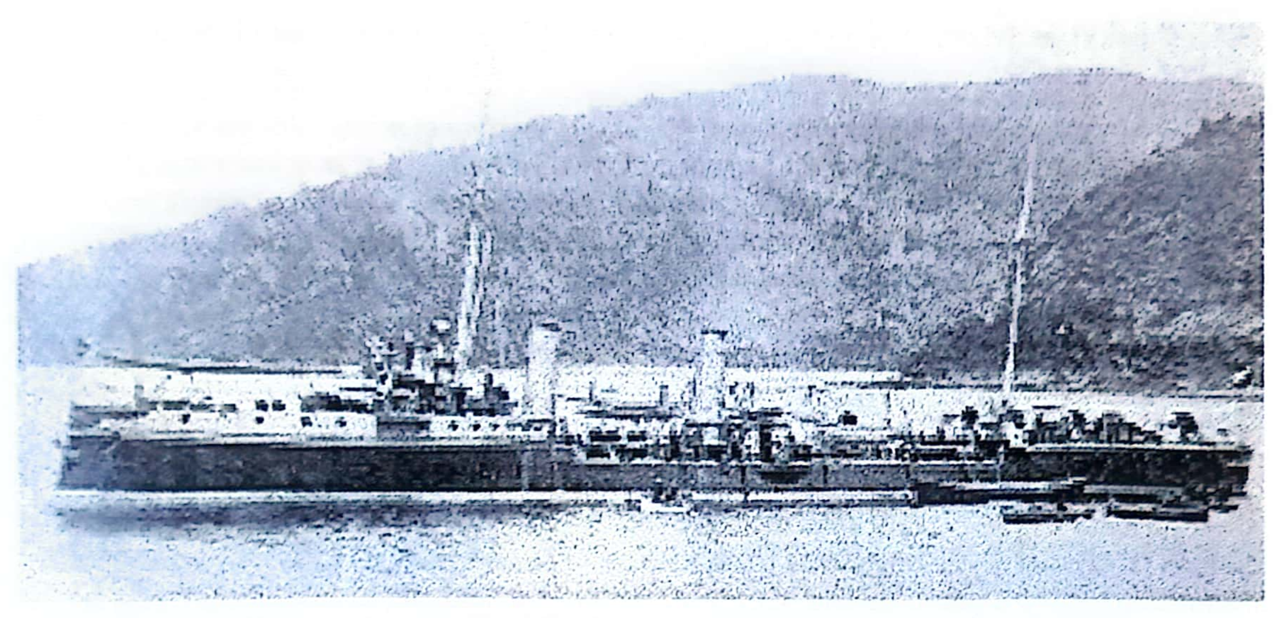
> «*Cuando los Estados Unidos consientan someter la cuestión del asesinato de sus marineros de uniforme a un arbitraje, Yo buscaré otro empleo, pues la marina no me necesita más*».

La noche de Año Nuevo de 1892, se encontraba la escuadra chilena en Valparaíso participando en las celebraciones con fuegos artificiales. La descripción que hace Evans, en su diario íntimo, reafirma la actitud provocativa que siempre demostró, relata:

> «*Como el blindado chileno "Cochrane" disparó el primer cañonazo de saludo, lo hizo con cohetes. Uno de ellos, un cohete de guerra, fue apuntado justo hacia el Yorktown. Nosotros estuvimos observando como los montajes de los numerosos reflectores de los buques de guerra chilenos y, al parecer, también los cohetes estaban apuntando, intencionalmente, hacia nosotros, pero había la posibilidad de la duda...Yo desplegué una gran bandera norteamericana y apunté hacia ella con mis reflectores, así a nadie le cabría duda donde me encontraba yo*». [55]

Este incidente fue seguido por otro más provocativo en el relato del controvertido comandante, el cual ha sido puesto en duda por la historiadora norteamericana Joyce Goldberg, quien se refiere a él manifestando que probablemente es apócrifo, el cual involucró a las torpederas.

Durante un ejercicio ordenado de ataque simulado de éstas dentro del puerto, al parecer, el «USS Yorktown» sería usado como blanco, por lo que los buques chilenos habrían pasado al lado de la cañonera norteamericana a un riesgoso rumbo de colisión. Evans protestó y la leyenda dice que él recibió una burlona respuesta que hacía presente que los buques chilenos podían cruzar las aguas que pertenecían al gobierno de este país. La inmediata réplica del norteamericano habría sido que el «USS Yorktown» era de propiedad del gobierno



CAZATORPEDO «ALMIRANTE LYNCH».

de los Estados Unidos y que si la pintura de su buque era rayada él haría saltar el fondo de los torpederos ofensores.

Para Evans la *«conducta de las autoridades era tan insensata, que ello podría llevarlos a la guerra»*, posibilidad que no veía lejana, pues después del incidente de Año Nuevo, escribió en sus memorias:

> *«Tomando todo esto en consideración, la tripulación del Yorktown dormirá con las armas cargadas en la noche, y cada noche hasta tener mejores noticias. Mientras las cosas se mantengan en el filo de la navaja, así lo haré; aún no puedo concebir que los chilenos sigan siendo tan estúpidos y continúen amenazando, parece un desatino increíble, y puede ser»*

La relación que hace Evans sobre los sucesos del «USS Baltimore» son un reconocimiento de las causas de los disturbios y a la vez una justificación del comportamiento de los marineros norteamericanos, dice al respecto:

> *«Él (refiriéndose al comandante Schley) dirigía su correspondencia al intendente (Arlegui), en el más perfecto castellano, para demostrar, o probar, que sus hombres estaban, todos, perfectamente sobrios, cuando fueron asaltados en tierra. Yo no estoy de acuerdo con ello, pues en primer lugar dudo que haya sido así, y en segundo término no es algo que valga la pena discutirlo. Estos hombres estaban seguramente ebrios en tierra, debidamente ebrios; ellos bajaron a tierra, muchos de ellos, con el propósito de obtener bebida y obtuvieron licor chileno pagado con buen dinero de los Estados Unidos. En esta condición ellos tenían más derecho a ser protegidos que cuando se encontraban sobrios... En vez de protegerlos, los chilenos asesinaron a esos hombres vergonzosamente y nosotros creíamos en la cooperación y ayuda de la policía armada. Esta es la conclusión, no una cuestión si estaban bebidos o sobrios».* [51]

Cuando se debatía es espinoso problema de los asilados en la legación norteamericana, «Bob el Peleador» se encargó de echar leña a la hoguera cuando declaró:

«Yo he dicho hoy que él (refiriéndose al general Velásquez, ministro de guerra de Balmaceda), cayó muerto, baleado, a bordo de ese buque (hacía referencia a la «Magallanes») anoche a medianoche y las autoridades no lo niegan, pero dicen que si él no fue asesinado, lo será y que sus amigos nunca sabrán como o cuando. Ahora esto es una sutil advertencia para los caballeros que se han refugiado en la legación en Santiago. Si ellos son abandonados, cada uno, indudablemente, será asesinado y las naciones de la tierra, con justicia, nos responsabilizarán. Aún cuando yo no crea en el derecho de asilo, no podría permitir que nuestra legación sea usada para ese propósito, a pesar que una vez que hemos recibido a esos hombres, debemos velar por ellos aunque ello nos conduzca a la guerra». (51)

El ministro plenipotenciario de España en Santiago recibió en su sede diplomática a algunos refugiados y personalmente los acompañó a embarcarse en el «USS Yorktown»; pero la situación estuvo a punto de complicarse cuando el comandante Evans informó, con fecha 16 de enero de 1892, al secretario de marina y éste dispuso que se diera a la publicidad, el hecho de que, según el ministro plenipotenciario Egan, se le había señalado que para el caso de ser transbordados de su nave los asilados

«a algún buque mercante que tocare en algún puerto chileno, podrían ser extraídos por orden de las autoridades locales.

Se había hecho los arreglos para que todos ellos se embarcaran hoy, pero este cambio de opinión del ministro de relaciones exteriores, me obliga a seguir teniéndolos a bordo. Donde me falta espacio. ¿Deberé desembarcarlos en el Callao o en Mollendo? De aquí no salen vapores directamente para territorio neutral.

Este acto inesperado del ministro de relaciones exteriores de Chile se debe, en parte, según se me dice, al hecho de haber saludado yo al ministro de España cuando vino a bordo a entregar a los asilados.

He rogado al ministro americano que manifieste al de relaciones exteriores, que solo debo cuenta de mis actos a mi gobierno y no al de Chile y que su censura la considero ofensiva e inaceptable. Su conducta me parece indigna del representante de un gobierno serio».

Las noticias enviadas por el irritable comandante contribuyeron a acrecentar las iras en Washington; alrededor de 21 de diciembre, Evans recibió un telegrama ordenándole reabastecerse al máximo de carbón, instrucciones que lo dejaron asombrado, por lo que comentó: *«En el departamento de marina me tratan como a un idiota. Por supuesto que estoy con las carboneras llenas, lo que necesitaré cuando llegue el momento de entrar en acción».*

Luego con fecha 5 de enero escribió en su diario *«No veo como la guerra podría evitarse ahora».* (51)

Sin embargo, con fecha 20 de enero, la cañonera recibió órdenes de zarpar a El Callao para reunirse con el resto de la escuadra, llevando abordo a los balmacedistas refugiados en la legación norteamericana de Santiago.

Robley D. Evans volvería a Chile, como contralmirante, en 1908.

El informe del contralmirante Brown

El 31 de diciembre de 1891, el contralmirante Brown envió a Tracy un largo memorándum en el que le informaba que, después de realizar un crucero por la costa chilena, había identificado, desde el norte del país hasta la zona central, los puertos de Arica, Antofagasta, Caldera y Coquimbo y sugería que, en el caso de una guerra, debían ser bloqueados por cuatro o cinco buques modernos capaces de paralizar el tráfico marítimo al comercio exterior, de manera de impedir los ingresos que producían los derechos de aduana y en esta forma dañar el crédito que tenía Chile en el extranjero.

Brown se percató que Arica estaba defendido solamente por algunos viejos cañones y Pisagua por dos ametralladoras de pequeño calibre, pudiendo silenciarse ambos puertos con dos buques que paralizarían los embarques de salitre. El ferrocarril salitrero era de fácil destrucción, lo que podía complementarse con reducidos desembarcos.

A Iquique, que constituía el lugar más importante de recaudación de derechos de exportación, lo defendían únicamente *«algunos rifles de pequeño calibre de rango inferior»*, por lo que su bloqueo paralizaría los embarques y la bahía quedaría desocupada de buques mercantes. El ferrocarril, que transportaba el nitrato, sería destruido por fuerzas de desembarco y los cañones de tres o cuatro buques silenciarían cualquiera defensa.

Antofagasta sería tomada sin disparar un tiro, Caldera estaba «prácticamente indefensa» y los «marines» podrían poner pie en cualquier lugar.

Coquimbo constituía el lugar más apropiado para construir una base norteamericana, lo cual no constituiría gran problema pues *«el puerto está defendido por un gran cañón obsoleto, el cual puede ser silenciado en diez minutos»*. Las ventajas de éste eran su excelente bahía y la facilidad para criar ganado en sus fértiles y extensas mesetas que se extendían entre el mar y la cordillera. Aquí, anotaba el informe, *«puede descansar un gran contingente y reponerse sin riesgo de sufrir un ataque»*.

Valparaíso debía ser bloqueado por la mayor fuerza naval de que pudiera disponerse.

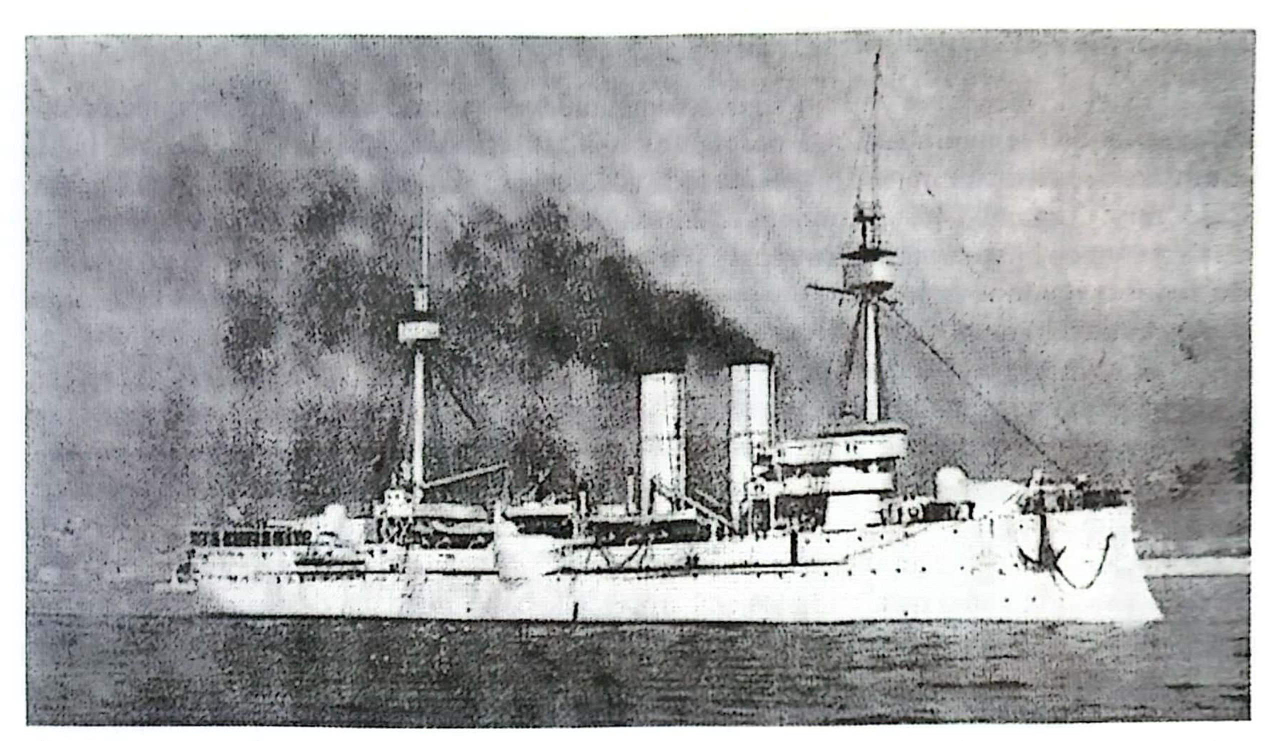
Hacía presente Brown no haber tenido informaciones específicas sobre los puertos de Talcahuano, Lota y Coronel, pero sabía que los chilenos tenían cañones Krupp de largo alcance y alrededor de veinticinco mil rifles Mannlicher con una abundante cantidad de municiones, repartidos en todo el país[27].

Acerca de la flota, hacía presente que la mayoría de los buques necesitaban reparaciones debido al duro servicio cumplido durante la guerra civil. Un ejemplo de ello era el crucero «Esmeralda», que constituía la unidad más poderosa, pero que probablemente sería enviada a Francia para su acondicionamiento. En igual forma, los cazatorpederos «Lynch» y «Condell» requerían de trabajos extensos. (70)

La situación empeora

A medida que empeoraba la situación y la diplomacia era sobrepasada y se veía impedida de encontrar alguna solución, el gobierno de los Estados Unidos se preocupó de conocer que estaba haciendo nuestro país en materia de adquisiciones militares.

[27] Curiosamente el contraalmirante Brown no se preocupó de Talcahuano en sus observaciones e informes de guerra, en circunstancias de que en esa época ya se había convertido en el más importante centro de reparaciones navales y abastecimiento de toda la costa del Pacífico Sur. (6)



Blindado chileno «Capitán Prat», lejos el buque más poderoso de la flota y cuya próxima llegada a nuestras costas hizo que la USS Navy presionara al presidente Harrison a tomar una decisión, con la esperanza de obtener de Francia su retención en el astillero constructor.

Un prominente grupo de oficiales del ejército fueron llamados a Washington, junto con exigirse a las industrias de armamento que informaran acerca de las adquisiciones chilenas y de los proyectos cotizados.

En el mes de enero los preparativos se intensificaron, se embarcó pólvora y proyectiles en los buques de la flota y se apresuró la preparación de torpedos y la instrucción del personal artillero.

El brigadier general John H. Mullen, comandante general adjunto en el estado de Minnesota, aseguró al secretario del departamento de guerra en Washington, Elkins, que en el caso de un conflicto con Chile, le aseguraba el envío de mil cuatrocientos hombres, preparados para la guerra, en el plazo de una semana.

El coronel John D. Murphy, comandante de la liga de combatientes norteamericanos de origen irlandés, reportó al presidente Harrison encontrarse listas sus fuerzas para servir contra Chile apenas la guerra se declarara.

Mientras el Congreso norteamericano deliberaba acerca de los informes que le había hecho llegar el presidente Harrison y que conoceremos más adelante, con fecha 7 de enero de 1892 supo, por su agregado militar en Austria, que la fábrica Hirtenbeg había recibido órdenes de compra del gobierno chileno por tres millones de cartuchos y cuarenta mil cargadores para rifles Mannlicher.

Desde Valparaíso recibieron informaciones que habían descargado cañones Krupp de gran potencia, habiéndose contratado a Prusia los servicios para su montaje. (67)

En el mes de enero de 1892 la marina norteamericana comenzó a presionar a su gobierno para que llegara a un acuerdo diplomático o actuar de inmediato, pues quería

hacerlo antes que el blindado «Capitán Prat», que se encontraba en construcción en Europa, fuera entregado. En esta forma, al darse a Chile la condición de país beligerante, la nave quedaría incautada en el astillero constructor.

Al respecto Alfred T. Mahan escribió al contralmirante Stephen B. Luce haciéndole presente que debía rastrear la situación, pues:

> *«la cuestión es que un formidable buque, como el Prat, no tenga tiempo de escapar. El resultado es fundamental, entiendo que puede haber algo de dudas, pero ante todo debemos tener los ojos bien abiertos».* (69)

En Valparaíso, el comandante Evans observaba cuidadosamente los preparativos que hacían los buques chilenos, calificando las labores de su personal que *«trabajan como castores»* e informando, a mediados de diciembre de 1891, que *«en dos semanas más la flota completa estará lista para servicio».*

Cuando descubrió que oficiales chilenos se habían percatado que no perdía detalle alguno de las características de nuestras naves, con su no desmentida petulancia, registró en su diario:

> *«ninguno de ellos sabe cuanto he descubierto, y nunca lo sabrán, salvo que tengamos guerra; entonces verán mis granadas buscando sus puntos vitales».* (6)

A fines de diciembre el comandante del «USS Yorktown» había informado a sus superiores su convencimiento de que el grueso de la flota chilena zarparía a Iquique para defender el comercio salitrero y el resto de los buques, con la ayuda de los fuertes, defenderían el puerto de Valparaíso. Bajo esta creencia, el 17 de enero de 1892, escuchó rumores de que la escuadra zarparía para operaciones, por lo que cablegrafió al secretario de Estado Blaine:

> *«Flota chilena en indudable pie de guerra. Presidente Montt ha estado en Valparaíso durante la semana pasada en constantes consultas con los oficiales navales chilenos. Está públicamente anunciado que un escuadrón compuesto por Cochrane, Esmeralda, Lynch y un bote torpedero zarparán al sur alrededor del 21 de enero a entrenar a la vecindad de Talcahuano, Chile. Es claro para mí que están esperando ansiosos a Walker* (el contralmirante John G. Walker, comandante en jefe del escuadrón del Atlántico Sur) *y podrían intentar detenerlo en ruta...Ellos también están observando los buques de EE.UU. en San Diego, Cal., La flota chilena entrenando constantemente y mostrando gran actividad con botes torpederos».* (6)

Seis días más tarde, el presidente Harrison recibió una información de su agregado naval en Londres, indicando que nuestro país había comprado al astillero Armstrong de New Casttle un crucero cuya terminación se efectuaba a toda velocidad lo cual, al día subsiguiente, le confirmaba el ministro plenipotenciario desde Santiago, de acuerdo a las informaciones aparecidas el «Times» de la capital británica.

Capítulo VI
Situación internacional

Primera Parte: Las Relaciones con Argentina

Estanislao S. Zeballos

Gobernaba la nación transandina el presidente Carlos Pellegrini quien, con fecha 10 de agosto de 1891, había nombrado ministro de relaciones exteriores al señor Estanislao S. Zeballos a raíz de la delicada situación internacional que estaba viviendo el país como causa del rechazo que había hecho Brasil de la propuesta argentina para solucionar el diferendo limítrofe en el territorio de Misiones, posición que creían, pondría fin a la situación.

Zeballos ya había ocupado el mismo cargo en una administración anterior y para su nombramiento, seguramente, influyeron su intensa vida pública y un conocimiento, no frecuente, de la geografía de su país.

Antes de cumplir los 25 años había fundado el Instituto Geográfico Argentino, desde donde impulsó, dio apoyo y organizó las exploraciones a la Patagonia, alentando a los marinos para que incursionaran en los mares australes [7]. Tan solo este hecho nos lleva suponer que ya entonces no puede haber sido muy amistosa su posición con respecto a Chile, pues era la época en que se trabajaba por la demarcación limítrofe de acuerdo al Tratado de 1881.

Los años posteriores nos mostrarían, en toda su dimensión, la política de Zeballos con respecto a los límites australes, especialmente en 1892, cuando desde su posición en el gabinete dirigió los fuegos contra el tratado de límites al que hemos hecho referencia, sustentando que a nuestro país se le habían cedido territorios que no le correspondían y que su aceptación podía conducir a ambas naciones a las hostilidades.

Hombre de mucha impulsividad y temperamento fuerte, provocó fuertes reacciones, en su contra en Chile. [7]

En 1885 el publicista, político y geógrafo peruano, asilado en Argentina, Mariano Felipe Paz Soldán, publicó el *Diccionario Geográfico Estadístico Nacional Argentino*, el cual mostraba como territorios transandinos, todos aquellos existentes al este de meridiano 68° 34' oeste, lo cual incluía las islas Navarino, Hoste, Picton, Lennox, Nueva, las Wollaston, el Cabo de Hornos, etc., lo que contravenía las disposiciones del Tratado de 1881.

Dos años más tarde, dándose cuenta Paz Soldán del grave error cometido, lo corrigió totalmente en su nuevo atlas, mostrando como chilenas todas las posesiones nombrados; pero el instituto fundado por Zeballos, a pesar de haber publicado uno que se atenía exactamente a la disposiciones del Tratado, en 1894 lanzó una segunda edición, dando otro trazado al canal Beagle, haciéndolo torcer al sur, lo que constituyó una fuente de discordias y problemas que se arrastraron hasta 1984.

En 1915, el entonces ex canciller Zeballos fue quien propició la teoría, basada en la segunda edición de la publicación del Instituto Geográfico Argentino, que el canal Beagle desembocaba en un delta, por lo que las islas que pretendían, no se encontraban al sur de dicha vía de navegación.

Posteriormente es otra vez Estanislao Zeballos quien se hace eco del estribillo que se viniera repitiendo por años «Chile en el Pacífico y Argentina en el Atlántico», por lo que Picton, Nueva, Lennox, la costa oriental de Navarino y los archipiélagos de las Wollaston, las Hermitas, la isla Hornos y los islotes Evout y Barnevelt, además de otros, serían argentinos. (93)

La posición de Zeballos, con respecto a nuestro país podría haber sido aplaudida por Maquiavelo, pues simultáneamente con hacer llegar a nuestra cancillería elogiosos conceptos de solidaridad sudamericana y simpatías por el atropello que estábamos sufriendo por los incidentes del «USS Baltimore», enviaba al secretario de Estado norteamericano sus ofrecimientos para ayudarlos a invadirnos y obtener, de paso, su recompensa territorial.

«Zeballos odió a nuestro país desde la cátedra, desde la prensa, desde el libro, desde la función pública»[28]. (2)

La puna de Atacama

La relaciones de nuestro país con Argentina no eran las más cordiales en el momento de producirse el incidente del «USS Baltimore».

Se discutía entonces el espinoso problema de la puna de Atacama, el cual era una derivación de la Guerra del Pacífico.

La puna de Atacama es el territorio que se extiende entre las cadenas montañosas Andes Oriental y Andes Occidental, al este del actual límite oriental de la provincia de Antofagasta y que tiene la nada despreciable extensión de 80.000 kilómetros cuadrados.

La Guerra del Pacífico había terminado con el tratado de Ancón que ponía fin al estado de beligerancia con el Perú, pero con Bolivia se había firmado solamente una tregua. Ésta establecía que quedarían bajo administración chilena los territorios bolivianos comprendidos entre el paralelo 23° y la desembocadura del río Loa y desde el mar hasta el límite con la República Argentina.

Por causas que no es del caso analizar, la ocupación chilena del ex territorio boliviano se efectuó solamente en el sector del litoral, sin darle importancia o ejercer presencia alguna en el sector ubicado entre ambas cadenas montañosas.

Argentina buscaba una salida al océano Pacífico por el norte, por lo que las cancillerías de Bolivia y Argentina resolvieron entenderse secretamente y canjear ochenta mil kilómetros de la puna de Atacama por Tarija, región por la que las dos naciones arrastraban un viejo litigio.

[28] Palabras del diplomático, escritor y profesor Mario Barros.

El país altiplánico, no solamente encontró una excelente forma de obtener esta última zona, que ambicionaba, sino que pagaba por ella otra que la sabía perdida. También se había formado una fuerte corriente antichilena que buscaba la alianza con Argentina. El canje se efectuó y cuando Chile cayó en la cuenta, Argentina manifestó que esa región les pertenecía.

Al estallar la Guerra Civil, el gobierno de Balmaceda se encontraba en negociaciones con nuestros vecinos orientales para dar una solución al diferendo, pero todo quedó a fojas cero el 7 de enero de 1891, al alzarse el Congreso contra el Presidente[29]. (82)

La frontera austral

No solo teníamos disputas fronterizas con Argentina en el norte, de acuerdo al Tratado de 1881, ambos gobiernos debían nombrar peritos para fijar los hitos fronterizos en la Patagonia.

Si la comisión de límites hubiese trabajado rápido, nos habríamos ahorrado un siglo de dificultades, pero dos factores complotaron para que ello se llevara a cabo; por un lado el convencimiento que la riqueza salitrera sería eterna y no había apuro, pues cada vez Chile sería más poderoso y por otro la manía de Diego Barros Arana y otros notables de abandonar sus funciones para preocuparse de la política interna.

En la primera reunión, cuando aún gobernaba Balmaceda, el 20 de abril de 1890, nuestros vecinos propusieron dedicarse a la demarcación desde el paso San Francisco al sur,esto es dejando fuera a Antofagasta, a fin de permitirles arreglar su diferendo con Bolivia, los chilenos aceptaron encantados; pero años más tarde, cuando el país altiplánico cedió la puna de Atacama, pudieron darse cuenta como su ingenuidad nos había hecho perder ese territorio.

La comisión de límites debió cesar sus funciones a causa de la guerra civil, cuando se había alcanzado a demarcar las fronteras de Tierra del Fuego, pero no había acuerdo en las islas del sur. (11)

Concluido el conflicto entre Balmaceda y el Congreso, el 13 de enero de 1892, Barros Arana, que era el perito de la comisión de límites por parte de Chile, reasumió sus funciones, pero los criterios utilizados fueron desconocidos por nuestros vecinos, interpretando que la frontera no debía correr por la línea divisoria de las aguas que desembocaban a los océanos Atlántico o Pacífico, sino que a las más altas cumbres.

Esta diferencia de juicios adquirió, por momentos, rasgos que anunciaban un enfrentamiento bélico, llegándose a la mayor tensión entre ambos países. (7)

Relaciones argentino - norteamericanas

Como causa del nombramiento de los Estados Unidos para presidir el tribunal que debía dirimir las controversias entre Argentina y Brasil por el territorio de Misiones, el presidente de la nación transandina, Carlos Pellegrini, buscó en los primeros años de la década de los noventa, un acercamiento con las autoridades de Washington, bajo el impulso vigoroso de su ministro Zeballos.

[29] En 1896, nuestro país terminaría cediendo a Argentina ese territorio, por el cual Barros Arana había sostenido que pelear por él era un dispendio de energías .

El Canciller, desde su anterior paso por el cargo, durante el gobierno del presidente Miguel Juárez Celman, había propiciado una política de aproximación entre Argentina y los Estados Unidos[30]. (7)

El 31 de octubre de 1889 presentó sus cartas credenciales, en Buenos Aires, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, John R. G. Pitkin, quien se dedicó, con energía, a fortalecer las relaciones económicas, de manera que la influencia de que gozaba Gran Bretaña en ese campo, pudiera ser substituida.

El hecho de que el presidente de los Estados Unidos hubiera sido nominado árbitro para la disputa que Argentina mantenía con Brasil por el territorio de Misiones, era otro motivo que impulsaba a su cancillería a estrechar los lazos de amistad.

El gobierno argentino se encontraba inquieto de que sus acreedores europeos ejercieran presiones para el pago de sus deudas, por lo que vio en los Estados Unidos su seguro para detener cualquier maniobra al respecto. En este sentido, las informaciones británicas hablan de la existencia de un acuerdo que impediría cualquier intervención extranjera con motivo de la deuda externa.

El presidente Pellegrini ofreció privadamente a Pitkin la instalación de un banco norteamericano en Argentina, para lo cual se concretaría un empréstito de cien millones de dólares plata, lo cual no llegó a materializarse debido a que la legislación local que exigía que debía hacerse bajo las condiciones existentes en ese país y no en los Estados Unidos.

Es recurrente en los personeros norteamericanos de la época su objetivo de «destruir la influencia británica en el Pacífico», y bajo este concepto se informó de un telegrama secreto y confidencial sobre la existencia de una propuesta de acuerdo político, entre los Estados Unidos y Argentina, bajo cuyos términos, el primero debía apoyar al segundo en el caso de una disputa con Chile o con Brasil.

Si bien lo anterior fue negado por el ministro norteamericano, haciéndole ver a su colega británico que lo único propuesto era para actuar de árbitro en el caso de disputas, el informante inglés aseveró la existencia de la propuesta, la que había sido efectuada por el Almirante de la flota norteamericana que visitaba Buenos Aires entonces. (84)

El «Times» de Londres hacía referencia, en esos días, a los intentos norteamericanos por obtener una base naval en el Río de La Plata.

El apoyo dado por Argentina al gobierno de Balmaceda, la distanció aún más de los vencedores de la Guerra Civil y la situación producida con el incidente de la tripulación del «USS Baltimore» hizo que el gobierno de los Estados Unidos intentara una fuerte aproximación con nuestros vecinos orientales. (7)

Los Estados Unidos usan a Argentina para una guerra con Chile

El secretario de Estado Blaine, que tenía conocimiento de los problemas limítrofes que se vivían entre Chile y Argentina, al ver como el gobierno de Buenos Aires se encontraba en

[30] Muy posteriormente, en 1914, con motivo de un debate secreto en la Cámara de Diputados expresó: «Todo aconseja a la República Argentina, desde el sentido común hasta su debilidad respecto de aquel país, desde los intereses económicos hasta su prestigio político, mantener la mayor cordialidad con la República de los Estados Unidos.
Pero es un problema muy difícil...deslindar hasta donde llega la amistad y donde comienza la sumisión que perjudica la altivez del Estado...» (7)

un fuerte enfrentamiento con el de Santiago, el cual se había acrecentado por la posición transandina de apoyo al gobierno derrocado, consideró que por ello constituía su aliado natural contra nuestro país.

Los Estados Unidos sabían que la aventura en que estaban empeñados de llevar a cabo tenía su talón de Aquiles en el aspecto logístico y para ello Argentina no era un socio despreciable.

Por otro lado, el sagaz Blaine, que había tenido conocimiento de la idiosincrasia latinoamericana cuando había desempeñado el mismo cargo durante la Guerra del Pacífico y donde había observado actitudes totalmente antichilenas, tenía muy claro que una guerra entre su país y Chile le acarrearía, con toda seguridad, la animosidad del resto de Sudamérica, pero si contaba con una aliado entre ellos, podría cubrir las presiones que recibiera. (7)

Por su parte el ministro Pitkin, informó a Blaine que el canciller Zeballos le había presentado un mapa indicándole como la provincia argentina de Salta podía abastecer de ganado en pie a las fuerzas americanas que se encontraran al interior de Antofagasta y podía comprometerse a abastecer de carbón a la flota de los Estados Unidos.

Argentina trata de aprovechar la coyuntura

Cuando la crisis del «USS Baltimore» había llegado a un punto álgido, el ministro de relaciones exteriores argentino vio una oportunidad que no podía dejar pasar.

Argentina aparentaba tomar una posición de apoyo a nuestro país y el 28 de octubre de 1891, el ministro plenipotenciario de Chile en Buenos Aires, Adolfo Guerrero, recibió un telegrama que decía:

> *«A nombre de S.E. el Presidente de la Nación y por encargo especial de él, hago llegar a V.E. los sentimientos por la situación violenta en que se han colocado las dificultades entre Chile y los Estados Unidos y de que se arribará a un arreglo amistoso y satisfactorio.»*

Y agregaba:

> *«que ha acompañado con sus simpatías a Chile en este conflicto, viendo comprometida en él, no sólo la causa de Chile, sino de todas las repúblicas sudamericanas».*

Simultáneamente, dos días más tarde, el canciller Zeballos mandó una nota personal al ministro Guerrero, expresándole su solidaridad con Chile. Era un gesto amistoso que nadie esperaba y que el diplomático chileno agradeció vivamente. (11)

Quince días después sería muy diferente la apreciación de la situación, cuando con fecha 15 de diciembre de 1891, el encargado de negocios de Chile en Washington, Aníbal Cruzat, comunicó al gobierno, en carta privada, que el ministro plenipotenciario argentino en la capital norteamericana, Vicente G. Quezada, había recibido instrucciones de Buenos Aires para entrevistarse con Blaine, donde le había ofrecido oficialmente

> *«la ayuda de su gobierno en contra de Chile, facilitando el tránsito de los ejércitos americanos por el territorio argentino y prometiendo abastecer de carbón su escuadra».* (11)

De acuerdo a la versión de Cruzat, Blaine consultó al ministro transandino si tenía instrucciones especiales de su gobierno para hacer ese ofrecimiento, por lo que el interpelado el mostró un telegrama cifrado que lo autorizaba.

Poco tiempo más tarde, la prensa europea y americana hacían ver la existencia de un tratado de alianza entre los Estados Unidos y la Argentina, lo cual llevó al gobierno británico a interpelar a la cancillería transandina acerca de la efectividad de los rumores publicados. Antes de dar una respuesta, el gobierno de Buenos Aires exigió al ministro Quezada la devolución del telegrama cifrado, al que hemos hecho referencia, y cuando lo tuvo en su poder, negó terminantemente que los rumores fueran efectivos.

Blaine, al recibir la oferta del ministro Quezada le consultó acerca del precio de la ayuda, respondiéndole el diplomático que su gobierno no exigiría nada. Posteriormente, en una nueva entrevista, el secretario de Estado insistió en conocer cuales serían las exigencias de la República Argentina, y para invitarlo a hablar, le hizo presente que los gobiernos no se prestaban a violar la neutralidad, más aún, a hacer causa común con un beligerante, sino mediante algunas concesiones, llegando hasta preguntarle si las concesiones a las que aspiraba su país tendrían por objeto alcanzar un arreglo ventajoso en el litigio que mantenían con Brasil por el territorio de Misiones donde los Estados Unidos presidían el tribunal encargado de dirimir las controversias, por lo que Quezada, sintiéndose obligado a hablar respondió: «*Pedíremos la parte austral de Chile*»[31]. (10)

El ministro brasileño ante la Casa Blanca, señor Salvador de Mendoça, informó a su cancillería lo que estaba sucediendo entre Argentina y Estados Unidos, y ésta, en forma inmediata, se encargó que se filtrara la información para que la conociera el gobierno de Chile.

El representante carioca en Washington aseguraba además que Blaine le había hecho presente que contaba con la ayuda de Argentina y de Perú para introducir sus tropas y alimentarlas en Chile, a cambio de lo cual, esta última nación recuperaría Tacna y Arica y Argentina obtendría «*la posesión de toda la Patagonia*». Nuevamente Brasil se encargó que la noticia se filtrara a nuestro país. (2)

A pesar que los historiadores argentinos, sistemáticamente han negado su veracidad, el hecho es que fue conocida en nuestro país, por dos conductos diversos y desde lugares distintos y no relacionados, sin que existiera diferencia alguna entre ambas versiones. (2)

Afortunadamente Brasil actuaba por presencia, como un factor de seguridad para Chile, ante la actitud del canciller argentino, la que fue calificada como «*una infamia cien veces mayor que el tratado secreto del Perú con Bolivia*». (96)

Informe del ministro plenipotenciario John R.G. Pitkin

El 25 de enero de 1892 el ministro plenipotenciario en Buenos Aires, John R. G. Pitkin, envió una extensa comunicación al secretario de Estado Blaine, en la cual le informaba acerca de una reunión que había sostenido con el canciller argentino. En esta comunicación Zeballos dejaba ver, descarnadamente, sus afanes hegemónicos y sus intensiones de aprovechar la situación coyuntural que se le presentaba.

---

[31] El texto de estos documentos se encuentran en los archivos confidenciales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, año 1893, legajos correspondientes a las Legaciones de Chile en Estados Unidos y en Argentina (11).

Se trata, tal vez, del más importante documento relacionado con la ayuda que Argentina estaba dispuesta a prestar a los Estados Unidos en su lucha contra Chile y la más abierta intervención de que quedó constancia por escrito. Dice:

> *«el ministro de relaciones exteriores me expresó la seguridad más enfática de que el gobierno sentía un vivo interés por la cuestión chilena con nuestro país y declaró que, aunque estaba persuadido de que los Estados Unidos eran ampliamente capaces de mantener su posición a través de cualquiera prueba de pudiera sobrevivir, la República Argentina estaba lista para prestarle todo el apoyo moral y a declararlo en nota oficial si se le invitaba a hacerlo.*
>
> *Observó que Europa considera la disputa con Chile como una base útil para despertar las simpatías de las repúblicas americanas generalmente contrarias a los Estados Unidos, potencia junto a la cual, sin embargo, su gobierno está dispuesto a mantenerse y anunciar su opinión en términos inequívocos; que no sentía temores por el futuro de esta república como la potencia rectora sudamericana, pero deseaba que ello fuera en íntimo acuerdo con los Estados Unidos sobre todos los grandes problemas que se presentarán en el futuro en la mitad austral del continente; que Brasil es como un bloque de granito que mirado de cerca está cruzado de grietas, debe desintegrarse pronto y es un país cuyos puertos azotados por la fiebre y cuyas condiciones internas rechazarán una nueva y provechosa inmigración como la que permanentemente busca esta república.*
>
> *Predijo una época en que Argentina estaría obligada a montar guardia sobre países que tocan su frontera y se refirió especialmente a Paraguay y a Bolivia, que Brasil y Chile podían tratar de asimilar; pero sentía escasas aprensiones por el Uruguay, que ya no es un ratón frente al gato brasileño, sino que se ha convertido en un gato seguro de sí mismo que ya no teme al Brasil.*
>
> *Argentina, dijo, será indiscutiblemente los Estados Unidos del Sur, y sus condiciones para el combate son bien comprendidas por Inglaterra, España y Brasil, que las han experimentado agudamente.*
>
> *Reveló sus sentimientos acerca de los países europeos que mantienen relaciones con Argentina, al declarar que ésta era parte de América y no de Europa y durante demasiado tiempo ha sido manipulada como una Subeuropa y que él ya había prevenido al ministro de Francia aquí, M. Rouvier, que si Francia, Alemania e Inglaterra se coligaban para la intervención que habían amenazado aquí —a la que se refiere la nota Nº 177 de la legación—, se emplearían todas las vidas argentinas y las municiones que se precisaren para resistirla; sin embargo, él temía gravemente tal intervención, pues los países que la intentaran comprobarían muy pronto que, de inmediato, se verían afectados los intereses de sus numerosas colonias en ésta.*
>
> *Respondiendo a la expresión que me hiciera sobre su deseo de que pudiéramos utilizar permanentemente en nuestro contacto personal y oficial una franqueza*

que no siempre caracteriza las notas diplomáticas formales, le expresé mis agradecimientos por sus sentimientos respecto de mi país y le pregunté si estaba impuesto de los recientes embarques de material bélico hechos desde este país y en varios vapores del Plata a Montevideo, donde se transbordó al vapor inglés, con destino a Punta Arenas; y agregué que como un agregado a esta legación había visto el manifiesto en la aduana de Montevideo, estimaba del caso llevarlo a su atención.

El Dr. Zeballos me contestó que se alegraba de que yo lo hubiera hecho, ya que el material bélico había sido comprado por Balmaceda y traído a Rosario —200 millas de Buenos Aires— para transportarse desde allí a Chile; pero con la caída de ese Presidente, el gobierno de Chile se había hecho cargo de los bienes chilenos para llevarlos a su país y ellos consistían simplemente en rifles encajonados y repuestos metálicos para torpedos, pero no torpedos.

En prueba de su deseo de demostrar simpatía hacia nosotros en la querella con Chile, me proporcionó, reservadamente, los siguientes datos recibidos por él, confidencialmente; toda la artillería chilena consiste en 150 cañones, a saber:

80 Krupp de calibre 7,5;
48 Krupp de calibre 7,5 de tiro rápido;
6 Armstrong
16 Bange, Gatling y Hotchkiss;

y todas las armas de la infantería y caballería de Chile consisten en:

Rifles Mauser, calibre 11	*16.000*
Rifles Grass, calibre 11	*6.000*
Rifles Remington	*5.000*
Rifles Comblain	*10.000*
Rifles Mannlicher, calibre 8	*49.000*
Rifles Winchester	*2.000*

Me expresó, además, que inmediatamente después que comenzó nuestra disputa con Chile, éste pidió por cable una gran cantidad de armas ligeras a una importante fábrica alemana, la que respondió prontamente que tenía un gran contrato para proveer de armas a esta república y no podía atender la petición chilena. El ministro agregó, sonriendo, que conforme con las estipulaciones de Argentina con ese fabricante, quedaba excluido de abastecerse allí cualquier otro país sudamericano.

También manifestó que un mayor prusiano, que él había conocido, llegó aquí desde Europa el 20 del último mes, en respuesta a una convocatoria telegráfica desde Chile; y que cuatro días después salió para Valparaíso, a fin de montar los cañones chilenos de 24 centímetros en las bahías de Talcahuano, Iquique y Valparaíso.

Además, me pasó un gran folleto confidencial Krupp de 1891, donde aparecen ilustrados y con notas, diferentes cañones comprados por Chile, sugiriéndome que antes de devolverle el libro podría mostrarlo con provecho al contralmirante Walker, que se encuentra en estas aguas.

Así me propongo hacerlo.

El ministro, entonces, sacó un mapa de Argentina y Chile e indicó allí la provincia argentina de Salta como una riquísima zona ganadera, desde donde, en caso de guerra entre nuestro país y Chile, podía mandarse ganado en pie en seis días, sin dificultades, por senderos que están sembrados con alfalfa a frecuentes intervalos, hasta Calama, punto del ferrocarril boliviano distante cuatro horas de Antofagasta, en la costa chilena del Pacífico.

Dijo que la provincia de Tucumán al sur de Salta era rica en azúcar y otros abastecimientos para los cuales era corriente el servicio de mulas hasta Calama, el que se demostraría expeditivo; que Antofagasta sería absolutamente esencial como nuestro "rendez-vous" naval, porque tenía la única agua dulce de la costa norte de Chile, que arrancaba del lado cordillerano Aguas Blancas, a unas veinticinco millas al este; que gran parte de Chile al norte y al sur de Antofagasta era muy árida y no podían cruzarla las tropas desde el sur con miras a interrumpir nuestros suministros desde el este; que la ocupación de Antofagasta aislaría la flota chilena de la región superior de las salitreras; que hay comunicación telegráfica regular y expedita desde Buenos Aires por la capital de Salta de ese nombre a Tupiza en la frontera boliviana y desde allí, a través de Calama, por el ferrocarril, a Antofagasta y que Buenos Aires podría resultar muy útil para nosotros para recibir productos frescos y mandarlos por ferrocarril al interior, para su transporte en mulas a Chile.

Manifestó que los Estados Unidos podían comprender, sin reservas, que en la medida en que esta república pudiera servirlos, sólo se necesitaba pedir el servicio para asegurárselo, y otra vez observó que en cualquier momento que yo deseara oficialmente una clara declaración del gobierno argentino acerca de nuestra actitud hacia Chile, ella se haría.

En conclusión, el ministro sacó de su escritorio una reciente ilustración Frank Leslie, donde había diversas estampas de nuestras naves de guerra, una de las cuales, el "Chicago" observó, está ahora en Montevideo, en la escuadra de Walker, y luego expresó el deseo de que los barcos remontaran el río hasta esta bahía, de que fueran visitados por argentinos y proporcionarán una buena impresión de los Estados Unidos, cuya potencia naval este pueblo había apreciado a través de una clase inferior de navíos, como el "Tallapoosa" que, debo confesar, aquí ha sido durante largo tiempo el hazmerreír. El "Essex" y el "Yantie", actualmente en esta bahía, también pertenecen a esa clase y presentan un aspecto lastimoso al lado de las unidades de otras potencias.

En respuesta le dije que no tenía conocimiento de los futuros desplazamientos de nuestro Almirante; pero que le recomendaría la sugestión del ministro sobre una visita suya aquí. Si el Almirante llegara con sus naves hasta aquí, arreglaría con su venia una visita a ellas por parte de un grupo compuesto por las personas que eligiera el ministro.

He estimado que este suceso reviste suficiente importancia para justificar la narración que queda hecha». (95)

El documento a que nos hemos referido había sido despachado el mismo día en que el nuevo canciller chileno, Luis Pereira Cotapos, daba respuesta al ultimátum recibido de Washington, pero eso no lo sabían aún Zeballos ni Pitkin.

El 30 de enero Pitkin, al no tener respuesta de su lato informe, tal vez presionado por el canciller Zeballos, volvió a insistir en su proposición reiterando el apoyo recibido del gobierno argentino e insistiendo que se necesitaba la petición de su país para que se hiciera público. Enseguida repetía la ayuda que podría brindársele a las fuerzas norteamericanas que tomaran Antofagasta, repetía las informaciones recibidas sobre el armamento que poseía Chile y recababa una respuesta favorable para «*perfeccionar estrechas relaciones*».

Segunda Parte: Las Relaciones con el Viejo Mundo

Chile trata de recurrir a Europa

El presidente don Jorge Montt recurrió a los países amigos del viejo mundo: Alemania, Francia y Gran Bretaña; pero a pesar que estaban totalmente contra la prepotente actitud norteamericana, ninguno quiso hacer algún signo efectivo para oponerse, sino que se limitaron a aconsejar al gobierno de Chile que actuara en forma tal, que Washington no tuviera pretexto para ir a una guerra.

El ministro plenipotenciario de nuestro país en París, Augusto Matte, informó al gobierno que, de acuerdo a la prensa gala, el sentimiento predominante en Francia era que la causa de la situación había sido provocada por el asilo prestado por la legación norteamericana en Santiago a los personeros del régimen caído que se habían asilado en esa sede diplomática.

Matte se había involucrado intensamente en el caso, pero no había sido capaz de obtener alguna cooperación a la solución, a pesar de sus reiteradas notas que había hecho llegar a su colega, el ministro norteamericano Whitelaw Ried, a quien consideraba una persona «*de gran influencia*». En sus comunicaciones al ministerio de relaciones exteriores de Chile hacía ver que la falta de prudencia de Egan estaba inspirada en las aspiraciones políticas del secretario de Estado Blaine.

Creyendo que la prensa europea podría ejercer influencia en la opinión pública norteamericana, estrechó lazos con los más importantes periódicos, logrando inclinarlos, casi sin excepción, a favor de Chile, los cuales criticaban la política de penetración económica de los Estados Unidos.

Augusto Matte hizo de cabeza sobre el resto de los representantes chilenos en el viejo mundo y se dirigió a los embajadores y ministros plenipotenciarios de nuestro país en Londres, Berlín y Roma para solicitarles que trataran de obtener que los medios informativos de cada país dieran a conocer la verdad de las circunstancias que habían originado la refriega.

El ministro chileno logró reunirse con James Gordon Bennet, propietario del «New York Herald», que vivía en la ciudad luz y le manifestó la forma como la prensa estaba afectando las relaciones internacionales, conversación que no consiguió ningún resultado.

A pesar que los diarios «Le Temps», «Les Debates», «La Justice» y «Le Soir» publicaron editoriales condenando a la diplomacia norteamericana, no pudo obtener otro resultado que la simpatía del gobierno francés, pero que no llevarían las cosas más adelante.

La legación suiza en los Estados Unidos, en un informe a su gobierno, achacaba la situación producida a una tergivesación de las informaciones, debidamente manejadas para satisfacer las ambiciones de Harrison, Blaine, Tracy y Egan, que buscaban su propio interés personal y la de los oficiales navales norteamericanos que aspiraban al aumento de la flota.

El ministro suizo en Washington informó que el caso del «USS Baltimore» constituía un absurdo, debido a que la opinión pública de ese país no quería la guerra, pero el gobierno parecía dispuesto a llegar a ella.

El ministro brasileño ante la Casa Blanca Salvador de Mendoça informó a la legación suiza haber pedido autorización a su gobierno para ofrecer la mediación de su país, pero sus esfuerzos habían sido inútiles. (73)

Italia se siente impedida de actuar

El gobierno italiano también se rehusó a actuar debido a que aún tenían pendiente una situación con los norteamericanos, la cual era producto del homicidio del jefe de la policía de New Orleans, David C. Hennessy, el 15 de octubre de 1890, del cual se había culpado a la mafia de ese país y por lo que habían sido procesados once italianos acusados de conspiración y asesinato, pero el gran jurado había condenado solamente a tres.

La prensa había exacerbado los ánimos y después de un mitin de repudio, donde se habían pronunciado encendidos discursos contra la liberación de los que habían sido declarados inocentes, una poblada invadió la cárcel donde aún se encontraban y, ante la pasividad de la policía, los once italianos habían sido asesinados, algunos a tiros y otros colgados.

El embajador romano en Washington, barón Fava, había protestado ante Blaine por la actitud pasiva de la policía de New Orleans durante los hechos, pero el secretario de Estado había respondido que la *«deplorable masacre»* no había sido dirigida contra la raza italiana sino contra elementos criminales.

Fava respondió con dos exigencias: la seguridad que el gobierno norteamericano castigaría a los culpables y el reconocimiento de una indemnización para los familiares de las víctimas.

Blaine había rechazado las demandas aduciendo que el gobierno federal no indemizaba a procesados ni convictos, ni podía interferir para proteger a ciudadanos extranjeros, por lo que el único camino era reclamarle a las autoridades locales; pero nada podía hacerse hasta que los hechos fueran debidamente investigados.

Cuando en abril de 1892 el departamento de Estado se allanó a pagar 125.000 francos franceses como indemnización, Harrison montó en cólera.

Como paradoja de esta situación, en abril de 1891, cuando aún gobernaba Balmaceda en Chile, el ministro plenipotenciario de nuestro país en Washington Prudencio Lazcano, envió un oficio de cuarenta y ocho páginas al gobierno relativo al incidente de New Orleans y la consecuente disputa entre el barón Fava y Blaine, concluyendo que estaba completamente de acuerdo con la posición del gobierno norteamericano, decía: «*Solamente en el caso de una grave negligencia de parte de las autoridades, podría acordarse pagar una indemnización a través de canales diplomáticos*».

Chile pudo haber usado el paralelismo de esta situación con el caso del «USS Baltimore» y haber recordado a Harrison la posición de Lazcano, lo cual podía haber sido usado en favor de nuestra posición, pero tal vez no se deseaba plantear un argumento que serviría de crédito al ex ministro plenipotenciario que cargaba con la mayor cuota de responsabilidad en el incidente del «Itata». [36]

Alemania

El embajador de Chile en Berlín, Gonzalo Bulnes, se reunió con el ministro de relaciones exteriores alemán, barón von Bieberstein, quien reservadamente le dio a conocer una comunicación del jefe de la misión diplomática germana en Washington donde se le informaba que la guerra entre Chile y los Estados Unidos era inminente.

Von Bieberstein se refirió a que lo más grave era que el gobierno norteamericano estaba motivado por su deseo de dominar comercialmente a Sudamérica y que el incidente del «USS Baltimore» no era más que el pretexto para excluir a las naciones europeas de toda actividad comercial en el nuevo mundo.

Bulnes, aprovechando la franqueza con que el barón Von Bieberstein le había confidenciado el documento indicado, le manifestó que nuestro país, al defender su propia libertad comercial, lo estaba haciendo también con los intereses europeos.

La réplica del ministro alemán le hizo ver a Bulnes que Chile se encontraba solo en esto y que lo más cuerdo era que tratara de evitar dar a los Estados Unidos los pretextos para iniciar una guerra.

Bulnes no se desanimó con la respuesta recibida y recordó que el ex canciller alemán Otto von Bismark había sido un apoyo decisivo para nuestro país durante la Guerra del Pacífico para evitar la interferencia norteamericana que había tratado de impedir la anexión de Tacna, Arica y Tarapacá, por lo que recurrió a él.

El ex Canciller de Hierro, que ya se encontraba retirado, apeló al propietario del «The New York Herald», Mr. Bennet, para solicitarle que ayudara a Chile, a quien le manifestó mostrarse asombrado que

> «*una nación tan poderosa como los Estados Unidos no mostrara moderación y respeto a un país pequeño, como Chile, que recién venía saliendo de una guerra civil y que insistía en imponerle las mismas condiciones que ellos condenaban en el alboroto*».

El Canciller chileno pensó que la posición mostrada por el gran político alemán podría ser útil, pero la influencia de Bismark ya no pesaba internacionalmente y solo fue escuchada en su país, el cual simpatizó con Chile y condenó los manejos del ministro Egan, de acuerdo a los informes recibidos del cónsul chileno en Berlín, Carlos Krauss. [36]

Gran Bretaña

Augusto Matte no se dio por vencido y recurrió al gobierno británico, quienes declinaron inmiscuirse en la situación debido a las «acentuadas diferencias» que ya tenían con los Estados Unidos.

La foreign office achacó la situación, en un principio, a la displicencia observada por el ministro plenipotenciario Egan o a la falta de control demostrada sobre el personal naval norteamericano; pero luego, en una segunda visión, consideró que la controversia no se encaminaba a una guerra y que el conflicto no apuntaba más que a una tendencia natural de los norteamericanos a la beligerancia en asuntos triviales. El periódico «The London Times» publicaba, el 30 de octubre, que el asunto «*había causado muy poca o ninguna excitación en los círculos oficiales*» [74] y el ministro plenipotenciario inglés en Santiago, John G. Kennedy, informó que el asunto del «USS Baltimore» era «*solamente una cuestión de temperamento*».

Sin embargo en noviembre, Kennedy se dirigió al ministro de asuntos exteriores, lord Salisbury, acerca de las actitudes demostrada por su colega norteamericano, decía:

> «*Mr Egan y el comandante Schley han variado su primitiva actitud de prudencia por una desafiante; esto podría explicarse por su convicción de que la paciencia y prudencia por los insultos proferidos directamente a la bandera de los Estados Unidos, han sido en vano y que el mejor camino es poner un punto final a la sistemática molestia de determinar que autoridad del gobierno chileno había dado la autorización para desafiar y amenazar*». [75]

Kennedy lamentaba la actitud del comandante Schley, pues consideraba que exageraba sus comunicaciones a los almirantes alemán y francés que se encontraban en Valparaíso para convencerlos de postergar su zarpe de ese puerto y recomendaba que regresara la flota británica e incluso había manifestado a los comandantes de los buques de esas nacionalidades que la situación era crítica y que debían estar preparados para cualquier situación.

La nutrida comunicación del ministro plenipotenciario inglés a la foreign office informaba, cuando se acercaba el año nuevo de 1892, lo delicado que se había tornado la situación, haciendo presente que si el canciller Matta no era relevado de su cargo, estimaba que podía llegarse a la guerra entre los Estados Unidos y Chile.

Kennedy había tratado de persuadir al ministro de relaciones exteriores de nuestro país que moderara su lenguaje y manifestara signos de amistad y buena voluntad en sus comunicaciones con los Estados Unidos e hiciera algunas concesiones a las demandas, pero consideraba que sus esfuerzos habían sido en vano. [75]

Curiosamente, a pesar que el ministro plenipotenciario norteamericano, como hemos visto, era reconocidamante anglófobo y había tenido que huir de Gran Bretaña cuando aún ostentaba la nacionalidad irlandesa, por actuaciones terroristas en pos de la independencia de su país, encontró en Kennedy su más importante defensor, posiblemente por amistad o por la natural inclinación de los diplomáticos a juntarse con colegas que hablan un mismo idioma.

En sus comunicaciones a la foreign office informaba que nunca Egan había tomado actitudes contra Inglaterra y su actuación había sido siempre correcta, por lo que le había agradecido sus consejos en bien de Chile. Los elogios que le profesaba eran patentes, tales como

«Mr. Egan se ha manejado ejerciendo la prudencia y la paciencia en sus relaciones con el gobierno chileno, mientras éste ha caído en el error de ridiculizar y desafiar con descortesía al gobierno de los Estados Unidos y a su representante aquí. Egan merece crédito por su firmeza y habilidad».

Kennedy se mostraba favorablemente dispuesto con respecto a Egan y rechazaba que la actitud de los Estados Unidos estuviera movida por las intenciones de desear acabar con la hegemonía comercial británica en Chile.

En otra comunicación del ministro inglés continuaba con sus elogios a su colega norteamericano cuando decía:

«durante el tiempo que ha estado bajo el ataque e inquina del gobierno y del pueblo chileno, ha mostrado gran serenidad, astucia y fortaleza, y ha hecho posible que el gobierno de los Estados Unidos emerja, desde una posición de turbación para formular serios cargos por la ofensa hecha a la dignidad de los gobernantes de los Estados Unidos». (75)

Indudablemente con este tipo de informaciones que recibía la foreign office de su ministro plenipotenciario en Chile, ningún éxito podía esperarse de los esfuerzos de Augusto Matte para que fuera escuchada la justicia de la causa chilena.

Capítulo VII
Gestiones conciliadoras y actitudes inamistosas

John Trumbull

En un intento por calmar la posición contra Chile que estaban adoptando los Estados Unidos, viajó a ese país el señor John Trumbull, el mismo que ya hemos visto comisionado por el presidente de la Junta de Iquique, capitán de navío señor Jorge Montt, para que adquiriera las armas que se embarcaron en el vapor «Itata».

La posición de Trumbull era en extremo curiosa, ahora debía desempeñar una labor conciliadora y antes había hecho el papel de villano ante el secretario de Estado Blaine al ordenar el zarpe del «Itata» antes que fuera ilegalmente incautado.

El ministro plenipotenciario en Washington, don Pedro Montt, era el mismo agente oficioso del gobierno revolucionario que no había querido ser recibido.

El abogado del gobierno de Balmaceda, que había obtenido la orden de requisición de las armas que debía transportar el «Itata», era John W. Foster, que ahora actuaba como poder detrás del trono, desde su cargo de asesor del presidente Benjamin Harrison.

Por último el secretario de Estado que había «doblado la nariz a la ley», como quedaría demostrado más tarde en el juicio, al arraigar al «Itata», había sido Blaine, que continuaba en el cargo.

El prestigio que Trumbull gozaba en los Estados Unidos se debía a que era descendiente directo de Jonathan Trumbull, quien había sido Vicegobernador y Gobernador de la colonia norteamericana desde 1710 a 1784, habiendo favorecido a la industria local para que suministrara los alimentos y municiones que necesitaba el ejército que luchaba por la emancipación. Su actuación había sido muy cercana al general George Washington, quien se refería a él como su hermano Jonathan..

Tres generaciones de Trumbull, descendientes de Jonathan, hicieron notables contribuciones en Chile en materia de medicina, religión, política y educación.

El reverendo David Trumbull, padre de John, había viajado constantemente a Chile, formando la primera iglesia metodista en Valparaíso. Era un incansable luchador por los derechos de los no católicos, lo cual lo había llevado a rechazar la ciudadanía chilena, hasta que aquellos fueran garantizados. Sus restos yacen en el cementerio de disidentes del puerto.

Finalmente John había nacido en nuestro país y se había jugado por la causa constitucional durante la guerra civil.

Primera entrevista con Blaine

El 4 de diciembre de 1891 John Trumbull viajó a Washington para entrevistarse con el secretario de Estado Blaine, quien lo atendió en su propia residencia y conferenciaron durante una hora y media..

Las primeras palabras del político fueron de satisfacción de recibir a un descendiente de uno de los más ilustres hombres de la guerra de la independencia, le demostró su complacencia por haber sido designado para la misión que estaba desempeñando como representante de los nuevos gobernantes chilenos, a los que se refirió como «*los mejores hombres*», y le manifestó que lamentaba la situación producida con Chile, pero que a su regreso podía hacer un importante servicio para un cordial entendimiento.

Como Blaine le hiciera mención del clima de persecución que se habría creado con motivo del triunfo de la revolución y que había que ser generosos en la victoria, Trumbull le replicó que estaba muy mal informado por culpa de las exageraciones de la prensa de su país, ya que los periódicos norteamericanos habían creado una falsa impresión al respecto:

> «*No han habido persecuciones, señor. Es cierto que se han producido varios arrestos, pero ello era inevitable... Yo pienso que no hay otro caso en la historia que muestre que, en condiciones tan difíciles, los hombres involucrados hayan actuado con mayor indulgencia y buen juicio*». Y luego agregó: «*Es un error pensar que nosotros (los chilenos) estemos avivando el fuego como lo señala la prensa norteamericana*». [29]

El diálogo continuó, pasando el secretario de Estado a referirse al hecho de que a los refugiados en la legación norteamericana no se les había otorgado salvoconducto, como se había procedido con otras misiones diplomáticas:

> «*No es posible, Mr. Trumbull, tolerar que los Estados Unidos sean tratados peor que otros países. No podemos permitir que ustedes insulten nuestra dignidad... Para nosotros no sería glorioso una guerra con Uds. Si una nación poderosa hubiera procedido con nosotros como Uds. lo han hecho, Inglaterra por ejemplo, yo puedo asegurarle que podríamos llegar tan fácilmente a la guerra como sería sacarse el sombrero*». [29]

Trumbull trató de explicar los motivos de la guerra civil y que el derrocamiento de Balmaceda se había producido por colocarse éste fuera de la ley, lo que lo había transformado en un usurpador, como lo había declarado el Congreso y el poder judicial; pero el secretario de Estado insistió que lo continuaba reconociendo como gobernante legítimo. (A pesar que hacían dos meses y medio que había muerto).

Como Blaine se desentendiera bruscamente de estos argumentos, aduciendo no querer entrometerse en la política interna de nuestro país, Trumbull insistió que las nuevas autoridades solamente deseaban que el gobierno de los Estados Unidos observara neutralidad, pero sus representantes en Chile no habían sabido como implementar esas instrucciones y sus actuaciones habían sido la causa de las malas relaciones. Los deseos chilenos eran de observar los más cordiales lazos con todas las naciones, especialmente con su país, el cual era admirado, querido y visto como una gran república.

Para ilustrar este punto, Trumbull se refirió al episodio del «USS Baltimore», haciendo presente que todos los chilenos «*lamentaban y deploraban este hecho de ocurrencia fortuita*»;

pero el secretario de Estado replicó de inmediato que los nuevos gobernantes no lo habían lamentado verdaderamente ni pedido disculpas.

Trumbull le manifestó estar seguro que al ministro Egan se le habían manifestado tales sentimientos y que la falta de explicaciones, más formales, se debían a la demora en clarificar lo sucedido; agregando que se estaba tratando de magnificar un hecho insignificante, que ocurría frecuentemente cuando los marineros bajaban tierra. Agregaba que, ciertamente, había sido una imprudencia del comandante Schley permitir que un número tan elevado de tripulantes desembarcaran francos cuando recién se había establecido el nuevo gobierno, sabiendo que la población chilena se encontraba irritada por la conducta que habían observado las fuerzas navales norteamericanas durante la guerra civil, añadiendo que los cargos hechos por esas actuaciones *«por muy injustos que los estimaran, no era infundados»*.

En la despedida Blaine insistió en su ya conocida posición anglófoba diciendo: *«La influencia británica es responsable de todo esto»*. [36]

Mensaje del Presidente Harrison al Congreso

El 9 de diciembre de 1891 el presidente Benjamin Harrison se dirigió al Congreso norteamericano e hizo una lata historia de las situaciones presentes y pasadas con Chile, de una extensión desusadamente prolongada.

Expuso la situación producida con el «Itata», falseando la realidad al afirmar que se trataba de un buque armado, perteneciente a los insurgentes, que había violado las leyes de neutralidad de los Estados Unidos y agregó: *«habría sido inconsistente con la dignidad y el autorespeto del gobierno si no se insistía en que el "Itata" regresara a San Diego para someterse al juicio de la Corte»*. Como esa misma Corte se había encargado de desmentirlo, el Presidente trató de justificarse diciendo que como *«el Congreso no los había reconocido como beligerantes, sus actos no violaban las leyes de neutralidad»* y él había actuado dignamente al aceptar la decisión de la justicia.

Después de exponer su versión del caso del «Itata», inició la segunda parte de su disertación, haciendo presente que los oficiales de la marina de los Estados Unidos y el ministro plenipotenciario en Santiago habían recibido, desde el comienzo de la contienda civil en Chile, órdenes perentorias de mantener un trato imparcial y una absoluta prescindencia y tenía el convencimiento más absoluto que ellas habían sido cumplidas. Afirmaba su aserto que no se había recibido ninguna queja oficial contra la conducta del representante diplomático ni contra los oficiales de la marina durante la guerra civil.

La forma de empezar la exposición marcaba el efecto que buscaba conseguir, pues tras ese preámbulo, todo lo que seguiría sería de culpa del gobierno chileno instalado por la revolución.

La afirmación de no haber recibido quejas se refería a cuando gobernaba Balmaceda, mientras que los reclamos por la incautación de las armas del «Itata», por la protección para cortar el cable submarino en Iquique y la no aclarada actuación del contralmirante Brown durante el desembarco de Quintero habían sido hechos por el gobierno de la Junta de Iquique, la cual no era reconocida por los Estados Unidos, es decir, bien podía decir Harrison al parlamento que no había recibido ninguna queja oficial.

La situación de los asilados la justificaba diciendo que estaba en peligro la vida de muchos de los consejeros oficiales del gobierno caído, por lo que Egan había actuado impul-

sado por sentimientos humanitarios al conceder el derecho de asilo y no haber entregado a los fugitivos. Chile no tenía derecho a impedirlo, por lo que rechazaba que se hubiera pedido la cabeza del ministro plenipotenciario, lo que *«era efecto de una excitación imperante»*, por lo que llamaba a protestar.

Sin referirse a las causas de la guerra y la caída de Balmaceda, hacía ver que al producirse ésta había traído una situación *«que desgraciadamente es demasiado frecuente en la historia de los Estados de Centro y Sud América»*. Se refería a *«consejeros y subordinados que prófugos por salvar su vida»* habían buscado asilo en buques y sedes diplomáticas, el que había sido otorgado, actuando bajo los impulsos de la humanidad. Hacía ver que no era su voluntad autorizar su entrega al nuevo gobierno, ni negar el derecho de asilo a los refugiados políticos.

Luego pasaba a referirse al caso del «USS Baltimore» por el cual, debido a lo serio y trágico de las circunstancias que lo rodearon *«hubo que exaltar muy justamente la indignación de nuestro pueblo y provocar una pronta y decidida acción de parte de este gobierno»*.

Aseguraba que los tripulantes se encontraban indefensos y habían sido asaltados por turbas armadas, simultáneamente en diferentes sectores de la ciudad de Valparaíso.

Enseguida, refiriéndose a la investigación hecha por los oficiales del crucero, aseguraba que la conducta de los tripulantes norteamericanos había sido ejemplar y no había existido provocación alguna por su parte, que algunos policías se habían acoplado a los agresores, que los marineros detenidos habían sido cruelmente golpeados y maltratados cuando eran conducidos a la cárcel, que el hecho que el juez chileno los hubiera puesto en libertad era una prueba que demostraba claramente su inocencia.

Hasta aquí el mensaje era duro y agresivo, pero no se apartaba demasiado de lo usual, salvo la cantidad de detalles del incidente que relataba, aunque mostraba muy vivamente su enojo y aún su cólera; pero a continuación se tornó provocativo.

> *«Yo no he podido concebir otra explicación que esta sangrienta actuación tiene su origen en la hostilidad hacia aquellos hombres por ser marineros de los Estados Unidos y vestir el uniforme de su armada, y como consecuencia contra el gobierno de este país. No en un acto individual o animosidad personal»*.

Enseguida hacía presente haber conminado al gobierno chileno que le hiciera ver cualquier hecho que demostrara que no se había tratado de un insulto a su país y que si éste no existía, había sido advertido que esperaban una plena y rápida reparación.

Finalmente se quejaba que las respuestas que había recibido del ministro de relaciones exteriores de Chile estaban formuladas de manera ofensiva, por lo que no las había respondido.

Indicaba estar a la espera del resultado de la investigación que llevaba el juzgado del crimen de Valparaíso el que, extraoficialmente, le habían informado que estaba por terminar y si su resolución no fuera satisfactoria y llenara sus expectativas o *«sobrevinieran más demoras innecesarias»*, volvería al Congreso para que se tomaran las medidas que fuese menester.[10]

Reacción de la prensa norteamericana

El «Saint Louis Globe-Democrat», en un editorial del 4 de diciembre decía que a los chilenos se les había motejado como los yanquis o los ingleses de Sudamérica y agregaba

> *«es preciso recordar que debajo de una delgada capa de civilización que cubre el carácter de los chilenos está la ferocidad y un salvajismo semejante al de los aborígenes americanos o al de los bárbaros africanos»*

El «New York Times» fue uno de los primeros periódicos en reaccionar con el mensaje presidencial, al que calificaba de «realmente sensacional por lo sugestivo». Decía:

> *«El significado total de la notificación del Presidente es que si Chile no lamenta el asalto a nuestros marineros y da una explicación satisfactoria a nuestro gobierno, el Presidente solicitará al Congreso la autorización para emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos para exigir una reparación. El asunto es, según los observadores de las movilizaciones navales, que el Presidente no espera recibir una expresión de sentimiento por parte de Chile y que será obligado a sostener la amenaza ya hecha, de desplegar su fuerza... No existen dudas de lo que el Congreso hará si la administración puede demostrar claramente que fue un asalto no provocado y rechaza las excusas de los chilenos. Las consideraciones económicas no tendrán peso contra la importancia frente a mantener el respeto nacional y el sentido de justicia».* (55)

La memoria del secretario de Marina

La posición asumida por la prensa se vio refrendada, un poco despúés, cuando el secretario de marina Tracy presentó la memoria anual de su cartera, la cual contenía diez páginas que se referían exclusivamente al asunto del «USS Baltimore».

Describía Tracy, con lujo de detalles, su versión de la riña, especialmente en lo que se refería a la muerte de Riggin, las brutalidades usadas por la policía para arrestar a los marineros y las heridas sufridas por la tripulación.

Sus conclusiones no diferían de las que había hecho presente Harrison al Congreso e insistía en que la conducta de los norteamericanos había sido *«limpia, justa y sobria»*(56), insistiendo que las instrucciones que había dado habían sido las de observar una estricta imparcialidad.

En un largo pasaje de su narración se dedicaba a desvirtuar las acusaciones hechas por los casos del «Itata», del cable submarino y del episodio ocurrido con motivo del desembarco de las tropas revolucionarias en la bahía de Quintero.

Su conclusión decía que era imposible dar otra interpretación a los

> *«ultrajes perpetrados contra la tripulación del "USS Baltimore" más que aquellos que se habían concertado para hacerlo estaban influenciados por las calumnias que circulaban profusamente... ayudados y alentados por la policía, la cual los había reprimido».* (56)

Ninguno de los marineros norteamericanos jamás había sido sancionado por conducta impropia y tenía la certeza que en la noche del 16 de octubre, dieciséis hombres inocentes e indefensos habían sido buscados y detenidos solamente por defenderse, siendo

> «*conducidos por la policía chilena a prisión debido a que ellos vestían el uniforme de los marineros norteamericanos*». [56]

No es posible concebir una acusación más visceral, apasionada y falta de pruebas, que la que consigna la memoria de marina de 1891 de la secretaría de esa rama, pero su objetivo estaba lejos de querer dar cuenta de la labor realizada por esa cartera, sino que apuntaba a producir un empeoramiento de la situación por intereses que en Chile ni se vislumbraban cuales eran.

Al revisar la numerosa correspondencia cursada entre el juez Foster, el comandante Schley, el ministro plenipotenciario Egan, el intendente Arlegui y el canciller Matta, entre el 16 de octubre, cuando se produjeron los hechos, y el 9 de diciembre que Harrison habló al Congreso, puede apreciarse la celeridad que se trató de darle al juicio, todo lo cual estuvo permanentemente en conocimiento del cónsul norteamericano en el puerto, del ministro plenipotenciario y del comandante del crucero; por lo que la relación completa que hizo Harrison a los parlamentarios no puede haber obedecido a otro móvil que el tinglado que iba montando para desarrollar su plan.

La respuesta de Matta

La exposición de Harrison fue publicada en Chile, por «El Heraldo» de Valparaíso, al día siguiente, en su texto original en inglés y su correspondiente traducción. «El Ferrocarril» de Santiago lo haría el día 11. La difusión fue amplia y a la indignación de los términos de ella, se sumó a la que produjeron los conceptos contenidos en el informe de Tracy.

El ministro de relaciones exteriores, por medio de la legación de Chile en Buenos Aires, dirigió a nuestro representante en los Estados Unidos, don Pedro Montt, un telegrama de respuesta, que debía ser publicado en ese país y que desautorizaba cualquier noticia en contrario.

Hacía presente que, habiendo conocido la intervención del presidente Harrison en el Senado de su país, era oportuno hacerle presente que los informes en los cuales se apoyaba eran «*erróneos o deliberadamente inexactos*».

Con respecto a los asilados en la legación en Chile, jamás habían sufrido la amenaza de ser tratados con crueldad ni se había pretendido sacarlos de la sede diplomática, ni pedido su entrega.

A pesar de las indiscreciones y «*provocaciones calculadas*», la casa del ministro plenipotenciario norteamericano, ni su persona, jamás habían recibido agravios, lo cual podía ser comprobado por once notas cursadas entre los meses de septiembre y noviembre.

En el caso de los sucesos en que involucraba a los marineros de «USS Baltimore», tampoco había «*exactitud ni lealtad*» en lo que se decía en Washington, sino que los hechos habían transcurrido en los barrios malos de la ciudad entre gente que no era un modelo de discreción y temperancia.

Defendía la actitud de la policía que había concurrido a poner orden, la cual se encontraba a más de diez cuadras del lugar donde se había iniciado la pelea, encontrándose al

llegar ya con más de un centenar de hombres reunidos.

Enseguida hacía referencia que el ministro plenipotenciario Egan había presentado su reclamo en una nota *«agresiva de propósito y virulenta de lenguaje»*.

Los cargos hechos acerca de la demora sufrida por el sumario que se había ordenado al respecto, se debían a la no comparencia de los tripulantes del buque y a las *«pretensiones y negativas indebidas»* del ministro Egan.

Hacía presente que jamás su ministerio había aceptado ni iniciado provocación alguna conservando, eso si, siempre una actitud de firmeza y prudencia que nunca había sido de agresión ni lo sería de humillación *«por más que los interesados en cohonestar su conducta u ofuscados por erróneos conceptos»* hubieran dicho o dijeran en Washington.

Todos los telegramas y notas intercambiadas demostraban que la mala voluntad, las palabras y las pretensiones consiguientes no pertenecían a ese ministerio, sino que, tanto Harrison como Tracy, habían sido conducidos erróneamente con respecto al pueblo y al gobierno de Chile, sin haberse cumplido las instrucciones de imparcialidad y de amistad de que hacía alarde el Presidente, *«ni antes ni ahora»*.

Aclaraba algo totalmente real en el sentido que no podían haber habido quejas «oficiales», puesto que era público y notorio, tanto en Chile como en los Estados Unidos, que ellas no se habían podido hacer valer por los agentes confidenciales.

Hacía presente que era *«calculadamente inexacto»* que los marineros norteamericanos hubieran sido atacados en diferentes puntos simultáneamente y que mientras no se cerrara el sumario, no podría saberse quienes eran los culpables.

Finalmente se refería al hecho que el ministro plenipotenciario Egan, después de haber señalado que tenía pruebas acerca de quien era el homicida y el resto de los culpables, no había querido dar testimonio, aunque se le había solicitado. (31)

Para afirmar su posición, el Canciller incluyó una copia de la nota que había enviado a don Pedro Montt en una circular al cuerpo diplomático chileno acreditado en el extranjero, ordenando darle publicidad. (11)

El telegrama fue reproducido, al día siguiente, en el periódico «El Ferrocarril» y luego en el «Diario Oficial». (10)

En Valparaíso, «Bob el Peleador», desde su cargo de comandante de la cañonera «USS Yorktown», manifestó:

> *«Todo esto ha sido dado a la prensa antes de que llegue a Washington. No veo como Harrison no puede ayudar mandando una flota hasta aquí, para enseñar buenos modales a esta gente. Entre otras cosas, Matta dice, en relación al asunto de "Baltimore", que Chile va a administrar justicia sin el consejo o la interferencia de los Estados Unidos. Yo ciertamente quisiera saber qué tiene que decir Mr. Blaine en respuesta a esto».* (6)

El Canciller es interpelado en el Senado

El 11 de diciembre, don Manuel Antonio Matta debió comparecer antes los «padres conscriptos» para dar cuenta acerca de lo que ya se había conocido sobre la intervención del presidente Harrison y su secretario de marina Tracy ante el Congreso norteamericano.

En una extensa exposición repitió y profundizó, con detalles, los conceptos emitidos en el telegrama al ministro plenipotenciario en Washington, Pedro Montt.

Hizo presente el Canciller la forma cortés, pero firme, como siempre se había dirigido al representante diplomático norteamericano y que de lo único que podría quejarse era de que no se hubiera reconocido, por parte de él, que nuestro país no necesitaba la autorización de extraños para investigar actos ocurridos en nuestro suelo.

Agregaba que cuando se dieran a la publicidad los documentos, podría apreciarse como se había

> *«pretendido arrebatar a nuestras autoridades, a nuestras leyes y a nuestro país, el ejercicio de facultades que jamás, ni en Estados Unidos ni en país alguno, no diré se hayan negado, pero ni siquiera admitido a discusión limitarlas».* (31)

En reuniones personales con el ministro plenipotenciario Egan, el canciller Matta se había explayado en que los procedimientos judiciales chilenos exigían, para las causas criminales, mantener total secreto mientras se encontraran en estado de sumario, lo que también era usual y ordinario en las legislaciones inglesa y norteamericana, pero el primero había insistido en que debían entregársele, de inmediato, los testimonios que había solicitado.

Se preguntaba Matta en el Senado

> *¿Hay en esto algún motivo de queja?, ¿Puede alguien exigirnos que demos satisfacción a ideas y conceptos, que pueden ser muy respetables, pero no concuerdan con nuestra legislación ni con el ejercicio legítimo que de sus atribuciones hacen nuestras autoridades?, ¿Puede pedírsenos que cambiemos los procedimientos legales, las sentencias mismas?* (31)

Finalizó el Canciller su intervención, informando a la sala que, por instrucciones del Presidente de la República, se daría a la publicidad todo lo que existiera sobre la materia y leyó el telegrama enviado a nuestro representante diplomático en los Estados Unidos, el cual ya hemos conocido.

Tal vez los conceptos emitidos en dicho documento se ajustaban a lo que realmente había sucedido y sus términos no diferían fundamentalmente de los que, desde el principio de la crisis, venían usando Egan, Schley y el departamento de Estado, pero un imperdonable error iba a hacer «arder Troya», pues era como «mandarle a decir» al presidente Harrison, por intermedio de la prensa, lo que en el gobierno chileno se pensaba de él: ¡Pero quizás, si no hubiera sido esto el motivo, habría sido otro, para llevar a efecto una operación que venía planificándose desde antes!

Egan reacciona

Tan pronto como el ministro plenipotenciario Patrick Egan se enteró de la sesión del Senado, dirigió una nota al Canciller consultando acerca de la autenticidad de la versión publicada y del telegrama.

Este documento entraba de lleno a obtener una ratificación de los términos más polémicos que había utilizado el ministro de relaciones exteriores de Chile al referirse al informe de Harrison al Congreso y a la memoria presentada por el secretario de marina.

En el escrito consultaba si se había referido a los documentos anteriores como *«erróneamente falsos o deliberadamente inexactos»*. Si respecto a los marineros del «USS Baltimore» la mención habría sido *«tampoco hay exactitud ni lealtad en lo que se dice en Washington»*.

Sobre su nota del 26 de octubre la habría considerado *«agresiva de propósito y virulenta de lenguaje»*.

Que con relación al sumario iniciado en el juzgado del crimen del Valparaíso se habría referido a que *«se ha demorado por la no comparecencia de los tripulantes del Baltimore y por pretensiones y negativas indebidas del mismo Mr. Egan»* y que como se le había pedido dar testimonio, se había rehusado a ello, a pesar de *«haber dicho que él tenía las pruebas para señalar el homicida y otros culpables del 16 de octubre»*.

Si finalmente consultaba si había dado instrucciones al ministro plenipotenciario en Washington para que desautorizara todo lo que fuera contrario a lo dicho, seguro de su exactitud, del decoro y del éxito final de Chile *«a pesar de las intrigas que van de tan abajo y de las amenazas que vienen de tan alto, en la actualidad»*.

Matta le respondió el día 14 de diciembre, haciéndole presente que el texto estaba de acuerdo con lo dicho, adjuntándole una copia de él y manifestándole que se trataba de un documento oficial del gobierno de Chile al cual nada podría agregar y que debería marcar la norma de conducta por la que debería regirse el ministro en Washington, señor Pedro Montt, al hablar sobre estos asuntos. (32)

El ministro Matta fue crucificado por el telegrama y por esta respuesta, culpándosele de atrocidad diplomática y falta de tino.

Segunda reunión de Trumbull con Blaine

John Trumbull tuvo un segundo encuentro con el secretario de Estado el 26 de diciembre con motivo de la asunción como Presidente de la República de don Jorge Montt; éste se efectuó durante la recepción que la legación de Chile ofreció en Washington y a la cual habían sido invitados ambos personajes.

En esta ocasión Blaine expresó a Trumbull su agrado de verlo; pero que lamentaba que aún no hubiera regresado a Chile para ayudar a encontrar una solución amigable a las cuestiones pendientes, manifestándole:

> *«Ud. conoce mi preocupación y como deseo arreglar las cosas amigablemente, pero temo que Chile no nos dará alguna satisfacción por esta situación, lo que la tornará más crítica aún; hay mucho sentimiento por la forma de actuar de Chile y tanto como deseo la paz, tengo miedo por lo peligrosa que está la situación»*.

Ante la pregunta del chileno acerca de que solución sería satisfactoria para él, el secretario de Estado sugirió que debían pedirse disculpas por el ataque a los marineros del «USS Baltimore» y ofrecer someter cualquier situación derivada de ello a un arbitraje. *«Chile, al hacerlo así, podrá clavar nuestros cañones afirmó»*[32].

[32] «Clavar» los cañones es una expresión que viene de la época en que éstos estaban montados sobre cureñas de madera. El hecho de clavarlos equivalía a silenciarlos, pues no podían apuntar.

Durante esta segunda entrevista, Blaine se mostró más molesto que en la anterior a causa de los últimos acontecimientos. Dijo a Trumbull:

> *«Chile no ha tenido un trato considerado hacia nosotros y la animosidad que Ud. ha podido observar ha sido claramente manifestada. La nota enviada por el señor Matta a sus representantes en el extranjero fue muy dura y nuestro Presidente la considera un insulto; ello ha creado mucho malestar y aumentado los peligros de la situación»*

Trumbull replicó que la circular del Canciller había sido interpretada erróneamente y ella no estaba dirigida a Harrison, sino que a los representantes chilenos en el exterior, los cuales no estaban informados de la situación. En este punto el secretario de Estado lo interrumpió para manifestarle que, de todos modos, él estaba molesto por su envío. El chileno fue el que demostró ahora su irritación al decirle que no lamentaba que la circular hubiera sido enviada, sino la interpretación que se le había dado. (72)

La prensa

Mientras la prensa chilena aplaudía la actitud del Canciller, los periódicos norteamericanos atizaban el fuego.

El diario «La Unión» de Valparaíso sostenía, el 12 de diciembre, que lo expresado correspondía

> *«exactamente a la verdad y a la dignidad de un pueblo que se siente vigorizado con la fuerza del derecho, ya que solo por tratar con un coloso no cuenta con el derecho de la fuerza».* (33)

Refiriéndose al ministro plenipotenciario Egan, el mismo matutino editorializaba, diez días más tarde, que se le había asignado carácter diplomático a un incidente policial y sostenía que

> *«no ha tenido la suficiente tranquilidad de espíritu para penetrarse de que la riña de gente ebria ocurrida en octubre, por la calidad de sus actores y del escenario, y por las demás circunstancias en que se produjo, no era motivo aceptable y decoroso para una diferencia entre naciones»*

y más adelante destacaba

> *«el poquísimo acierto con que el Sr. Egan ha procedido desde el primer momento».* (88)

El representante peruano en Washington, a quien ya nos hemos referido, escribía a su vez a su cancillería, que la prensa norteamericana difundía insultos contra Chile, manifestaba el deseo de una guerra para darle una lección y castigar su audacia, haciendo ver la necesidad de sostener en América el prestigio norteamericano y su influencia. En sus comentarios, el ministro plenipotenciario Yrigoyen, indicaba que los órganos que más se habían distinguido en su campaña contra Chile y habían demostrado mayor decisión por llevar las cosas a un último extremo, eran los calificados como gobiernistas. (34)

Los más influyentes periódicos de los Estados Unidos sostenían la tesis de que el incidente había sucedido como consecuencia de un acendrado sentimiento antinorteamericano existente en Chile y describían los hechos como un crimen consumado contra pacíficos y sobrios marineros inermes.

El «New York Daily Tribune» calificaba la comunicación de Matta como *«la más descortés y ofensiva que jamás haya escrito un ministro»*.

En el «The Globe» de Boston, un senador republicano afirmaba tener conocimiento de la correspondencia que se había intercambiado con Chile y que consideraba que

> *«a los Estados Unidos no les queda nada más que intentar que esta pequeña república presuntuosa acepte las condiciones administrándole una buena paliza»*[33]. (7)

En un esfuerzo por evitar el camino de la guerra, un importante inversionista norteamericano, propietario de la «Grace Line», principal compañía naviera que unía los Estados Unidos con la costa occidental de América del Sur, se entrevistó con el presidente Harrison para buscar una fórmula de paz, pero se encontró con un irreductible secretario Blaine, que exigía disculpas chilenas para considerarlo y con un departamento de marina que se encontraba haciendo todos los preparativos para entrar en acción. (6)

Proposición de arbitraje y abandono del ministerio por Matta

El 19 de diciembre el juez Enrique Foster daba término al sumario por los incidentes, comunicando al ministro de relaciones exteriores que no había podido obtener los datos que sobre los desórdenes del dieciséis de octubre decía tener el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, señor Patrick Egan, y no siendo posible esperar más tiempo por ello, debido a la naturaleza de la causa y por haber personas encargadas reos. Se pedían penas de presidio para tres chilenos y para el marinero norteamericano del «USS Baltimore» John Davidson y se recomendaba, además, dar la mayor diligencia y brevedad a las etapas siguientes.

Esto avivó el fuego en los Estados Unidos, tanto porque no se acogía la versión del comandante Scott Schley sobre la causa de los hechos, como por el castigo que se solicitaba para el marinero.

Mientras tanto se reunieron en Washington, el 28 de diciembre, el secretario de Estado Blaine, y el ministro plenipotenciario de Chile, Montt, para buscar una solución a las posibles dificultades que pudieran aparecer una vez que se conociera el fallo de la justicia chilena.

Don Pedro Montt le hizo presente a Blaine que no podía decirse que fuera a haber un desacuerdo antes que se conociera la sentencia, pues ni el gobierno norteamericano podía tener base para formular exigencias, ni el chileno para aceptar o rechazar tales demandas; era preferible esperar el término de la investigación y si ello se producía, sería procedente un arbitraje.

Blaine propuso entonces convenir que el asunto se sometería a una mediación en el caso que el desacuerdo existiera después de conocido el fallo, pero en el entendido que el diplomático chileno no podía revelar que ello había sido propuesto por los Estados Unidos,

[33] «there is nothing left for United States except to bring this bumptious little republic to terms by administrating a very sound thrashing»

sino manifestar que la iniciativa había partido del gobierno de nuestro país. Se propuso que España podría ser un árbitro adecuado que aceptaran ambas partes.

El ministro plenipotenciario chileno transmitió la proposición al canciller Matta, quien dio su aceptación el 30 de diciembre; pero sería «el canto del cisne» de don Manuel Antonio, pues al día siguiente le sería aceptada su renuncia. [10]

Desde el término de la guerra civil había detentado la jefatura del gobierno el almirante Jorge Montt Álvarez; pero habiendo sido elegido para el cargo, el 25 de diciembre inició su período constitucional.

Como se vivía en medio de la crisis del «USS Baltimore», Egan consultó a Blaine si podía asistir a la ceremonia de posesión del mando, pero al no recibir respuesta, se abstuvo de hacerlo.

Como respuesta al desaire, durante el banquete ofrecido en La Moneda, el Presidente del Senado pronunció un discurso brindando por el bienestar y la prosperidad de los países *que se habían hecho representar en las ceremonias.*

El último día de ese azaroso 1891 se aceptó la renuncia al gabinete y se formó otro, en el cual ya no figuraba don Manuel Antonio Matta como ministro de relaciones exteriores. El cargo lo desempeñaría en adelante don Luis Pereira Cotapos. [10]

Egan declarado persona non grata

El cambio del Canciller chileno apuntaba a buscar una solución amistosa con los Estados Unidos de un problema que cada día se encrespaba más, pero inoportunamente, mientras se hacían manifestaciones amistosas, se pidió la remoción del controvertido ministro plenipotenciario.

El 20 de enero de 1892, don Pedro Montt se dirigió a Blaine para manifestarle que había recibido instrucciones de su gobierno de cultivar las más cordiales y amistosas relaciones con los Estados Unidos, pero que para ello era necesaria la remoción de Patrick Egan, pues era persona non grata en Chile. [60]

La reacción del presidente Harrison fue de acuerdo a su temperamento, extremadamente violenta y tomando como pretexto el telegrama del ministro Matta, dio órdenes a Blaine que instruyera directamente a Egan para que hiciera presente al gobierno chileno que en vista del palpable insulto que significaba la circular del ex Canciller chileno, no era necesario dar respuesta a esa petición.

Indudablemente la permanencia del temperamental ministro plenipotenciario en Santiago era tan necesaria, como la del exaltado comandante del «USS Yorktown», «Bob El Peleador», para los planes que abrigaba el Presidente.

Blaine, que después de su ausencia de la secretaría de Estado debido a su enfermedad, había regresado con un espíritu más conciliador, trató de suavizar la diatriba presidencial y recordó a Montt los reclamos que se habían formulado por el largo sumario para establecer los hechos, el que había durado ochenta días, en circunstancias que esos casos se despachaban, en los Estados Unidos, en dos semanas y que la nota de Matta debía retirarse, dándose las disculpas del caso.

Con respecto a la petición de retiro de Egan, el secretario de Estado le dio otro cariz, insinuándole que el gobierno chileno no lo toleraba que por no haber denunciado los crímenes cometidos por el gobierno de Balmaceda, por lo que debía terminarse de continuar culpándolo.

Molestia de Harrison con Blaine

Cuando Harrison conoció la respuesta que se había dado a la solicitud de retiro de Egan, que consideró blanda, y que su repudio a la circular del canciller Matta había sido contestada evasivamente, montó en cólera al ver entorpecido su plan de acción.

Al parecer, el arrogante Presidente había deseado anteriormente enviar un ultimátum al gobierno chileno, pero Blaine lo habría persuadido que no lo hiciera y casi inmediatamente había caído enfermo, ausentándose de la secretaría de Estado.

En esa oportunidad, durante el consejo de gabinete, se habían enfrentado el deseo de actuar de inmediato del Presidente con una actitud conciliadora de su ministro, sufriendo éste un ataque de nervios y cayendo desmayado, suspendiéndose la reunión antes de haber alcanzado un consenso para seguir una línea diplomática más agresiva.

Ahora, si la respuesta Blaine estaba dando muestras de existir un camino de solución, ello echaba por tierra los planes del Presidente y se decidió actuar.

El ultimátum

A pesar que don Pedro Montt, considerando demasiado duro el telegrama de don Manuel Antonio Matta, no entregó nota alguna con sus términos, el presidente Harrison la conoció casi simultáneamente que el ministro plenipotenciario chileno, motivo por el cual éste fue llamado a la Casa Blanca, con fecha 21 de enero de 1892, para recibir una respuesta que constituía un ultimátum, simultáneamente el documento era transmitido al ministro Egan y firmado por el secretario de Estado Blaine, para que hiciera entrega de él, al nuevo ministro de relaciones exteriores, señor Luis Pereira. Su texto era:

> *«De orden del Presidente, participo a US. que él ha examinado cuidadosamente todo lo que le ha sido sometido por el Gobierno de Chile, relativamente al asalto contra la tripulación del buque de los Estados Unidos "Baltimore", ocurrido en la ciudad de Valparaíso en la tarde del 16 de octubre último, como asimismo al testimonio de los oficiales y tripulantes de aquel buque, y al de otras personas que presenciaron el suceso; y que sus conclusiones sobre todo el incidente son las siguientes:*
>
> *Primera. Que no se ha modificado, en manera alguna, el carácter que le dieron al asalto las primeras informaciones transmitidas acerca de él, es decir: que era un ataque contra el uniforme de la marina de los Estados Unidos, cuya causa y origen provenían de un sentimiento de hostilidad hacia este gobierno, y no de acto alguno de los marineros o de alguno de ellos;*
>
> *Segunda. Que las autoridades públicas de Valparaíso faltaron flagrantemente a su deber de proteger a nuestros tripulantes, y que algunos agentes de la policía, como asimismo algunos soldados y marineros chilenos, se hicieron culpables de agresiones, no provocadas, contra nuestros marineros, antes y después del arresto. Él considera la suficiencia de declaraciones y las probabilidades inherentes que llevan a la conclusión de que Riggin fue muerto por la policía o por los soldados;*

Tercera. Que, en consecuencia, se ve obligado a retrotraer el caso a la posición en que lo colocó este Gobierno en la nota de Mr. Wharton, secretario de Estado interino, de fecha 23 de octubre último, y a pedir una satisfacción adecuada y alguna reparación correspondiente a la ofensa hecha a este Gobierno.

US. asegurará al gobierno de Chile que el Presidente no está dispuesto a exigir o pedir cosa alguna que este gobierno no estuviera dispuesto a conceder espontáneamente, en iguales circunstancias. Lamenta que el gobierno de Chile no haya, al parecer, apreciado desde el principio la gravedad de las cuestiones suscitadas, y que no haya hecho distinción alguna entre un incidente en el cual fueron muertos dos marineros americanos y gravemente heridos dieciséis más, siendo que solo un chileno apareció lastimado, y una riña ordinaria de marineros, en que la provocación es enteramente personal y la participación limitada. Ningún gobierno que se respeta a sí mismo, puede consentir que personas a su servicio, civiles o militares, sean maltratadas o muertas en un territorio extranjero, por resentimientos originados de actos cometidos por o imputados a su gobierno, sin exigir una reparación conveniente».

Más adelante agregaba:

«Pero, mi propósito no es discutir aquí los incidentes de este asunto, sino establecer solamente las conclusiones a que ha llegado éste gobierno.

Hemos dado toda clase de oportunidades al gobierno de Chile para que presente algunos hechos explicativos con atenuantes, y hemos tomado debidamente en cuenta las circunstancias de que el gobierno de Chile descansaba en bases provisionales, durante una parte considerable del tiempo transcurrido desde el 16 de octubre.

Tengo, además, orden del Presidente para decir que le ha llamado la atención la nota de instrucciones enviada por el señor Matta, secretario de Relaciones Exteriores, al ministro chileno en Washington, con fecha 11 del pasado. El señor Montt, muy prudentemente, y, debo suponerlo, conociendo la naturaleza ofensiva del despacho, se abtuvo de comunicarlo oficialmente a este gobierno. Pero, considerando el hecho de que señor Montt recibió orden de entregarlo a la prensa de este país, y que se le ha dado la mayor publicidad posible en el mundo, este gobierno debe tomar nota de él.

Se le ordena, por lo tanto, manifestar al gobierno de Chile que las expresiones que imputan falsedad, descortesía y poca sinceridad al Presidente y al secretario de marina, en sus comunicaciones al Congreso de los Estados Unidos, son ofensivas en el más alto grado para este gobierno».

Finalmente concluía:

«Tengo, ahora, sin embargo, orden de comunicar que, si no se retiran inmediatamente las partes ofensivas del despacho del 11 de diciembre, y, si no se ofrece una satisfacción adecuada, con la misma publicidad que se dio a las expresio-

nes ofensivas, no le queda otro camino abierto que el de cortar las relaciones diplomáticas con el gobierno de Chile.

El señor Montt, en una nota del 20 de enero, me comunica que tiene orden de su gobierno para informar al gobierno de los Estados Unidos de que US. (se refiere al ministro Egan, a quien dirigía la nota para que hiciera entrega de ella al Canciller chileno) *no es una persona grata al gobierno de Chile, y para pedir su retiro. Esto ha sido comunicado al Presidente, quien le ordena que, en vista de lo ya mencionado, diga que no considera necesario responder a esto por el momento. Habrá tiempo para considerar esta sugerencia, después de que se reciba la respuesta a esta comunicación, porque entonces sabremos si se pueden mantener las relaciones con el gobierno de Chile en términos de respeto mutuo.(Fdo. Blaine)» (35).*

Perú conoce anticipadamente el ultimátum

Curiosamente, antes que el ministro plenipotenciario chileno y el ministerio de relaciones exteriores de nuestro país conocieran del ultimátum, la cancillería peruana tenía la información.

Como hemos dicho, el ministro Montt fue llamado el 21 de enero para que recibiera la explosiva nota, pero dos días antes, esto es el 19 de enero, su colega peruano informaba a su gobierno que el Presidente dirigiría un mensaje especial al Congreso, pero que sobre su contenido

«nada definitivo se puede decir, sino que a más tardar en esta semana será enviado. Sus términos serán los que manifiesten lo que debe esperarse a lo que están dispuestos los Estados Unidos. Si el resultado de ese mensaje es una autorización para que el Presidente arregle esta grave controversia, por otros medios que los pacíficos se le aguarda a Chile un ultimátum y entonces todo dependerá de la actitud que asuma ese gobierno ante el dilema, de satisfacer todas las exigencias que en orden a su reparación, le imponga el gobierno de este país o a sufrir las consecuencias de una guerra». [89]

No hay duda que los Estados Unidos habían planificado todos los caminos que le podrían traer problemas a Chile en el conflicto que buscaban.

Harrison vuelve a apelar al Congreso

El 23 de enero Blaine hizo entrega del ultimátum a don Pedro Montt y el 25 el presidente Harrison lo presentó ante el Congreso, reiterando las exigencias de él y rechazando las notas conciliadoras recibidas de Chile.

Con referencia a la solicitud chilena de reemplazar al ministro plenipotenciario, Harrison hizo una ciega defensa de él ante el Congreso haciendo presente que *«se había desempeñado en estas penosas circunstancias, en todo momento, con dignidad, discreción y coraje y había redactado su correspondencia con cortesía e imparcialidad»*. Se manifestaba completamente

de acuerdo con sus actuaciones para defender a los asilados y atacaba conductas, supuestas o reales, de la policía secreta asediando a la sede diplomática.

Decía en algunas de sus partes que Egan había denunciado que ésta había registrado ofensivamente a las personas que entraban en la legación y que en más de una ocasión había procedido a arrestar a miembros de la familia del ministro plenipotenciario.

En otra oportunidad los agentes policiales habían tratado de invadir la sede *«golpeando sus ventanas e insultando, en un leguaje procaz, a las personas que se encontraban dentro»*. Incluso en sus acusaciones involucraba al ministro argentino, al afirmar que éste habría manifestado que se trataba de una ofensa flagrante, por la que debía reclamarse,

Luego se refería a lo medular de su posición, refiriéndose al incidente del «USS Baltimore», recordaba a los parlamentarios que en su mensaje anual había concluido que esa *«sangrienta faena»* había tenido su origen en la hostilidad demostrada hacia esos hombres *«porque eran marineros de las Estados Unidos y no por algún acto individual o de animosidad personal»*.

Enseguida hacía presente que un resumen del sumario había sido recibido y lamentaba que no se hubieran modificado las conclusiones que él había anticipado en su mensaje anual, agregando: *«Yo aún mantengo la opinión que nuestros marineros fueron asaltados, apaleados, apuñalados, y matados, no por lo que ellos o alguno de ellos hubiera hecho, sino por lo que el gobierno de los Estados Unidos había hecho o se le había achacado»*.

Calificaba la gresca como brutal y cobarde y reafirmaba que el «USS Baltimore» se encontraba en Valparaíso en virtud de una invitación que un país amigo había cursado a otro.

En un apasionado cierre de su discurso, el presidente Harrison expresaba su desaprobación por la respuesta dada por nuestro país cuando habían reclamado que las comunicaciones recibidas no mostraban expresiones de sentimientos y aún menos, de lamentar lo sucedido, pues aunque las lesiones de los tripulantes se hubieran debido totalmente a un accidente, debía haberse pronunciado alguna palabra pública de conmiseración:

> *«No es suficiente decir que el asunto fue lamentable, expresión que se dice tan solo por humanidad; aunque apuñalar y matar a nuestros hombres hubiera sido justificado. No es suficiente decir que el incidente es deplorable y que el incidente no es inusual en los puertos donde se reúnen marineros extranjeros. No es sincero el gobierno al tratar, equivocadamente, de minimizar los hechos para transmitir a un país amigo sus sentimientos ante una ofensa y atrocidad como esta».* [61]

Finalizaba su exposición reclamando de la injustificada demora de la investigación que se había llevado a cabo en Chile y de la nota *«no diplomática y groseramente insultante»* del ministro Matta; luego agregaba que *«estas graves y patrióticas consideraciones exigen una respuesta»*.

Apuntaba a que el asunto del «USS Baltimore» se había producido, porque buscaban la muerte de los dos marineros norteamericanos, debido a lo cual la dignidad, el prestigio y la influencia del país no podían sacrificarse:

> *«Debemos proteger a quienes, en puertos extranjeros, despliegan la bandera o el uniforme de este gobierno contra los insultos, la brutalidad y la muerte, infligidas por resentimientos contra los actos de su gobierno, y no por alguna falta de ellos».*

Y terminaba abruptamente: *«Yo no he recibido respuesta de nuestra nota del 21st.*[34]*, pero, en mi opinión, no debo demorar más tiempo traer estas materias a la atención del Congreso para tomar las acciones que se consideren más apropiadas»*.

Reacción del Congreso

Para Harrison era un requisito indispensable recurrir al Congreso para declarar la guerra, pues así lo establecía el artículo 1°, sección 8, cláusula 11 de la Constitución de los Estados Unidos.

Al recibir el mensaje, los parlamentarios demostraron su renuencia a avanzar tan rápido en el empleo de medidas bélicas.

El senador por Kentucky, William Breckinridge, reconoció que la guerra era necesaria para proteger el honor, la gloria, la dignidad del país y la seguridad de sus marinos, pero que ello constituía un recurso extremo y proponía pedir al Presidente mayores informaciones para poder discutir la cuestión con mayor conocimiento y cuidado.

En la Cámara de Representantes, el presidente del comité de asuntos exteriores, James Blount, de Georgia, recordó al parlamento que a ellos les correspondía analizar las circunstancias y se comprometió a que, después de una cuidadosa deliberación, que evitara la confusión que provocaría un tratamiento inmediato, harían sus recomendaciones, basadas en un análisis serio y tranquilo.

El congresista por Ohio, John Sherman, fue enfático en pedir que se pasaran los antecedentes al Comité de Asuntos Exteriores, pues, considerando la gravedad e importancia de la materia, no era conveniente hacer comentarios en ese momento. [(7)]

Chile capitula

El gobierno de don Jorge Montt tenía el convencimiento más absoluto que no era responsable de la gresca del 16 de octubre y reconocía que el ultimátum dado por los Estados Unidos era totalmente injusto y estaba posiblemente inspirado en las pretensiones políticas del presidente Harrison para lograr su reelección; pero tomó la decisión que el asunto del «USS Baltimore» no podía conducir a Chile a la guerra, pues los riesgos serían demasiado grandes y no valía la pena el sacrificio que ello significaría. [(76)]

El nuevo canciller chileno, Luis Pereira, en una larga respuesta de fecha 25 de octubre, al ministro plenipotenciario Egan, hizo una detallada relación de todo lo que había sucedido desde los hechos del 16 de octubre de 1891 y las explicaciones dadas de cada actuación, así como también la posición de nuestro país y el fallo de los tribunales de justicia y termina manifestando:

> *«Exprese US. a ese gobierno lo anteriormente consignado, agregando todos los datos que US. conoce, en la forma más correcta y amistosa, y manifieste al gobierno de los Estados Unidos sentimientos muy sinceros por este desgraciado incidente que, aunque no extraño en los puertos del mundo, este gobierno lamenta*

[34] La nota no había sido entregada a don Pedro Montt hasta el día 23.

doblemente por cuanto se hallan de por medio los francos deseos de cordialidad americana»

«Si el gobierno de Estados Unidos no aceptase como satisfactorias las explicaciones que preceden, sin perjuicio que la justicia nacional haga efectiva la responsabilidad de los culpables en el desorden del 16 de octubre, el infrascrito debe recordar que el gobierno de Chile, por intermedio de su ministro en Washington, ha manifestado el deseo de someter cualquiera dificultad al veredicto arbitral, ante cualquiera potencia o tribunal».

Más adelante continuaba, dejando en manos del gobierno de los Estados Unidos la posición que quisiera adoptar, pues le daba la elección de designar un árbitro o que sus tribunales de justicia decidieran, sin participación alguna de nuestro país:

«Por lo tanto, el gobierno de Chile cree que ha llegado el caso de someter al juicio arbitral, en los términos tan amplios que deja indicados, cualquiera diferencia de apreciación que pudiera tener con el gobierno de Estados Unidos, sobre el incidente del Baltimore. Queda, pues, entregada al honorable secretario de Estado en el departamento de relaciones exteriores de Washington la designación entre la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos o un Tribunal Arbitral, para que determine la reparación a que Chile puede estar obligado por aquel lamentable suceso».

Con respecto al telegrama del ministro Matta, lo retiraba absolutamente, pedía disculpas y le daba al gobierno norteamericano la facultad de poner en conocimiento, de quien quisiera, que se estaba pidiendo perdón:

«En cuanto al despacho dirigido con fecha 11 de diciembre al ministro de Chile en Washington, por el ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional, el infrascrito expone que no pudo haber, de parte del gobierno de Chile, el propósito de inferir ofensa alguna al gobierno de los Estados Unidos, con el cual desea cultivar siempre las más amistosas relaciones. En consecuencia, el infrascrito deplora que en ese telegrama se usaran, por error de concepto, las expresiones que son ofensivas a juicio del gobierno de US. y cumple con un alto deber de cortesía y lealtad respecto de una nación amiga, declarando que el gobierno de Chile retira en absoluto dichas expresiones. Confía el infrascrito en que esta franca y explícita declaración, que confirma la que ya se había hecho al honorable secretario de Estado en Washington, lleve al ánimo del excelentísimo señor Harrison, de su gobierno y del pueblo americano, el convencimiento de que el gobierno y el pueblo de Chile, lejos de abrigar sentimientos de hostilidad, tienen el vivo anhelo de mantener inalterables las buenas y cordiales relaciones que hasta el presente existen entre los dos países; declaración que se hace sin reservas, para que reciba la publicidad que el gobierno de US. estimare conveniente».

Finalmente acepta que el contumaz Patrik Egan continúe en su cargo, mientras los Estados Unidos así lo deseen:

«En orden a la insinuación hecha sobre el cambio del personal de la legación de US. y a qué se refieren las instrucciones del honorable secretario de Estado, cum-

ple el infrascrito declarar que el gobierno de Chile no formulará gestión alguna, sin el acuerdo del gobierno de los Estados Unidos, con el cual desea mantenerse en amistosa inteligencia»[12].

El diario «El Mercurio» de Valparaíso, procurando reducir el impacto de la declaración chilena publicó, el 27 de enero de 1892, en su editorial:

«Nuestro gobierno, según dicen noticias autorizadas, ha accedido a las exigencias de la cancillería norteamericana y ha evitado a la Gran República la necesidad de hacer en Sudamérica un ensayo de poder. No ha querido considerar, para reparar un error, que la justicia, ley eterna de los pueblos a que ninguno falta impunemente, no podía autorizar pretensiones que iban más allá de lo que estaba autorizado para pedir un gobierno fuerte y que puede, por lo mismo que es fuerte dispensarse de la obligación de ser exageradamente susceptible. Ha tenido en cuenta solamente que confesar un error no deprime la dignidad de nadie y ha dado las satisfacciones que se le exigían para poner término a un conflicto que no era prudente ni patriótico prolongar. Tal vez Chile saque de este hecho la consecuencia de que los pueblos débiles ganan poco y se exponen a perder mucho en sus relaciones con los pueblos poderosos, y, si la lección la aprovecha, no se podrá decir que ha adquirido a mucha costa una experiencia saludable». [7]

Los Estados Unidos solo querían la guerra

Chile capituló ante las condiciones del coloso del norte cediendo a todas sus exigencias, lamentando las expresiones ofensivas del cable del ministro Matta, retirándola en absoluto y autorizando al gobierno norteamericano a darle la publicidad que estimara conveniente. Lamentaba los hechos y ofrecía indemnizar a los familiares de las víctimas.

Esto conformaba las exigencias del ultimátum, pero los Estados Unidos no querían la capitulación de Chile, ¡querían la guerra!

El Congreso norteamericano recibió el lunes 25 de enero, esto es, el mismo día que había sido entregada la respuesta de nuestro gobierno, una nota del presidente Harrison que incluía toda la correspondencia relativa a las relaciones con Chile, la cual, según los observadores contemporáneos, era un «hábil mensaje» que tendría el beneplácito de todo el pueblo y exitaría, como no lo había logrado exitar en muchos años, el orgullo de los norteamericanos.

Los patrioteros miraron las circunstancias como indicativas de ser *«poderosos, aunque generosos, quienes conscientes de su propio poderío, finalmente defendían sus derechos y mantenían su dignidad, sin ninguna disposición a despojar o humillar a sus vecinos más débiles»* [61]. A pesar del histrionismo, el mensaje intentaba, indudablemente, llegar a una confrontación. [36]

El parlamento norteamericano dio carta blanca al presidente Harrison, incluyendo la declaración de guerra si era necesario. El estado de alerta fue dado a todos los buques de la flota norteamericana.

La prensa demócrata, adicta al Presidente no tuvo límites para humillar a nuestro país y presionar a Harrison, mientras que la republicana, mostrando más cautela e interpretando

el mensaje como una invitación a la guerra, entraba en consideraciones que el costo sería de cien millones de dólares.

Aunque la comunicación chilena accediendo a todas las demandas había sido entregada en Washington el día 25 de enero y el presidente Harrison *ya la tenía en su poder* cuando mandó su nota al Congreso, la silenció y la retuvo hasta el día 27, situación que nunca pudo explicar satisfactoriamente.

Cuando, posteriormente, trató de investigarse al respecto, se dijo que el mensaje al Congreso había sido despachado mientras la nota chilena se estaba traduciendo, ignorando así Harrison su contenido..., excusa infantil la cual, por otra parte, no justificaba que el parlamento siguiera desconociendo aquella nota 48 horas más ¡y cuando resolvía sobre la guerra!. (2)

Hubo, además, una solicitud verbal del presidente Harrison, al ministro plenipotenciario Montt, haciéndole presente que era preferible para Chile postergar la contestación del ultimátum, lo que el diplomático ingenuamente recomendó hacer al ministro Pereira. Afortunadamente este último no cayó en la trampa, pues ello sucedía el mismo día 25 de Enero en que, paralelamente, se reunía con las autoridades del Capitolio, el secretario de defensa Tracy para explicarles el plan de guerra contra Chile y obtenía su aprobación.

Los termocéfalos insisten

Al enviar Harrison la nota chilena al Congreso, éste se vio obligado a considerarla satisfactoria, dándose fin al incidente; pero los próceres que querían probar sus nuevos ingenios guerreros no quedaron conformes.

«The New York Times», que como vimos, había sido el primer periódico en reaccionar violentamente contra nuestro país cuando el presidente Harrison presentó su mensaje anual al Congreso, ahora comenzaba a aquilatar la posición a la que el Presidente quería arrastrarlos y se planteaba que no era gloria la que obtendrían luchando con Chile, que era un país pequeño, mientras ellos eran grandes y se encontraban deslumbrados por la expectativa de emplear su fuerza naval y militar, y más adelante afirmaba *«no somos cazadores de gloria»*. (62)

La posición del diario neoyorquino tuvo una réplica inmediata en el ejército norteamericano, el que respondió por el mismo medio haciendo presente que la flota chilena era pequeña, pero moderna, teniendo capacidad para cobrar revancha con California o con otros puntos de la costa oeste.

Los más conocidos personajes públicos mostraron interés por la nueva situación producida. A principios de enero John Hay hizo presente que Brooks Adams y Theodore Roosevelt estaban *«profundamente disgustados»* con Harrison por no haber declarado la guerra.

Theodore Roosevelt, que muy pronto también llegaría a la primera magistratura de los Estados Unidos, manifestó *«ha sido deshonesto retractarse con los dientes apretados. Por dos centavos declararía la guerra»*. (63)

El anterior secretario del tesoro Walter Q. Gresham, quien no era amigo del Presidente, recibió una carta desacreditando al secretario de guerra Stephen B. Elkins, quien habría impulsado a su país a la guerra para ayudar a Harrison. (64)

El congresista Nelson Dingley se encargó de presionar a sus colegas, haciendo presente que para mantener la dignidad y el honor de su país, la declaración de guerra era *«claramente necesaria»*. (65)

Andrew Carnegie

Una voz se escuchó en la capital norteamericana para tratar de convencer al Presidente de la República del desatino que estaba cometiendo; se trataba del famoso gran industrial Andrew Carnegie, quien viajó especialmente a Washington para tratar de persuadir a Harrison que tuviera paciencia.

Con posterioridad, Carnegie ha recordado no haber obtenido mucho de aquella entrevista, cuyo desarrollo fue:

> *—Carnegie: Señor Presidente, si vamos a una guerra, yo buscaría un contrincante de mi tamaño.*
> *—Harrison: Bien, ¿Dejaría Ud. que una nación lo insultara y deshonrara, porque es más chico?*
> *—Carnegie: Señor Presidente, ningún hombre puede deshonrarme, excepto yo mismo. Las ofensas al honor son auto infligidas.*
> *—Harrison: Ud. Ve, nuestros marineros fueron atacados en tierra y dos de ellos fueron asesinados. ¿Ud. permitiría eso?*
> *—Carnegie: Señor Presidente, yo no pienso que los Estados Unidos son deshonrados cada vez que tiene lugar una pendencia de marineros borrachos...Yo estaría dispuesto a degradar al capitán del buque por permitir que los marineros bajaran a tierra cuando se produjo el alboroto en una ciudad cuya tranquilidad pública ya estaba perturbada.* (66)

Las indemnizaciones

Nada sucedió con el pago de las indemnizaciones hasta fines de marzo de 1892 cuando Egan recordó a Blaine que los reclamos aún no eran satisfechos.

Un nuevo ministerio que asumió en Chile, a mediados de junio, quiso terminar el odioso caso y cablegrafió a Washington para establecer los montos a pagar, pero Blaine ya no ejercía la secretaría de Estado, recibiéndose respuesta del nuevo titular, John W. Foster, por intermedio de Egan.

La respuesta norteamericana, recibida en julio, hablaba solamente que esperaban una indemnización *«proporcional a la ofensa»*.

En un telegrama confidencial de Foster a Egan le manifestaban que los Estados Unidos aceptarían un pago de cincuenta mil dólares en oro *«si Ud. no puede obtener algo mejor»*.

Egan elevó la cifra a setenta y cinco mil dólares oro, comunicándolo a Washington y recomendando su aceptación.

El 16 de julio de 1892, Egan envió una letra de pago a los Estados Unidos. Las familias de Riggin y Turnbull recibieron diez mil dólares cada una, los marineros Anderson y Hamilton, cinco mil cada uno, y los restantes cifras fluctuantes entre los setecientos y los cuatro mil dólares. Otros veintitrés, que habían sido detenidos fueron premiados con cantidades de trescientos a quinientos dólares. (36)

El fin de la misión Egan

A principios de 1892 el presidente Jorge Montt había autorizado la salida de los refugiados de la embajada; pero Egan continuó en su puesto.

El fin de su misión en Chile no terminó hasta abril de 1893, abruptamente, cuando asiló a los dirigentes balmacedistas señores Anselmo Blanlot y al ex coronel Ezequiel Fuentes que habían intentado sublevar un regimiento en Santiago contra el gobierno.

Egan trató de obtener salvoconductos para que abandonaran el país, pero el gobierno chileno los denegó, aduciendo que se trataba de delitos comunes, tesis que fue aceptada por el nuevo presidente de los Estados Unidos, Stephen G. Cleveland. No dándose por vencido, el ministro plenipotenciario arrastró en asunto; pero recibió un conminatorio cable de su gobierno.

Viéndose en la necesidad de cumplir las instrucciones recibidas, Egan se dirigió a la cancillería chilena para arreglar su entrega, no sin prevenir antes a los afectados. Estos intentaron huir, rompiendo en cerco policial que rodeaba a la legación; Fuentes fue recapturado, pero Blanlot, disfrazado de mujer, tuvo éxito y pasó a Argentina. [2]

Egan dejó un mal recuerdo en Chile, la prensa informó, con motivo de la partida del diplomático, ilustrando los sentimientos que se tenían por él:

> *«Mr. Patrick Egan, ex ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en nuestro país, partió ayer en el vapor "Mapocho", el mismo que trajo a su reemplazante, Jeneral Porter. Se embarcó con su familia en una chalupa minutos antes de las cinco y media de la tarde. Una media docena de amigos, todos extranjeros, lo esperaban en el muelle. También acudieron unos cuantos curiosos que no habían tenido oportunidad de conocerlo. Algunas horas antes se había corrido que se le daría una silbatina para demostrarle la mala voluntad que por su conducta se le tiene en este país. La policía, por si la manifestación tomase un carácter agresivo, envió al muelle y sus alrededores un buen número de ajentes. Sin embargo, nada ocurrió que justificase el rumor».* . [77]

Capítulo VIII
Epílogo

Una historia

Además de la capitulación de Chile y el pago de los setenta y cinco mil dólares oro que debían entregarse a las víctimas de la riña, los Estados Unidos habrían exigido que se rindiera honores al pabellón norteamericano en un puerto de ese país.

La idea que prevalecía en el gobierno chileno era que ello no significaba un gesto de humillación, pero no se había dado satisfacción.

Hacia 1902, después de un virulento debate y considerables dudas, se dispuso que el crucero «Chacabuco» se dirigiera a la bahía de San Francisco a cumplir con el patético encargo que le había ordenado el gobierno y pondría fin a todo el embrollo del «USS Baltimore»

En el puerto amanecía y la bandera tricolor flameaba en lo alto, cuando el Comandante se dirigió a la tripulación formada en la toldilla, y explicando que había recibido la dolorosa misión de arriar el pabellón a los sones del himno norteamericano como castigo por lo sucedido en el caso de «Baltimore», pidió a sus hombres que se presentara un voluntario.

Después de un profundo y conmovedor silencio, se oyó la voz del oficial más joven del buque, el teniente Carlos Peña, ofreciéndose para ello.

Mientras caminaba hacia el asta y la banda tocaba el himno norteamericano, las miradas de odio, desprecio y humillación se fijaban en él, hasta que llegó a ella, desamarró la driza y lentamente dejó caer el tricolor. Luego dirigiéndose a la banda ordenó tocar la Canción Nacional y envolviéndose en la bandera sacó de su bolsillo la pistola de reglamento y se descerrajó un disparo en la sien, cayendo sobre la cubierta abrazado al pabellón. En la Escuela Naval se levantó un busto en su recuerdo, en un lugar que no agrada ser mostrado a los visitantes, con la siguiente inscripción «Teniente Carlos Peña. Muerto con honor y gloria».[2]

Nada de esto es cierto, no constituye más que una leyenda que en su época nadie dudó de su veracidad; pero que su invención, detalle y persistencia en el tiempo, ilustran hasta donde caló en la opinión pública la afrenta y la ignominia que debió sufrir nuestro país, debido a la arrogancia, soberbia, jactancia y endiosamiento del presidente Harrison y su equipo de gobierno, el cual no consiguió la reelección, la cual creía obtener ofendiendo a Chile.

La historia es de total falsedad, pero fue repetida una y otra vez, con pequeñas variaciones, en los años posteriores a los hechos, incluso publicaciones más o menos serias la relataron; pero no hubo, en aquellos años, un oficial de apellido Peña en el escalafón de la Armada, ni busto en la Escuela Naval, ni un crucero «Chacabuco».

Honores de héroe para Riggin

Muchos marineros norteamericanos han muerto al servicio de su país, pero tal vez ninguno ha recibido los honores del contramaestre Riggin, transformado en un mártir que cayó en las afueras del prostíbulo *«True Blue»*, ejemplo de temperancia y abstinencia alcohólica

Si el incidente del «USS Baltimore» no iba a rendir todas las ventajas electorales que buscaba el presidente Harrison, como habría sucedido al llegar a una guerra con Chile, las exequias del marinero asesinado fueron de un boato que hubiera sido la envidia de Goebbels, el ministro de propaganda de Adolfo Hitler, cuando organizaba las ceremonias públicas con que el dictador enardecía a sus partidarios antes de la Segunda Guerra Mundial.

Como hemos visto, los cuerpos de Riggin y Turnbull recibieron sepultura en el cementerio de disidentes de Valparaíso donde habían sido enterrados con honores militares.

En el mes de agosto de 1892, las autoridades norteamericanas decidieron repatriar los restos de Riggin a Philadelphia, su ciudad natal.

El periódico «New York Recorder» lanzó una campaña de recolección de dinero, consistente en la contribución que harían los escolares donando monedas de diez centavos (dimes), con las cuales se fundieron tres estatuillas de plata que representaban a Riggin, las que fueron donadas al presidente Harrison, al secretario de Estado Blaine y al secretario de defensa Tracy. Una de ellas aún es exhibida hoy en el Benjamin Harrison Memorial Home en Indianápolis como «Riggin Testimonial» con una explicación de alabanza a la administración de Benjamin Harrison:

> *«Las estatuillas fueron confeccionadas como testimonio para mostrar a los norteamericanos la rápida y patriótica acción tomada por el gobierno para defender los derechos de los Estados Unidos. Las estatuillas fueron diseñadas además para servir como recuerdo del ataque a los marineros norteamericanos en las calles de Valparaíso, Chile, Octubre 19, 1891 (sic). El contramaestre Riggin fue elegido como el modelo de las estatuillas, porque él fue el único oriundo de los Estados Unidos que perdió su vida en la reyerta. Además Riggin era considerado por sus superiores como un modelo de hombre de mar y por su inmaculada hoja de servicios de sus doce años en la marina».* (78)

La idea había sido lanzada el 31 de enero de 1892 y la recolección de monedas terminó el 27 de marzo, habiéndose recibido 25.274 dimes y el modelo fue una *«contribución gratuita al patriótico sentimiento que ello encarnaba»* del escultor Alexander J. Doyle de Nueva York. (78)

Como otro homenaje a la memoria del contramaestre muerto, se dispuso que sus restos no podían permanecer en Valparaíso y en febrero de 1892, el secretario de Estado Blaine cablegrafió al ministro plenipotenciario en Santiago que, por el deseo de los hermanos del occiso, sus despojos debían ser trasladado a Pennsylvannia.

Patrick Egan no podía dejar pasar esta nueva oportunidad para crear conflictos con el gobierno de Chile y como la entrega del cadáver a la casa Grace, que debía efectuar el traslado, se demorara debido a problemas menores con las autoridades sanitarias para autorizar la exhumación, cablegrafió al secretario de Estado John W. Foster, que había reemplazado a Blaine, indicando que dicha casa comercial estaba insultando a los Estados Unidos al negarse a recibir el cuerpo del marinero.

Finalmente el féretro fue embarcado en el vapor «Cachapoal», que lo llevó hasta Panamá, desde donde continuó en el barco norteamericano «Progress». Acompañó los restos el cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, señor William D. Mc Creary, y su hija.

La prensa norteamericana rivalizó en los más rimbombantes titulares y editoriales, «The Philadelphia Inquirer» decía:

> *«Por su muerte, un gran principio ha sido reivindicado y es que la bandera de la Unión debe ser respetada en cualquier parte, en tierra o en el mar, y no existe ningún ciudadano norteamericano, bien dispuesto, que objete que se le rindan honores al cuerpo de este marinero que cayó en las manos de una turba y este principio debe ser mostrado ante el mundo».* (79)

El catafalco fue llevado a Philadelphia y colocado en el Hall de la Independencia, donde en 1776 se proclamó la independencia del país, bajo la Campana de la Libertad.

Los periódicos más serios, como «The Nation» y «Philadelphia Press», cuestionaron duramente el despliegue mostrado, pues correspondía a honores que anteriormente solo se habían rendido a grandes hombres tales como Benjamín Franklin, Henry Clay y Abraham Lincoln.

Pero «The Philadelphia Inquirer» volvió a la carga, publicando el 7 de agosto:

> *«Será la más grande demostración en honor de la memoria de un pobre, pero valiente marinero, por el que siempre se tiene que dar testimonio en Philadelphia. Habrá alguien que vergonzosamente hará alguna censura crítica, se arrastrará como rata y estará dispuesto a atacar al gran Ejército de nuestra república, a los patriotas Hijos de América, al American Mechanics y a otras organizaciones patrióticas... simplemente, porque ellos desean ofrendar todo su respeto y con ello desmentir las falsedades del hombre que perdió su vida en manos de una turba extranjera y no por otra razón que llevar puesto el uniforme azul de la marina de los Estados Unidos».* (80)

Marineros que portaban fusiles con bayoneta, honor reservado a reyes y presidentes, hicieron guardia de honor. Más de 28.000 espectadores desfilaron por el lugar.

Los funerales se realizaron el domingo 14 de agosto y fueron apoteósicos. Se efectuaron en el Woodlands Cementery, donde acompañaron al féretro seis mil representantes de las fuerzas navales, militares, cívicas y organizaciones patrióticas de Pennsylvania y alrededor de otras 300.000 personas que siguieron y presenciaron el cortejo desde el Hall de la Independencia hasta el camposanto.

La escolta la formaban ciento veinticinco hombres del Primer Regimiento de la Guardia Nacional de Pennsylvania, doscientos del Tercer Regimiento, cincuenta de los Grey Invincibles, setenta y dos de la Compañía C de la Guardia Nacional de New Jersey, gran cantidad de Veteranos del Ejército, Hijos de Veteranos, Hijos de América, Juniors Mechanics, veteranos navales.



Un pelotón de fusileros marines precedían la carroza con varias docenas de marineros y suboficiales formando la guardia de honor.

Seis caballos negros cubiertos con atuendos azules y estrellas blancas tiraban el carro mortuorio, en el medio del cual un haz de hojas de palmas triunfales rodeaban un águila dorada.

Un obispo protestante se encargó de resaltar, por última vez, las virtudes de la víctima.[18]

El procurador del distrito, William W. Ker describió como había muerto Riggin, enfatizando que *«cada herida que recibió fue dada por el odio, no a él, sino que al país al cual estaba sirviendo»*.

La única explicación que tienen las teatrales exequias de un marinero muerto en una riña de borrachos, al cual se le exaltaron sus virtudes de heroísmo y ponderación, puede encontrarse en el oportunismo político, pues faltaban muy pocos meses para la elección presidencial y Harrison veía peligrar una reelección a la que tanto aspiraba.

Así se ponía fin a una situación de diaria ocurrencia en cualquier puerto del mundo, pero el cual había hecho que Chile fuera una de las primeras víctimas de la nueva política del «Gran Garrote» (The Big Stick), la cual simbolizara, años más tarde, la frase del presidente Theodore Roosevelt: *«Tengo la fuerza y voy a usarla»*.

Rememorando el incidente el historiador norteamericano Albert Hart escribió: *«El error de nuestra diplomacia con Chile es sobrevaluar nuestros derechos y privilegios e ignorar los de ellos»*.

La herida continuó abierta

La humillación recibida por el incidente del «USS Baltimore» no fue reprochada al presidente Jorge Montt ni a su canciller Luis Pereira y demás secretarios de Estado. ¡Era tan absurdo arriesgar la guerra por un motivo así, de total nimiedad! Resultaba de prudencia elemental hacer lo que, en definitiva se hizo, ante un capricho infantil; pero la herida continuó abierta. [3]

Benjamín Harrison, a pesar de la forma como había jugado sus cartas para obtener su reelección despertando el espíritu nacionalista norteamericano, fue derrotado y su sucesor, el presidente Stephen Grover Cleveland, trató de borrar los odios desatados y congraciarse con Chile, buscando restablecer su confianza.

En los últimos días de diciembre de 1892, arribó al puerto de Valparaíso el escuadrón del Pacífico, cuyo mando había asumido el contraalmirante Bancroft Gherardi, antiguo jefe de la escuadra del Atlántico Norte durante la crisis, en una visita de cortesía. Componían esta fuerza naval el «USS San Francisco», «USS Baltimore», «USS Charletown» y «USS Yorktown», todos ellos actores estelares del conflicto.

Después de una visita protocolar al presidente Jorge Montt a la capital, para demostrarle que su gobierno no guardaba rencores, fue invitado, junto a su gabinete, a un banquete que se realizaría abordo del «USS Baltimore» el día de Navidad. El Presidente declinó la invitación, haciéndose representar por el ministro de relaciones exteriores y el edecán naval. La escuadrilla zarpó al día siguiente a Montevideo. Por su parte el almirante Montt nunca se reconciliaría con los Estados Unidos ni con su marina.

En 1896, Montt decía al ministro plenipotenciario británico en Santiago, A.L. Kennedy, que estábamos *«alertas a la necesidad de resistir cualquier avance norteamericano, aparentemente amistoso»* y agregaba que el gobierno de los Estados Unidos era *«sin escrúpulos y corrupto»*. (6)

Pero la animosidad no corrió solamente por parte de nuestro país, en 1895 el secretario de Estado Richard Olney, haciendo gala del espíritu imperialista que abrigaba su gobierno se refirió a que los Estados Unidos tenían un poder *«prácticamente soberano»* donde *«sus órdenes son ley»*, lo que causó gran irritación en todas las representaciones latinoamericanas en Washington. Para atenuar su efecto, la cancillería norteamericana decidió reunirse privadamente con todas ellas, pero se excluyó la chilena. En la transmisión del hecho que hizo el ministro plenipotenciario chileno Domingo Gana, expresó: *«debo agregar que el secretario de Estado manifestó en esos días, confidencialmente a uno de mis colegas, que el único país de América con cuyas simpatías no era seguro contar en estas circunstancias, era el nuestro»*. (2)

Continúa el desarrollo naval

El tonelaje de la marina norteamericana, a principios de la década de 1890, era muy inferior a la que ostentaban las armadas de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Alemania y de un poder ligeramente inferior a las de Holanda, Italia, España, Turquía, China, Noruega-Suecia y Austria-Hungría.

A pesar de su esfuerzo de levantar el patriotismo norteamericano con el incidente del «USS Baltimore» y así conquistar los votos que le eran esquivos, la presidencia de Benjamín Harrison llegó a su fin en marzo de 1893, la U.S. Navy continuó su plan de desarrollo y de un espectacular aumento de su tonelaje a flote; sus buques ya no serían concebidos para defenderse, sino que para atacar. (36)

Indudablemente el hombre que revitalizó a la marina norteamericana, fue el secretario del ramo Benjamin F. Tracy; la política que se había trazado era llevar a la institución a un lugar de privilegio que aumentara la posibilidad que las armadas europeas se fijaran en el poder que tenía.

El incidente del «USS Baltimore» fue el símbolo de la transición que estaba ocurriendo y que apuntaba a ganar prestigio y un gran estatus de poder. La amenaza de declarar la guerra a Chile era, para los Estados Unidos, la esperanza de demostrar su hegemonía en el hemisferio occidental y mejorar su reputación.

Las naciones europeas no se dejaron impresionar por el desarrollo que estaba tomando la marina norteamericana y el resultado de esta ambición unitaleral sería la guerra hispano-norteamericana de 1898.

Para la voladura del acorazado «USS Maine» en el puerto de La Habana, el 15 de febrero de 1898, detentaba la secretaría de marina, bajo el presidente William McKinley, otro hombre de espíritu soberbio y proyectos continentales hegemónicos: Theodore Roosevelt. (81)

Al asesinato del presidente McKinley, Roosevelt fue nombrado 26° presidente de los Estados Unidos el 14 de septiembre de 1901.



La Gran Flota Blanca en Punta Arenas, 28 de enero de 1908, formada por 18 acorazados, 6 destructores y 5 buques auxiliares, los que totalizaban más de 300.000 toneladas

La última ofensa

Theodore Roosevelt, quien tuvo durante su administración una política dura y arrogante con los países del continente, quiso hacer una espectacular demostración de fuerza y exhibir los nuevos buques que habían cambiado la faz a la marina norteamericana. Este fue el orígen de una gran escuadra del Océano Atlántico, que por el color de los cascos de los buques que la componían, sería conocida como la «Gran Flota Blanca» («The Great White Fleet»), la cual era «la niña de los ojos» del Presidente.

Con el pretexto de querer disipar las suspicacias que la política «del gran garrote» había despertado en las repúblicas sudamericanas, pero con el propósito de mostrarles el real poderío que había adquirido su marina, Theodore Roosevelt determinó que su regalona Gran Flota Blanca atravesara desde el Océano Atlántico hacia el Pacífico, a principios de 1908, visitando una serie de puertos del continente americano.

La flota estaba dividida en dos escuadras de acorazados y una escuadrilla de destructores, las que se hicieron a la mar desde el puerto de Hampton Roads, en el mes de diciembre de 1907, con destino a Río de Janeiro, Punta Arenas, El Callao, Magdalena y finalmente San Francisco.

Habían transcurrido seis años desde el incidente del «USS Baltimore», seguramente no se habían aplacado los sentimientos antinorteamericanos, pero indudablemente Roosevelt debe haber querido mostrar a los chilenos su nuevo poder. Se dejó fuera en el plan de recaladas a Valparaíso que era, en aquellos años, el principal puerto americano del Océano Pacífico y se incluyó la modesta ciudad de Punta Arenas.



Lo más probable es que la determinación debe haber sido tomada a causa de que comandaba la Gran Flota Blanca, Robley D. Evans, «Bob el Peleador», que tan malos recuerdos había dejado en Valparaíso con su trato soberbio y arrogante, que ahora ostentaba el grado de contralmirante, al mando de la mayor escuadra que haya navegado por nuestras costas.

Aún así, el gobierno chileno, tal vez tratando de sanar viejas heridas, estimó que una visita de esa relevancia no podía ser pasada por alto y dispuso el envío de una comisión oficial de bienvenida, la que encabezaba el contralmirante Juan M. Simpson, marino de gran prestigio, embarcado en el crucero «Chacabuco», adquirido hacía solo cinco años a astilleros británicos, la cual arribó al austral puerto el 28 de enero de 1908 al mando del comandante Stuven; llevaba además, como invitado especial, al embajador de Estados Unidos en Chile, señor John Hicks. Acompañaba al buque chileno una división de torpederos al mando del capitán de corbeta Lautaro Rozas.

La formación naval norteamericana la componían 16 grandes acorazados de un tonelaje promedio de 18.000 toneladas cada uno, integrando cuatro divisiones agrupadas en dos escuadrones.

Al mando directo de Evans navegaban el «USS Connecticut», buque insignia, el «USS Louisiana», el «USS Kansas» y el «USS Vermont».

El contralmirante Emory izaba su insignia en el acorazado «USS Giorgia» y su división la componían el «USS Virginia», el «USS New Jersey» y el «USS Rhode Island».

La agrupación mandada por el contralmirante Thomas, tenía al «USS Minnesota» como nave capitana, y las componían el «USS Ohio», el «USS Maine» y el «USS Missisipi».

Finalmente en el «USS Illinois» enarbolaba su insignia el contralmirante Sperry y completaba el escuadrón el «USS Kearsage» y el «USS Kentucky».

Estos acorazados eran las estrellas de la flota, la cual además estaba compuesta de una división de destructores compuesta por los «USS Whipple», «USS Hopkins», «USS Hull», «USS Stewart», «USS Truxtri» y «USS Lawrence».

Otros cinco buques auxiliares para los servicios de abastecimiento, reparaciones y sanidad completaba la formación.

Tan solo la tripulación de los acorazados llegaba a los quince mil hombres, lo cual superaba a la población de Punta Arenas, cuyo censo había arrojado once mil doscientos veintiún habitantes hacía tan solo dos meses antes.

El arribo de la flota se aguardaba en el puerto con gran expectación, pues jamás había navegado esos mares una agrupación de veintisiete buques que significaban trescientas mil toneladas a flote.

Los preparativos fueron de toda índole, encaminados a recibir debidamente a los visitantes y hacer grata su estadía. La municipalidad dispuso el lavado de edificios y aceras, el embanderamiento voluntario de la ciudad y todas las medidas aconsejables para evitar situaciones desagradables. Las autoridades locales y el vice cónsul de los Estados Unidos, que era el prestigioso empresario Mauricio Braun, hicieron sus propios programas de festejos.

Los actos oficiales comprendieron un banquete en el crucero «Chacabuco» ofrecido por el contralmirante Simpson a los jefes superiores de la flota y al embajador norteamericano en Chile.

Un baile de gala en la suntuosa residencia del vice cónsul Braun, funciones artísticas musicales, excursiones, fiestas para la marinería, etc. y cuanto pueda imaginarse para la pequeña ciudad que recibía tan alto número de huéspedes completaron la semana de permanencia de la Gran Flota Blanca, la cual terminó con una cena solemne a bordo del «USS Minnesota» ofrecida por el contralmirante Thomas.

El contralmirante Evans, declarándose presuntamente enfermo según la prensa, no se dejó ver en momento alguno, debiendo responder a los honores el contralmirante Thomas, que lo seguía en antigüedad[35].

El esta forma «Bob el Peleador», ratificando sus antecedentes, infirió un desaire al país, como lo notaría la población puntarenense.

Los marineros norteamericanos bajaron a tierra a razón de mil a mil doscientos por día, para no provocar problemas, recorriendo los pocos bares y cantinas que podía ofrecer la ciudad en la época.

La prensa registró un frío recibimiento a los visitantes, el cual no tenía parangón con la entusiasta acogida tributada, unos pocos años antes, a la tripulación del crucero brasileño «Almirante Barroso», que había tocado ese puerto.

Desde Punta Arenas la Gran Flota Blanca fue escoltada por el crucero chileno «Chacabuco» y los torpederos que lo acompañaban hacia Valparaíso.

Como no estaba contemplada una recalada a este puerto, el contralmirante Evans invitó al Presidente de la República, que a la sazón era don Pedro Montt, el mismo que se había desempeñado como ministro plenipotenciario en Washington durante la crisis del «USS Baltimore», para que revistara los buques.

[35] Solamente el vice cónsul de los Estados Unidos, Mauricio Braun, consignaría, en sus memorias, haberlo visto.

El presidente Pedro Montt se embarcó en la corbeta «General Baquedano» y lo acompañaba el Director General de la Armada, vicealmirante Jorge Montt, quien había sido Presidente de la República durante los luctuosos sucesos. Además integraba la comitiva Rafael Sotomayor, Ramón Barros Luco, Agustín Ross, Guillermo Rivera, Angel Guarello, Jorge Huneeus, el intendente de Valparaíso Patricio Larraín Alcalde, el alcalde Enrique Bermúdez, Juan Naylor, Guillermo Plummer y altos jefes de las instituciones armadas.

La Gran Flota Blanca hizo su aparición por el sur, describiendo un semi círculo por la bahía y pasando frente a la corbeta donde se izaba la insignia presidencial. Se dispararon en total 1.037 cañonazos de saludo.

El contralmirante Evans brilló por su ausencia, declarándose nuevamente enfermo, debiendo guardar cama. [58]

En alguna medida el asunto del «USS Baltimore» todavía continuaba penando en las relaciones con los Estados Unidos.

Bibliografía

(1) *El patio trasero. Las inamistosas relaciones entre los Estados Unidos y Chile* por Germán Bravo Valdivieso. Editorial Andújar, Santiago 1998.

(2) *Historia de Chile* (1891-1973), volumen II, Triunfo y Decadencia de la Oligarquía (1891-1920) por Gonzalo Vial Correa. Editorial Santillana del Pacífico S.A. de Ediciones. Santiago 1983.

(3) *Balmaceda y la Guerra Civil* por Fernando Bravo Valdivieso, Francisco Bulnes Serrano y Gonzalo Vial Correa. Editorial Fundación. Santiago 1991.

(4) *La Revolución de 1891* por Ismael Valdés Vergara. Editorial Francisco de Aguirre. 2ª edición, Buenos Aires 1970.

(5) *Historia de Chile* por Francisco Antonio Encina. Editorial Ercilla. Santiago 1984.

(6) *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)* por Emilio Meneses Ciuffardi. Ediciones Pedagógicas Chilena S.A. Santiago 1989.

(7) *El caso Baltimore*. Una contribución al esclarecimiento de la actitud Argentina por Luis Santiago Sanz. Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires 1998.

(8) *Latin America and United States* por Graham H. Stuart. Appleton-Century Inc. New York.

(9) *Chile and its relations with the United States* por Henry Clay Evans Jr. Duke University Press. Durham 1927.

(10) *El caso del «Baltimore»*. Apuntes para la historia diplomática de Chile, por José Miguel Barros Franco. Talleres Gráficos Casa Nacional del Niño. Santiago 1950.

(11) *Historia Diplomática de Chile, 1541-1938* por Mario Barros Van Buren. Editorial Andrés Bello. Santiago 1970.

(12) *Cuestiones recientes con la Legación i el Gobierno de los Estados Unidos de Norte-América* por Manuel Antonio Matta. Imprenta Cervantes 1892.

(13) *A navy second to none: the development of modern American Naval Policy* por George Davis. Hartcourt, Brace and Co. New York 1940.

(14) *Historia de la Marina de Chile* por Carlos López Urrutia. Editorial Andrés Bello. Santiago 1969.

(15) *Parte del Comandante de la Policía, señor Exequiel Lazo, al Intendente de Valparaíso* de fecha 17 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(16) *Página Internet de la Armada de Chile*. Buques históricos.

(17) *Página Internet de la Armada de Chile.* Buques históricos: Vapor Itata.

(18) *The heroic image of a Pennsylvannia Sailor* por Joyce S. Goldberg. Southern Illinois University, January 1980.

(19) *Oficio del Intendente de Valparaíso, Juan de Dios Arlegui, al Ministro de Relaciones Exteriores*, de fecha 28 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(20) *Nota de la Legación de los Estados Unidos al Ministro de Relaciones Exteriores*, de fecha 26 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(21) *Nota del Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel A. Matta, al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Patrick Egan*, de fecha 27 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(22) *Nota del embajador peruano en Washington, José M. Yrigoyen, al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores*, de fecha 30 de octubre de 1891. (En Ref. 7)

(23) *Nota del Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel A. Matta, al enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Patrick Egan*, de fecha 30 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(24) *Nota del Comandante de la Policía, Exequiel Lazo, al Juez del Crimen Enrique Foster*, de fecha 29 de octubre de 1891. (En Ref. 12)

(25) *Nota del Comandante del «USS Baltimore», W.S. Schley al Intendente de Valparaíso*, de fecha 1° de noviembre de 1891. (En Ref. 12)

(26) *Nota del Intendente de Valparaíso al Comandante del «USS Baltimore»* de fecha 5 de noviembre y respuesta del 6 de noviembre. (En Ref. 12)

(27) *Nota del Juez Enrique Foster al Intendente de Valparaíso* de fecha 26 de noviembre de 1891.

(28) *Nota de la Legación de los Estados Unidos al Ministro de Relaciones Exteriores*, de fecha 23 de noviembre 1891. (En Ref. 12)

(29) *The Trumbuls of Connecticut: gringo friends of Chile* por Joyce S. Goldberg. The Connecticut Historial Society, Volumen 44, n°3.

(30) *Annual report. Departament of the Navy, House Executive Document* 1891-1892. (En Ref. 7)

(31) *Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel A. Matta, en el Senado* el 11 de noviembre de 1891. (Ref. 12)

(32) *Nota del Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel A. Matta, al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica*, señor Patrick Egan, de fecha 14 de diciembre de 1891.

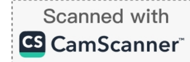
(33) *Diario La Unión de Valparaíso* del 12 de diciembre de 1891. (En Ref.7)

(34) *Nota del Embajador peruano en Washington, José M. Yrigoyen, al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores*, Washington, de fecha 9 de noviembre de 1891. (En Ref. 7)

(35) *Copia-traducción del telegrama del Secretario de Estado, Blaine; de fecha 21 de enero de 1892 al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Patrick Egan.* (En Ref. 12)

(36) *The Baltimore Affair: United States relations with Chile, 1891-1892* por Joyce S. Goldberg. Indiana University, February 1981.

(37) *Forty-five years under the flag*, por Winfielf Scott Schley, D. Appleton and Company, New York, 1904.



(38) *House executive documents*, Report of the Secretary of the Navy, 48th Congress, 2nd Session 1884-1885. (En Ref. 36).

(39) *Selections from the correspondence of Theodore Roosvelt and Henry Cabot Lodge*, 1884-1819. (En Ref. 36).

(40) *Resumen de la Historia de Chile* por Francisco Encina y Leopoldo Castedo. Editorial Zig-zag, Santiago, 1954.

(41) *Correspondencia de Egan a Pitkin*, de fecha 12 de enero y 12 de febrero de 1891. Archivo Nacional de los EE.UU. (En Ref. 36).

(42) *Correspondencia de Egan a Merriam*, de fecha 22 de abril de 1891. Archivo Nacional de los EE.UU. (En Ref. 36).

(43) *Correspondencia de Egan a Blaine*, de fecha 13 de febrero de 1891. (En Ref. 36).

(44) *Correspondencia de Mc Cann a Tracy*, de fecha 24 de marzo de 1891. House Executive Documents, Naval Correspondence. (En Ref. 36).

(45) *Correspondencia de Kennedy a Thomas Sanderson* (subsecretario de Estado), de fecha 15 de septiembre de 1891. (En Ref. 36).

(46) *Correspondencia de Harlow a Harrison*, de fecha 11 de junio de 1891. Biblioteca del Congreso. (En Ref. 36).

(47) *La Patria*, 14 de septiembre de 1891.

(48) *Correspondencia de Egan a Blaine*, de fecha 24 de septiembre de 1891. (En Ref. 36).

(49) *Correspondencia de Wharton a Blaine*, de fecha 26 de septiembre de 1891. Archivo Nacional de los EE.UU. (En Ref. 36).

(50) *Correspondencia de Egan a Blaine*, de fecha 30 de agosto de 1891. (En Ref. 36).

(51) *A sailor's log: recollections of forty years of naval life.* Robley D. Evans. (En Ref. 36).

(52) *New York Times*, 18 y 24 de octubre de 1891. (En Ref. 36).

(53) *New York Daily Tribune*, 24 y 27 de octubre de 1891. (En Ref. 36).

(54) *New York Daily Tribune*, 1 de noviembre de 1891. (En Ref. 36).

(55) *New York Times*, 10 de diciembre de 1891. (En Ref. 36).

(56) *House executive documents, departament of the navy*; Annual Report N°2931. (En Ref. 36).

(57) *Latin American Security Issues and U.S. Policy*. Conferencia dada en U.S.A. por don Hernán Cubillos Sallato.

(58) *Historia y leyendas de Valparaíso* por Francisco La Dantec. Editoriales Universitarias de Valparaíso. 1991.

(59) *Correspondencia de Montt a Blaine*, de fecha 8 de enero de 1892. (En Ref. 36).

(60) *Correspondencia de Montt a Pereira*, de fecha 20 de enero de 1892. (En Ref. 36).

(61) *Speeches of Benjamin Harrison, twenty third President of the United States*, por Charles Hedges, 1892. (En Ref. 36).

(62) *New York Times*, 26 de enero de 1892. (En Ref. 36).

(63) *Extracto de las cartas de John Hay de su diario*. (En Ref. 36).

(64) *Papeles de Walter Q. Gresham*. (En Ref. 36).

(65) *The life and times of Nelson Dingley, JR.* (En Ref. 36).

(66) *Andrew Carnegie. Autobiography*. (En Ref. 36).

(67) *Frederick D. Grant a Blaine*, 7 de enero de 1892. (En Ref. 36).

(68) *Alfred T. Mahan: the man and his letters*, por Robert Seager II. (En Ref. 36).

(69) *Mahan's memorandum on Chile, papers of Benjamin F. Tracy*. (En Ref. 36).

(70) *Memorándum de Brown a Tracy*, de fecha 31 de diciembre de 1891. (En Ref. 36).

(71) *Chile and the United States*, Pike y otros testimonios. (En Ref. 36).

(72) *Memorándum de Trumbull a Matta*, de fecha 26 de diciembre de 1891. (En Ref. 36).

(73) *Zwischen Nordamerika und Chile*, 1892-1895. (En Ref. 36).

(74) *The London Times*, 20 de octubre de 1891. (En Ref. 36).

(75) *Comunicaciones de Kennedy a Salisbury*. (En Ref. 36).

(76) *Boletín Sesiones del Senado*, 1891.

(77) *Diario El Mercurio* de fecha 13 de julio de 1893.

(78) *The Riggin testimonial, Benjamin Harrison Memorial,* Indianapolis. (En Ref. 36).

(79) *The Philadelphia Inquirer*, de fecha 9 de agosto de 1892.

(80) *The Philadelphia Inquirer*, de fecha 7 de agosto de 1892

(81) *Enciclopedia Británica*. Volumen 19.

(82) *La Postguerra del Pacífico y la Puna de Atacama* (1884-1899) por Oscar Espinosa Moraga, Editorial Andrés Bello, Santiago 1958.

(83) *José M. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 30 de octubre de 1891. (En Ref. 7)

(84) *Britain and Argentina in the nineteenth century* por H.S. Fern. (En Ref. 7).

(85) *José M. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 9 de noviembre 1891. (En Ref. 7).

(86) *Diario El Mercurio de Valparaíso* de fecha 14 de diciembre de 1891. (En Ref. 7).

(87) *Traducción del Informe del Ministro Peruano en Washington al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.* (En Ref. 7).

(88) *Diario La Unión de Valparaíso* del 17 de diciembre de 1891, Editorial «Madeja que se desenreda». (En Ref.7).

(89) *José M.. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 19 de enero 1892. (En Ref. 7).

(90) *José M. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 19 de noviembre 1891. (En Ref. 7).

(91) *José M. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 19 de enero 1892. (En Ref. 7).

(92) *José M. Yrigoyen al Ministro de Estado al Despacho de Relaciones Exteriores* de fecha 29 de enero 1892. (En Ref. 7).

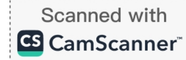
(93) *Los Derechos de Chile en el Beagle*, por Rafael Santibáñez Escobar, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1969.

(94) *Comunicación de Blaine a Pitkin*, 4 de noviembre de 1891. Diplomatics Instructions of the Department of States. (En Ref. 7).

(95) *Comunicación de Pitkin a Blaine* de fecha 25 de enero de 1892.

(96) Referencia del historiador boliviano Valentín Abecia Baldivieso, citando a Gonzalo Bulnes. (En Ref. 7).

(97) *La Revolución de 1891*, por Julio Bañados Espinosa, Editorial Andújar, Santiago 2001.



ÍNDICE

Capítulo III
Una gresca de ebrios que tendrá insospechadas consecuencias

Capítulo IV
Guerra diplomática

Capítulo V

La Armada de los Estados Unidos se prepara para la guerra

Capítulo VI

Situación internacional

Capítulo VII
Gestiones conciliatorias y actitudes inamistosas

Capítulo VIII
Epílogo

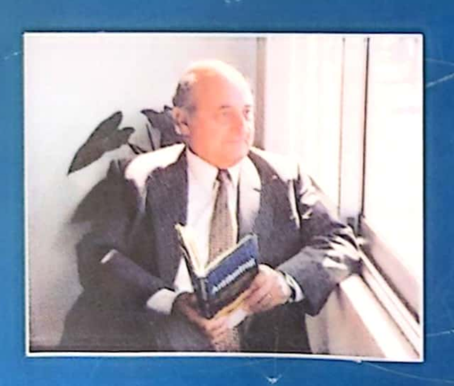
El 16 de octubre de 1891 se produjo una descomunal riña entre borrachos, unos tripulantes del crucero norteamericano "Baltimore", que se encontraba al ancla en Valparaíso y los otros marineros chilenos.

Los sucesos ocurrieron en el "barrio del puerto" entre bares y casas de prostitución, dando como resultado un yanqui muerto y numerosos heridos.

Los hechos, de común ocurrencia, en la época, en cualquier puerto del mundo, encontraron a un presidente norteamericano ansioso de levantar el nacionalismo de su país para asegurar su reelección, mientras su más conocido experto teórico en materias navales rumiaba aún la humillación sufrida durante la Guerra del Pacífico, como comandante del "USS Wachusset", cuando había sido impotente para enfrentar a la flota chilena.

Con el incidente, el presidente Benjamin Harrison solo buscó llegar a la guerra con Chile, para lo cual dio otro cariz a las circunstancias que habían rodeado el hecho.

Por otra parte, el gobierno argentino, a través de su canciller Estanislao Zeballos, tal vez el político transandino que más ha odiado a Chile, aprovechaba la situación para ofrecer su ayuda a los Estados Unidos a cambio de que se le entregara toda la Patagonia.



Germán Bravo Valdivieso, (Santiago, 1933)

Ingresó a la Escuela Naval en 1949, desempeñándose como oficial de la Armada entre 1953 y 1956.

Titulado como Ingeniero Constructor Naval en la Universidad de Concepción, su vida laboral ha estado ligada a su profesión.

La Historia de Chile ha sido su pasión, especialmente los acaecimientos sucedidos durante los siglos XIX y XX.

En 1997 publicó «El Patio Trasero, las inamistosas relaciones entre los Estados Unidos y Chile», obra que agotó su tercera edición.

En 2000 vio la luz «La Sublevación de la Escuadra y el período revolucionario 1924-1932», que está en su segunda edición.

«El Incidente del USS Baltimore» constituye su tercera investigación histórica.